UNA AVENTURA DE
PERRY MASON



ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DE LA MORENA PRESTADA

Perry Mason, abogado criminalista, no acepta un cliente hasta que su sexto sentido le dice que es inocente. Y no importa que el caso le ponga contra las cuerdas; conseguirá la absolución. En el último instante, su brillante exposición de los hechos sacará a la luz detalles, aparentemente sin importancia, que delatarán al verdadero culpable. En los años sesenta, el actor Raymond Burr popularizó en televisión al peculiar investigador.



Erle Stanley Gardner

El caso de la morena prestada

Perry Mason - 28

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Borrowed Brunette*
Erle Stanley Gardner, 1942
Traducción: Lilian Lorca

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

A aquella hora la calle Adams era «tierra de nadie» para los peatones. Situada entre los distritos comercial y residencial, se encontraba bastante alejada de las tiendas, y quienes transitaban por ella sólo lo hacían empujados por la necesidad de acercarse a las líneas más próximas de autobuses o de tranvías.

Perry Mason conducía lentamente su coche, descansando de la tensión nerviosa a que le sometiera una batalla sostenida en la Sala de Justicia. Della Street, que presentía instintivamente el estado de ánimo de su jefe, guardaba silencio, tal como corresponde a una buena secretaria.

Mason siempre se interesaba por la gente y, cada vez que una interrupción del tráfico le permitía examinar a los peatones que discurrían por las aceras, fijaba sus ojos en ellos… Aminoró la velocidad y se aproximó al bordillo derecho de la calzada. El coche apenas marchaba a quince millas por hora.

—¿Se ha fijado, Della? —preguntó.

—¿En qué?

—En las esquinas.

—¿Qué hay en las esquinas?

—Las morenas.

Della Street rompió a reír.

—¿Animo de fiesta, jefe?

—No, no —repuso Mason—. Mírelas. En todas las esquinas se ve a una morena esperando. Todas ellas, vestidas de oscuro, con una piel al cuello. Vea; en esta esquina tenemos otra morena. Obsérvela ahora que pasamos.

Della contempló a una elegante mujer que parecía esperar un tranvía en aquella calle donde no se veía ni rastro de rieles.

—No está mal —opinó.

—Le apuesto cinco dólares —dijo Mason— a que nos tropezamos con otra en el próximo cruce.

—Parece que hoy escasean los hombres.

En la siguiente esquina se encontraba efectivamente otra morena, casi idéntica a la anterior. Llevaba también un vestido oscuro y una piel de zorro plateado sobre los hombros.

—¿Cuántas ha visto usted hasta ahora? —preguntó Della.

—Me avergüenza confesar que no lo sé con exactitud. He contado unas cinco o seis. Demos la vuelta y regresemos por el mismo camino para comprobar su número exacto.

Mason lanzó una mirada a la calle y giró el volante, incrementando la velocidad para recorrer nuevamente el bulevar. Della no ignoraba que gran parte de los éxitos de su jefe se debían a su habilidad para hacerse cargo instantáneamente del carácter de las personas y a su fina comprensión de la naturaleza humana. Por ello no le extrañó nada que Mason interrumpiese su plan de trabajo para contar las chicas morenas que aparecían apostadas en las esquinas del lado sur de la calle Adams.

—Y bien —dijo Mason al cabo de un momento—, parece que ya no hay más. Yo conté ocho.

—Exacto —confirmó Della Street sonriendo.

—Y Dios sabe cuántas habría más adelante, cuando decidimos retroceder. ¿Qué me dice, Della? ¿Probamos suerte con esa muchacha, a ver si averiguamos algo?

—Nada nos impide intentarlo.

Mason dio la vuelta nuevamente con el auto.

—Ahí cerca de la esquina hay un lugar de estacionamiento —observó Della Street—. No perdamos semejante oportunidad.

—En modo alguno —admitió Mason, aproximando el coche al bordillo.

La morena le lanzó una viva mirada de curiosidad, pero, después, simuló hallarse profundamente interesada en el tráfico, desentendiéndose del examen a que se veía sometida.

—Será mejor que me acompañe, Della —dijo Mason bajando del automóvil—, a fin de infundir al trámite un cierto tono de respetabilidad.

Della Street saltó ágilmente a la acera y pasó su mano bajo el brazo de Mason. Éste se dirigió a la joven, quitándose el sombrero.

Inmediatamente la muchacha se volvió hacia él con una sonrisa radiante.

—¿Es usted el señor Hines? —preguntó.

—Casi me siento tentado a decirle que sí —respondió Mason.

La muchacha dejó de sonreír y contempló a los recién llegados con una súbita expresión de desconfianza.

—No serán ustedes unos de tantos, ¿verdad? —dijo fríamente.

—Tranquilícese —respondió Della Street con su gesto más cordial.

De pronto la joven se dirigió a Perry Mason, diciéndole:

—¿Es esto una broma? Porque creo que le he visto a usted antes, que le conozco… ¡Ah!, ahora caigo. Le vi una vez en los tribunales. Usted es el abogado Perry Mason, ¿verdad?

—Y yo su secretaria —asintió Della Street—. Al señor Mason le llamó la atención verlas a todas ustedes paradas en las esquinas.

—¿Todas nosotras?

—En cada esquina de varias manzanas de esta calle —explicó Mason—, se ve a una muchacha morena vestida de oscuro con una piel al cuello.

—¿Cuántas?

—Ocho, por lo menos.

—Ya me había imaginado que habría otras aspirantes.

—¿Conoce a algunas? —preguntó Mason.

La muchacha sacudió la cabeza y, al cabo de unos momentos, agregó:

—Sólo a una de ellas, a mi compañera de cuarto y amiga, Eva Martell. Yo me llamo Cora Felton.

—Y yo, Della Street —dijo Della que, riendo, continuó—: Y ahora que ya nos conocemos, ¿podría usted explicarnos de qué se trata? El señor Mason no podrá trabajar tranquilo mientras no haya encontrado la solución a este misterio.

—¡Pero si para mí también es un misterio! —exclamó Cora Felton—. ¿Vieron ustedes, acaso, el anuncio?

Mason negó con la cabeza. Entonces la muchacha abrió su bolso y sacó un recorte de periódico que tendió al abogado, diciéndole:

—El asunto empezó así.

El anuncio aparecía redactado en la forma siguiente:

SE NECESITA morena elegante, atrayente, de veintitrés a veinticinco años; estatura, cinco pies y cuatro pulgadas y media; peso, ciento once libras; cintura, veinticuatro pulgadas; busto, treinta y dos pulgadas. Peso y medidas deben ser rigurosamente exactos, y la candidato debe estar dispuesta a asumir un cargo pintoresco y desusado que le reportará cincuenta dólares diarios, por un mínimo de cinco días y un máximo de seis meses. La candidato admitida podrá elegir libremente una acompañante, la cual permanecerá constantemente con ella, mientras dure el empleo con un sueldo de veinte dólares diarios y los gastos. Teléfono Drexberry 5236. Preguntar por el señor Hines.

—¿Y usted se presentó como aspirante a este empleo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Por teléfono?

—Justamente.

—¿Y habló con el señor Hines?

—Hablé con un hombre que dijo ser el representante del señor Hines. Me indicó que debería vestirme con un traje oscuro y una piel sobre los hombros; que me colocara en esta esquina a las cuatro de la tarde de hoy, y que esperara hasta las cinco. En caso de no ser elegida, se me abonarían diez dólares por la molestia.

—¿Cuándo contestó usted al anuncio?

—Esta mañana, poco más o menos a las once.

—¿Se publicó en la prensa de hoy?

—Sí; esta mañana, en un periódico que lee especialmente la gente de teatro.

—Me imagino que le advertirían que habría otras concursantes…

La muchacha rió y dijo:

—Ya lo sabía. Después de hablar por teléfono, mi compañera de cuarto, Eva Martell, se presentó en el departamento y yo le referí lo que había hecho. Entonces ella también telefoneó. Es una morena de estatura y proporciones casi idénticas a las mías. Usamos indistintamente los vestidos e, incluso, los zapatos y guantes.

—¿Qué le dijo a su amiga el señor Hines?

—El señor Hines, no; el hombre que se decía su representante.

Le dijo que se encontrase a las cuatro en un lugar situado a unas cuantas manzanas de distancia de aquí. Como es fácil suponer, entre mi llamada y la de Eva, telefonearían otras aspirantes al puesto.

Mason echó una ojeada a su reloj.

—Faltan cinco minutos para las cinco. ¿Ha permanecido usted aquí desde las cuatro?

—Sí.

—¿Y no ha observado nada anormal? ¿Nadie se ha detenido a mirarla?

Ella se echó a reír.

—¡Dios mío, señor Mason —exclamó—, creo que la ciudad entera se ha detenido para mirarme! Jamás en mi vida me sentí tan importante. Me han aullado lobos y coyotes y los perritos falderos me han ladrado a conciencia. Cien peatones se han brindado a servirme de escolta y numerosos automovilistas se han ofrecido a llevarme en su coche al lugar que se me antojase, sin contar con los infelices a quienes ahora les dolerá el cuello a fuerza de mirarme.

—¿Y nadie se ha acercado para decirle que el puesto es suyo?

—No. El señor Hines no ha dado la menor señal de vida. Me imagino, como es lógico, que ya habrá tenido tiempo de examinarme él o su representante. Cuando me decidí a solicitar el puesto, me propuse fijarme bien en todas las personas que se detuvieran a mirarme. Pero después he comprobado que, en mi situación, no hay la menor posibilidad de acertar a separar el grano de la paja.

—¡Muy ingenioso! —exclamó Mason.

—¿Qué es lo que juzga ingenioso?

—El modo de que se ha valido el señor Hines para que ustedes, las candidatas, no pudiesen percatarse de que él las estaba observando. Tuvo buen cuidado de elegir una calle hecha a la medida para sus propósitos; ni demasiado alejada para intimidarlas, ni demasiado cercana al distrito comercial para que ustedes pasasen inadvertidas entre la multitud. El mismo señor Hines pudo haber pasado junto a ustedes dos o tres veces, e, incluso, dirigirles un requiebro, sin que hayan podido identificarle.

—Es muy posible.

—Ha sabido disponerlo todo con gran habilidad. Pero esos diez dólares son bastante interesantes y ya casi se ha cumplido la hora.

¿Tendría usted inconveniente en que aguardásemos para ver…?

Le interrumpió la llegada de un hombre, que avanzaba rápidamente por la acera, dirigiéndose hacia el pequeño grupo. Una vez junto a ellos se quitó el sombrero y preguntó:

—¿La señorita Felton?

—Yo soy.

—Represento al señor Hines, y lamento decirle que la vacante ha sido ocupada. Se había convenido que usted recibiría diez dólares por la molestia, y el señor Hines me envía para cumplir su promesa. Aquí tiene usted. Gracias y buenas tardes.

El hombre depositó el billete en la mano de Cora Felton, se caló el sombrero y reanudó su camino, llevándose la mano derecha al bolsillo de la chaqueta, mientras que con la izquierda sostenía una tarjeta en la cual se veía escrita una lista de nombres.

—¡Oiga! ¡Espere un momento! —le llamó Cora Felton—. Me gustaría saber…

—Lo siento mucho —dijo el hombre volviéndose—. Se me ordenó que le diera ese recado. Yo mismo ignoro el significado que tiene. ¡Buenas tardes! —Y se alejó rápidamente.

—¿Se da cuenta? —exclamó Cora Felton; luego agregó filosóficamente—. Podían haberme engañado con toda comodidad.

—Yo voy ahora a recorrer la calle —dijo Mason—. ¿Le gustaría subir con nosotros al coche y llegarnos a la esquina en donde debe estar su amiga, para tratar de hablar nuevamente con el representante del señor Hines?

El rostro de la muchacha se iluminó con una alegre sonrisa.

—Excelente ocurrencia. Me encantaría.

—Suba entonces —apremió Mason.

Enfilaron de nuevo la calle Adams, y pronto alcanzaron a ver al hombre que, en aquel momento, pagaba a la muchacha de la esquina siguiente.

—Nos quedan dos manzanas más —dijo Cora Felton.

Mason cruzó con el automóvil por dos nuevas travesías, comprobando que en cada una de ellas aguardaba la correspondiente morena. Al llegar a la tercera esquina paró junto a la acera.

—Se volverá loca de alegría cuando sepa que le va a conocer, señor Mason —dijo Cora Felton—. Aquí debe de estar… Pero, es

curioso, no la veo.

Cora Felton abrió la portezuela y paseó la mirada por las cuatro esquinas del cruce. Finalmente se echó a reír.

—Bueno; seguramente habrá regresado a casa. Por lo demás, nunca le entusiasmó mucho la idea. Eva no es muchacha que tenga mucha paciencia para estarse quieta, en una esquina, esperando… Bueno, un millón de gracias, señor Mason; he tenido verdadero placer en conocerle. Ahora ya tendré algo que contar cuando vuelva a ver a Eva.

—Yo me dirijo hacia el centro —dijo Mason—. ¿Va usted hacia allá?

—Nuestro departamento está en la calle West Sixth. Sí; coge de camino, pero no quisiera molestarle.

—No se preocupe.

Cora Felton volvió a ocupar su asiento en el automóvil.

—Ha sido un encuentro realmente maravilloso. Cuando Eva se entere va a tener un disgusto. Seguramente llegaré antes que ella.

Mason aceleró la marcha del coche, abriéndose paso a través del tráfico, para finalmente, detenerse frente a un edificio de departamentos.

—Me imagino que no le interesará subir a tomar un trago —le dijo Cora Felton que, seguidamente, se echó a reír, prosiguiendo—: Y eso que tendrían ustedes oportunidad de conocer a la mujer que hubiese sido nuestra acompañante de haber ocupado el puesto Eva o yo. Les aseguro que el personaje les habría interesado.

—¿Pintoresca? —preguntó Mason.

—Pintoresca y llena de vida. Como usted debe de imaginarse, cuando se responde a un anuncio como ése, nunca puede estar una segura de lo que resultará. Yo guardaba la esperanza de alcanzar el puesto aunque sólo hubiese sido para que Adela Winters se viese la cara con el tal señor Hines.

Mason cambió una rápida mirada de inteligencia con Della Street y extendió la mano para cerrar la llave del contacto.

—¿Por qué no me cuenta algo de esa Adela Winters?

—Muy bien. Hace ya tiempo que fue enfermera. Es una mujer pelirroja, rechoncha, que aspira a vivir la vida a su antojo. No se resigna a acatar la mayoría de los convencionalismos y ésta es la causa de que sea una de las mujeres más embusteras del mundo. En

cuanto alguien empieza a interrogarla sobre cosas que ella no juzga de su incumbencia, o trata de obligarla a ceñirse a alguna ley o costumbre que ella no apruebe inmediatamente, se esfuerza por escurrir el bulto con gran habilidad y tranquilidad de conciencia. Es, como le he dicho, una admirable embustera.

—¿Qué edad tiene? —indagó Mason.

—¡Oh!, debe andar entre los cincuenta y los sesenta y cinco. No se puede juzgar exactamente su edad, que, por otra parte, ella jamás confesaría… ¡Me encantaría que subiera un momento!

—Con mucho gusto, pero sólo podremos permanecer el tiempo justo de echar un trago y conocer a la señora Winters… ¿Cree que el señor Hines podría tenderle alguna trampa a esa señora?

—¡Oh, no!; el señor Hines jamás podría engañar a tía Adela…

El departamento estaba en el tercer piso y se encaminaron al ascensor.

—¿Andan su amiga y usted en busca de trabajo? —preguntó Mason mientras subían.

—Sí; somos actrices; al menos eso creemos, o creíamos antes de llegar aquí. Hemos conseguido trabajar como extras en Hollywood, sirviendo también a veces de modelos. Nos hemos arreglado bastante bien hasta ahora, pero queremos conseguir nuevos contratos. Por eso decidimos contestar al anuncio. Probablemente se tratará de algún puesto de maniquí en una casa de modas. El hecho de exigir esas medidas tan precisas así parece indicarlo.

Cora Felton introdujo la llave en la puerta de su departamento. Pero antes de entrar en él, se volvió y, riendo, les dijo:

—Será mejor que me dejen ver primero si todo está en orden.

Se adentró en el interior, y gritó:

—¡Traigo visitas! ¿Están todas vestidas?

No recibió la menor respuesta.

—¡Qué raro! —comentó—. Pero entren. Según parece, no hay nadie en la casa. ¡Oh!, ¿qué es esto?

Sobre la mesa aparecía una hoja de papel. La cogió y, después de leerla, se la pasó a Mason sin despegar los labios.

Querida Cora: Conseguí el puesto. No habían pasado diez minutos de espera, cuando se presentó el señor Hines en su automóvil. Me habló diciéndome que yo era la muchacha que le

convenía y preguntándome si deseaba una acompañante. Como es lógico, le rogué que me condujera aquí para recoger a tía Adela y alguna ropa.

El asunto me parece bastante complicado y misterioso. No tengo seguridad de que me guste, pero confío en que tía Adela me ayude a salir del paso. Le rogué al señor Hines que me llevara hasta la esquina donde estabas tú, para informarte de lo ocurrido, pero él respondió que no le era posible. Según parece, una de las reglas de este jueguecito es que yo no me comunique con nadie hasta que finalice mi contrato que, al parecer, durará unos treinta días. Yo confío en tía Adela y ella en su revólver del 32, su inseparable compañero de tantos años. Para solemnizar el acontecimiento ha adquirido una nueva caja de balas con lo que, según declara, se siente bastante más segura.

No te preocupes por nosotras. Volveremos a casa cargadas con el becerro de oro. Ya conoces a tía Adela.

Cariños.

EVA

Mason le devolvió la misiva después de leerla.

—¿Qué le parece? —preguntó Cora.

—¿La carta?

—No, el puesto.

—¿Está usted segura de que la tía Adela es capaz de cuidarse sola?

—Pues claro; sabrá cuidarse de ella y también de Eva, de todos modos, no se preocupe por mi amiga, no crea que puedan cogerla fácilmente desprevenida. ¿Qué desean beber? ¿Manhattan o Martini?

—Manhattan —contestó Mason.

—Para mí lo mismo —dijo Della.

Cora Felton abrió la nevera, de donde sacó una botella que escanció en tres copas.

—Bueno —exclamó Mason, cogiendo su copa—, brindemos por el crimen.

—Siempre que usted esté cerca —replicó Cora.

Capítulo 2

Aquel martes por la mañana, Gertie penetró en el despacho privado de Mason en el preciso instante en que el abogado y Della Street se disponían a revisar la correspondencia.

—No sabe cuánto siento interrumpirle, señor Mason —dijo—, pero se trata de algo que no podía consultarle por teléfono.

—¿Qué es ello?

La amplia sonrisa de Gertie se dibujó más exagerada que de ordinario.

—Ahí fuera hay dos señoras. Les he dicho que usted no podía ver a nadie sin una cita previa, y entonces una de ellas me ha preguntado cómo diablos podría conseguirse una entrevista con usted. Antes de que pudiese responderle, agregó: «Haga el favor de decirle al señor Mason que son las diez, y que me urge verlo antes de cinco minutos». Yo he pensado que Della podría echarles un vistazo.

Mason se echó a reír.

—Por lo visto, es una dama resuelta, ¿eh?

—Mucho más de lo que se imagina. Se diría que nada ni nadie es capaz de arredrarla.

—¿Y para qué quiere verme? ¿Le dijo algo?

—Por supuesto. Según parece, es la acompañante o la tía adoptiva de dos muchachas a quienes les oyó hablar de usted. Me ha dicho que usted ya estaba al corriente del caso aunque no la conociese.

—¿Le dio el nombre? —preguntó Mason.

—Se llama Adela Winters.

—Ese nombre no me dice nada —dijo Mason moviendo la cabeza.

—¡Espere un momento! —intervino Della Street—. ¡Adela

Winters! Ésa es la mujer que hacía de acompañante de aquella chica… ¿No recuerda, jefe, el incidente de las morenas en las esquinas?

—¡Ya caigo! Aquel individuo que puso un anuncio solicitando chicas morenas. Veamos que tal mujer es esa tía Adela.

Salió Gertie y, poco después, penetró en el despacho Adela Winters, una mujer pequeña, rechoncha y llena de vivacidad.

—Buenos días, señora Winters —la saludó Mason.

La visitante escrutó al abogado con ojos vivos y suspicaces.

—¡Hum! Usted es abogado y hay que suponer que tiene un despacho para recibir a la gente, ¿no es así?

—Así es —respondió Mason sonriendo.

—En tal caso no vendría mal que se lo recordase a esa chica que está ahí fuera. ¡Decirme que usted no podía recibir a nadie sin haberle citado previamente! Entonces fue cuando yo le pregunté como diablos podía usted concertar sus entrevistas sin hablar con la gente… y eso la desarmó. Ahora quiero que escuche lo que voy a decirle y espero que no se le ocurra enviarme la cuenta, porque no tengo dinero para pagar abogados. Dejemos este punto bien establecido desde un principio. ¿Quién es esta señorita?

—Mi secretaria.

—¿Puedo confiar en ella?

—Así lo espero.

—Yo también. Ante todo, tiene que guardar la mayor reserva sobre mi venida aquí.

—¿Y porqué tanta reserva?

—Lo comprenderá cuando haya terminado de hablarle.

—Siéntese —la invitó Mason—. Sólo muy de tarde en tarde recibimos la visita de un cliente que nos desarma con su franqueza, al criticar nuestros hábitos… aunque muchos que no proceden así sean, sin duda, de la misma opinión.

—A mi modo de ver, no hay mal alguno en decir enseguida lo que se piensa. Se evita una muchos quebraderos de cabeza cuando se consigue llegar a un acuerdo desde un principio. ¿Fue usted quien llevó en su auto a Cora Felton el día en que contrataron a Eva?

Mason asintió con la cabeza y la mujer prosiguió:

—Cora me lo contó y, además, ya he visto varias veces su

nombre en los periódicos. Al parecer, es usted un tipo de importancia.

—Gracias.

—No estaría aquí si no lo creyese así. Deseo el mejor de los abogados.

Mason se inclinó silenciosamente en un ademán aprobatorio.

—Empezaré por decirle que este puesto que hemos aceptado es lo más absurdo que se puede imaginar, y Dios sabe que en mi vida los he visto de todos los colores. He sido enfermera desde…, bueno, durante muchos años, y he cuidado a toda clase de gente, incluso a locos y neuróticos.

—¿Y tiene relación este trabajo con su profesión?

—Escuche, señor Mason, y ponga atención en mis palabras porque no quiero que después haya líos: este trabajo me huele a crimen.

—¿Cree que alguien va a ser asesinado? —inquirió Mason.

—Creo que alguien ha sido ya asesinado.

—¿Quién?

—Una mujer llamada Helen Reedley.

—¿Quién la mató?

—¡Caramba! ¿Y cómo voy a saberlo? ¿Para qué cree que vengo aquí?

—Es lo que trato de averiguar —le dijo Mason.

—Bueno, pues he venido porque usted es abogado y de los listos. Eva Martell y Cora Felton son como hijas mías. En realidad, no tenemos ningún parentesco pero yo cuidé de sus madres cuando eran pequeñas y, desde entonces, no las he perdido de vista.

—Según tengo entendido, fue Eva Martell la que se hizo con el empleo.

—Así es.

—Cuénteme exactamente lo que ha sucedido.

—Las dos chicas se presentaron como aspirantes al puesto. Yo les dije que todo aquel asunto me parecía bastante oscuro, pero que si les permitían elegir su acompañante, no tenían por qué preocuparse, ya que yo tomaría a mi cargo ese trabajo. Y si alguien se imaginaba que podría engañar con aquel anuncio a una infeliz muchacha y pagarle a su acompañante veinte dólares diarios para que hiciese la vista gorda, se iba a llevar un susto mayúsculo.

Hizo una breve pausa, y continuó.

—Cuando ellas marcharon a la calle yo quedé esperándolas en el departamento. Si he de ser franca, le diré que jamás pensé que ninguna de ellas pudiese alcanzar aquel empleo; es más, dudaba de que éste fuese una realidad. Sin embargo, esperé a que regresaran. Por fin asomó Eva toda excitada. Un individuo la acompañaba. Me dijo aquel hombre no era Hines, sino su representante; que ella había sido la elegida y que tenía que empezar a trabajar inmediatamente. Como ya le he dicho, Eva daba muestras de una gran agitación, cosa muy comprensible puesto que, cuando llegara el momento de pagarle, se vería en posesión de una respetable cantidad de dinero, sin contar con que yo también recibiría una buena suma, amén de tener todos nuestros gastos pagados. El panorama se pintaba excelente, y partimos.

—Yo llegué a su departamento poco después de partir ustedes —le interrumpió Mason—. Me imagino que liarían sus bártulos a toda prisa.

—No nos llevamos ningún equipaje y aquello fue lo primero que me chocó. El representante del señor Hines sólo nos permitió coger unos efectos personales que nos llevamos en una pequeña bolsa. ¿Se figura qué clase de bolsa era aquélla, señor Mason?

El abogado levantó sus cejas con gesto interrogante.

—Una vulgar bolsa para ir de compras —aclaró la señora Winters—. El propio representante de Hines se hizo cargo de ella. Dijo que no quería que nos viesen con el menor equipaje en el sitio adonde íbamos y que por eso debíamos llevar una simple bolsa, como si hubiésemos salido de compras a algún almacén.

—¿Y adónde les llevó aquel individuo? —preguntó Mason.

—Nos condujo a un lindo departamento. No es exageradamente lujoso, pero sí bastante confortable. Entramos en él como si fuésemos los dueños. Una vez dentro, el hombre me dijo: «El señor Hines es el inquilino de este departamento, pero lo tiene a nombre de Helen Reedley y, según una cláusula del contrato de alquiler, no puede subarrendarlo; de modo, que para soslayar dificultades, la señorita Martell adoptará el nombre de Helen Reedley. Éste es el nombre que deben decirle a todo el mundo y no olviden de responder a cuantos pregunten por la señorita Reedley». Continuó explicándonos lo difícil que resulta hoy conseguir un departamento

y que el administrador del edificio se mostraba dispuesto a cerrar los ojos ante algunos casos justificados, pero que no quería exponerse demasiado, ya que podía correr el riesgo de perder el puesto. Eso sí, mientras Eva usara el nombre de Helen Reedley todo marcharía sobre ruedas.

—¿Y qué le respondió usted?

—No me dejé engañar ni por un minuto —exclamó con viveza —. Apenas terminó de hablar, comprendí que había algo turbio en el asunto, pero decidí no despegar los labios hasta mejor ocasión. Yo figuraba como acompañante de Eva y resolví desempeñar mi papel al pie de la letra, con el propósito de evitar que el señor Hines nos jugase una mala pasada.

—¿Podría describirlo? —inquirió Mason.

—Claro que sí. Es un individuo de unos treinta años de pelo oscuro y ojos saltones, que usa lentes. Es alto y de aspecto un poco desabrido.

—Por lo que adivino, ése es el mismo individuo que corrió con la tarea de pagar a las muchachas que aguardaban en las esquinas.

—Eso mismo opinó Cora cuando se lo describí a ella.

—Bien. Quedamos en que Eva Martell quedó instalada en el departamento bajo el nombre de Helen Reedley. ¿Había algo digno de atención en las piezas de aquel departamento?

—¿Qué si había algo? —exclamó Adela Winters—. ¡Pues claro! Había de todo: vestidos, ropa interior, medias de nylon, lociones, cremas… Absolutamente todo cuanto una mujer puede desear. Y el representante del señor Hines…

—¡Perdone! —atajó Mason—. ¿Le dijo el hombre alguna vez como se llamaba?

—Pero, ¿por quién me ha tomado usted? —bufó Adela—. Ese tipo es el propio Hines, el que puso el anuncio y el que maneja todo este asunto. Estoy segura.

—Pero ¿no le dio en ningún momento su nombre?

—No; sólo repitió que él era el representante del señor Hines. Lo único que puedo garantizarle es que se trata de un hombre activo. En cuanto nos dejó en el departamento salió disparado. Supongo que iría a avisar a las demás muchachas para informarles que ya estaba ocupada la plaza. Una hora y media más tarde regresó y, entonces, nos suministró detalles de nuestro empleo.

—¿Qué detalles? —interrogó Mason.

—En primer lugar, nos advirtió que debíamos renunciar a todo contacto con nuestra vida anterior. Viviríamos en el departamento, sin relacionarnos con el mundo exterior sino en la forma que él nos indicase. Nos prohibió que llamásemos a ninguna de nuestras amistades por teléfono, como también escribir o comunicarnos con alguien por otro medio.

—¿Les explicó los motivos?

—No. Sólo nos dijo que aquello formaba parte de nuestro trabajo. Eva Martell sería en lo sucesivo Helen Reedley y yo podría usar mi propio nombre, figurando como dama de compañía y enfermera. Según parece, se propone dar la impresión de que la tal señorita Reedley se encuentra enferma con propensión a agravarse. Eva tiene que permanecer encerrada la mayor parte del tiempo, y si alguien va a visitarla, yo debo contestar que se encuentra muy nerviosa y que no puede recibir visitas, o bien, que ha salido, en el caso de que se trate de algún amigo de confianza. Si alguna persona llama por teléfono y pregunta por la señora Reedley, yo soy la encargada de contestar y anotar su nombre y número de teléfono, diciéndole seguidamente que la señorita Reedley le llamará más tarde. Después tengo que telefonear al señor Hines para informarle de lo ocurrido. El señor Hines nos dijo, además, que cuando saliésemos, Eva tendría que usar los vestidos que había en el departamento, sin que jamás se le ocurriese ponerse los suyos. ¿Comprende usted, señor Mason, por qué el hombre buscaba a una mujer de peso y medidas bien determinados? A mi juicio se trata de una suplantación.

El relato de la mujer había interesado grandemente a Mason, según se traslucía en el brillo de sus ojos.

—¿Y no le explicó como tendría que vestir usted?

—¡Oh! Ese tema parece que no le importa. Dijo que podía usar las mismas prendas que llevaba puestas, cualquiera que fuese el lugar adonde nos dirigiésemos. Le aseguro que no le oculté mi enojo, advirtiéndole que tendría que ocuparse también de mi ropa o renunciaríamos al empleo… las dos.

—¿Qué le respondió?

—Terminó por autorizarme para que adquiriese algunas prendas, pero insistió en acompañarme. Dijo que él se hará cargo de

ellas y que ya me las haría enviar al departamento. ¿Y sabe cómo se propone hacerlo?

—¿Cómo?

—Se ha puesto de acuerdo con una tintorería para que me las remitan como prendas mandadas a limpiar. Pone el máximo cuidado en que no salga ni entre en el departamento nada que pueda considerarse como equipaje.

—¿Y cómo se las arreglan ustedes con los amigos íntimos de Helen Reedley?

—Del mismo modo que con los demás. Si llama alguno, anoto su nombre y le digo que la señorita Reedley ha salido, que está durmiendo o le doy cualquier otra excusa. Acto seguido, le telefoneo a él. Ya se ha dado este caso en dos ocasiones.

—¿Y no le ha indicado que Eva llame a esos números?

—No.

—¿Ha vuelto a telefonear alguno de esos amigos preguntando por qué no se ha hecho caso de su aviso?

—Hasta ahora, no. En caso de que tal cosa ocurra, las instrucciones del señor Hines son que diga al comunicante que ya le trasmitió su mensaje a la señora Reedley, pero que en aquel momento ella salía apresuradamente para casa del doctor, desde donde probablemente le llamaría.

—¿Es que el señor Hines le ha dado a usted su número de teléfono?

—En efecto; el mismo que aparecía en el anuncio.

—¿Ha comprobado si se encuentra en la guía?

—Sí.

—Y si las mantiene incomunicadas, ¿cómo ha podido usted hablar con Cora Felton y, luego, venir aquí?

—¡Bah! ¿Se imagina que iba a dejarme zarandear impunemente? Salimos juntos a comprarme ropa y, una vez que elegí las prendas, él se hizo cargo de ellas y llamó a un taxi. Cuando yo me encontraba dentro, habló en un aparte, con el chófer durante un buen rato y, a continuación, le entregó disimuladamente un billete. Después, se quitó galantemente el sombrero y me dijo que ya me vería en el departamento, del que el chófer tenía las señas. Bueno; pues, apenas partió el auto, le pregunté al chófer adónde íbamos. El hombre indicó la dirección correcta. Entonces, yo le dije que se

detuviera porque quería hablar por teléfono, pero él sonrió y me dijo que no; que el precio convenido por la carrera no le permitía detenerse. Seguimos conversando y conseguí enterarme de lo que habló con el señor Hines, descubriendo que éste le había dicho que yo estaba un poco ida de la cabeza y que, si me bajaba del taxi, ya no sería capaz de encontrar el camino de regreso, añadiendo que mi familia ya había tenido que recurrir en dos o tres ocasiones a la policía para localizarme; que era absolutamente inofensiva, aunque no padecía de alucinaciones ni cosas por el estilo, sólo que me faltaba un tornillo. Por todo esto, no debía permitir, en modo alguno, que saliese del auto, hasta no haber llegado al punto de destino, en donde debería comprobar que subía inmediatamente al departamento.

—¿Y qué hizo usted? —inquirió Mason.

—Le respondí que estaba harta de oír sandeces, explicándole que el hombre que había hablado con él era mi yerno, un chico muy bromista al que le daría un buen tirón de orejas apenas llegara a casa. Inmediatamente, le demostré, sin lugar a dudas, que conocía perfectamente el camino y, a tal fin, le enumeré cuantas calles y cruces habíamos recorrido desde que el coche se pusiera en marcha. Todo esto le debió de convencer, porque no tardó en detenerse y dejarme bajar. De esta forma pude hablar con Cora. Estaba en la casa. Le conté toda la historia y ella me dijo que, en caso de que lo que yo pensaba fuese cierto lo mejor sería que viniese a hablar con usted, en quien confía ciegamente. Añadió que usted ya estaba informado del caso.

—¿Y qué se imagina usted que puede suceder? —interrogó Mason.

Adela Winters consideró al abogado con gesto compasivo.

—¡Dios santo!, ¿es usted el abogado, y me pregunta lo que puede suceder?

Mason se encogió de hombros y Adela Winters exclamó:

—¡Pero si el juego de ese hombre está más claro que el agua! El tal señor Hines es, en realidad, el marido de Helen Reedley. La mató, hizo desaparecer su cadáver y ahora está preparando una bonita trampa para que el hecho no se esclarezca. Por eso nos tiene a Eva y a mí viviendo allí y simulando que todo marcha normalmente. Al cabo de un cierto tiempo, nos ordenará hacer

correr la voz de que nos vamos y, entonces, haremos el equipaje y nos marcharemos, diciéndole a todo el mundo que nos dirigimos a la ciudad de Méjico o algún sitio parecido.

—¿Quién es «todo el mundo»?

—Pues está bien claro: las amistades de Helen Reedley.

—¿Y no ha pensado que si alguna de ellas viera a Eva Martell se daría inmediatamente cuenta de que no es Helen Reedley?

—Naturalmente, aunque no hay duda de que sus amigos no son gente que suban a un departamento sin hacerse anunciar previamente por teléfono. De lo que estoy segura, es de que todo este lío va a parar en lo que ya le dije. Cuando estemos en Ciudad de Méjico, el señor Hines podrá decir que su mujer se agravó y murió.

Mason inclinó pensativamente la cabeza, con la expresión del hombre que no quiere perder el tiempo en argumentaciones inútiles y asiente en apariencia, mientras su mente trata de concentrarse en el problema. Entretanto, Adela Winters continuó hablando:

—Pero yo no nací ayer y no tengo un pelo de tonta. Ese hombre tiene las llaves del departamento y ordena y manda como un jefe. Sabe perfectamente dónde se encuentra cada cosa, hasta la más pequeña prenda interior de seda y conoce todos los rincones de la casa. No cabe duda de que ha vivido allí con anterioridad. Se deshizo de la mujer y necesita tiempo para ocultar su cadáver y preparar cuidadosamente su plan. Ése es el motivo de que nos haya llevado allí, sirviéndose de nosotras como de una pantalla.

—¡Permítame! —observó Mason frunciendo el ceño—. Hay ciertos detalles que no encajan con su teoría. En primer lugar, ¿por qué iba a dejar en torno suyo tantos indicios reveladores? Como comprenderá no es tan lerdo que se le haya escapado lo fácil que resulta localizarle valiéndose del famoso anuncio. En segundo lugar, lo que usted y Eva Martell contasen le inculparía inmediatamente. Si ha llegado tan lejos, es porque, indudablemente, se siente dispuesto a que a ustedes también les ocurra algún accidente apenas le hayan proporcionado la coartada a que aspira. A mí me parece más bien que lo que hace es planear cuidadosamente su delito para luego presentar su coartada, alegando que la mujer se encontraba en el departamento en el preciso instante en que la policía pudiese sospechar de que él la asesinaba… Lo que no entiendo es cómo

diablos podrá demostrarlo.

—¡Escúcheme, joven! ¡Puedo apostar hasta el último centavo a que tras todo este lío hay un crimen! ¡Pero si hasta el bolso de ella se encuentra allí!

Mason alzó las cejas con gesto de incredulidad.

—Se tratará probablemente de un bolso viejo.

—Nada de eso. Es nuevo, el que ella usaba hasta hace poco.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque tiene dentro todos sus efectos personales.

—¿Qué efectos son ésos, si me hace el favor?

—Su lápiz de labios, su polvera, pañuelo, tarjetas de visita, un monedero con tres dólares de plata y treinta y tres centavos, un par de guantes oscuros de gamuza y un llavero con media docena de llaves.

—¿Del departamento? —preguntó Mason.

—Una de ellas sí.

—¿Y de dónde son las otras?

—Lo ignoro.

—¿Qué aspecto tienen?

—No creo que se trate de llaves de alguna caja fuerte, si es eso lo que usted pretende averiguar. Parecen simples llaves de puerta, no de las antiguas, sino de esas modernas y dentadas.

—¿Figura en el bolso alguna anotación con el número de una póliza de seguros? —inquirió Mason.

—No, no hay rastro de póliza alguna.

—¿Licencia para conducir?

—Tampoco.

—En mi opinión, señora Winters, ese bolso ha sido colocado allí intencionadamente.

—Tal vez, aunque no lo creo. Le repito que esa Reedley ha sido asesinada. Lo sé con la misma seguridad de que ahora estoy sentada en su despacho. Usted habrá oído hablar alguna vez de la intuición femenina, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Mason, sonriendo—, pero la policía no entiende de esas cosas.

—Pues yo, desde que pisé ese departamento, tengo la impresión de que allí ha ocurrido algo muy gordo y que Eva y yo estamos actuando como encubridoras. Usted es abogado y debe entender de

esas cosas. Si opina que nosotras no hacemos nada ilegal y que podemos continuar con el juego, entonces es usted, joven, el que asume toda la responsabilidad.

—¡Un momento, un momento! —rió Mason—. En primer lugar, usted ha venido a mi despacho únicamente porque estuve hablando con Cora Felton en la calle. Por otra parte, usted no tiene dinero con que pagar la minuta ni yo tampoco pretendo cobrarle nada. No soy un funcionario público. Si lo que desea es desligarse de toda responsabilidad, mi consejo es que recurra a la policía.

Adela Winters lanzó un bufido.

—¿Y con qué cara me voy a presentar ante ella, comunicándole mis sospechas? Si un abogado no sirve para dar consejos entonces, no comprendo su utilidad.

En aquel instante empezó a sonar el teléfono de Della Street. La secretaria dirigió una mirada interrogativa a Mason y, ante una señal de asentimiento de éste, cogió el auricular.

—Sí, habla usted con la secretaria particular del señor Mason. ¿Quién?… ¡Oh, sí!… ¿Cómo se encuentra usted hoy?… Por supuesto… Pero nada definitivo todavía… No corte, por favor.

Della depositó el auricular sobre su mesa de escritorio, cogió un libro de apuntes y escribió: «Cora Felton está al teléfono. Parece muy agitada y desea hablar con usted. Ya sabe que la señora Winters se encuentra aquí».

Tendió la hoja a través de la mesa a Perry Mason, que la leyó. Después cogió su propio teléfono y habló.

—Gertie, ¿quiere ponerme con esa señorita que acaba de hablar con Della?… ¡Diga!

—¿Cómo está usted, señor Mason? —la voz de Cora Felton sonaba débilmente—. No sabe cuánto lamento molestarle. Me imagino que todo este asunto deberá ser algo insignificante para un hombre de su importancia, pero ya que está usted al tanto de lo que ocurre, yo he pensado… Bueno, señor Mason, ignoro lo que ganaremos en este negocio; mejor dicho lo que pueda ganar Eva, pero… ¿Nos costaría muy caro que usted tomara a su cargo las investigaciones pertinentes, por lo menos en lo que se refiera a la situación de Eva, a fin de que no pueda hacer nada que después resulte ilegal?

—Creo que en ese sentido no habrá dificultades y que

llegaremos a un completo acuerdo —respondió Mason.

—¡Oh, señor Mason, no sabe lo tranquila que me sentiría si usted se ocupara del asunto! Tengo una gran confianza en la habilidad de tía Adela, pero creo que la situación es demasiado delicada y temo que tengamos que terminar por dar parte a la policía. Naturalmente, no quisiera llegar a este punto sino en último extremo. ¿Podría usted decirnos si procedería que formulásemos una denuncia en regla? ¿Cuánto nos costará su informe?

—No se preocupe de eso, ahora —contestó Mason—. ¿Me autoriza para que informe de nuestra charla a la persona que ha mencionado?

—¿A tía Adela?

—Sí.

—Naturalmente. Hágalo. Está preocupada y…

—Está bien —dijo Mason—. Ya le explicaré la situación. Si me da su número la volveré a llamar dentro de unos instantes.

Mason escribió el número en la hoja de un *block*, colgó el auricular y se volvió hacia Adela Winters.

—Era Cora Felton quien llamaba —le explicó—. Me ha rogado que corra con las investigaciones. Tendré que hablar con ese señor Hines. Ahora ustedes deberán seguir cuidadosamente mis instrucciones. Vuelva al departamento y no le diga a Hines que ha venido a mi despacho. Déjele creer que el taxi la llevó directamente a la casa. ¿Le espera abajo o lo despidió?

—No, me está aguardando. Discurrí que el señor Hines podría encontrarse allí a mi llegada y, al verme llegar con otro chófer…

—¡Bien pensado! —aprobó Mason—. Ahora vuelva al departamento y continúen en él como si nada hubiese sucedido. Dentro de una hora, poco más o menos, le telefonearé, diciéndole que soy Perry Mason el abogado, que desea hablar con Helen Reedley, a quien visitaré pasados quince minutos; que no acepto negativas y que si se me impide verla llamaré a la policía. Usted informa seguidamente a Hines de lo que ocurre, preguntándole lo que debe hacer, pero sin dejar traslucir que me conoce ni que sabe por qué he llamado.

—¿Cree usted que Hines estallará cuando llegue? —preguntó Adela.

—Tal vez, o quizá se haya decidido a alzar el vuelo fuera del

país. Depende de la clase de lío en que se encuentre metido.

—¡Bien! —suspiró Adela Winters—. Ahora me siento más tranquila. No soy mujer que se alarme fácilmente por pequeñeces, y me he encontrado muchas veces en situaciones bien embarazosas, pero en esto hay algo siniestro que… Una tiene la impresión de que allí se ha matado a alguien. Se sienten escalofríos.

—Un último detalle —dijo Mason—. ¿Interviene algún otro hombre en este asunto?

—No; sólo el señor Hines. Por cierto, que nos ha llevado a cenar todas las noches desde que estamos en el departamento.

—¿Adónde?

—Pues a pequeños restaurantes, unos lugares simpáticos pero reducidos.

—¿No les ha hecho ninguna proposición desagradable?

—¡De ninguna manera! Sepa, señor Mason, que llevo en mi cartera un revólver, y que sé hacer buen uso de él. Si se propasara con Eva, tendría que vérselas conmigo.

—¿Tiene usted permiso para usar armas?

—No.

—Entonces le convendría más deshacerse de ella. Puede verse metida en un lío del que le costaría trabajo salir.

—¡Tonterías! Sé cuidarme perfectamente. Vea el modo de que a Eva no le pase nada y no se preocupe por mí.

—Sería mejor que se consiguiera una licencia de armas o que se deshiciese de ese revólver. Y no haga nada hasta que yo me encuentre allí. Vuelva ahora al departamento y espere tranquilamente.

—Muy bien.

—¡Ah! Recuerde que le llamaré dentro de una hora. Ahora váyase y haga exactamente lo que le he dicho.

Capítulo 3

Veinte minutos antes de las doce, Mason ascendía por la escalinata que conducía al vestíbulo del edificio de departamentos. Una vez en él, apretó el timbre que aparecía junto a la tarjeta con el nombre de Helen Reedley.

Se oyó un apagado zumbido y Mason abrió la cancela, penetrando en el ascensor, que lo dejó en el tercer piso. Recorrió a grandes zancadas el corredor en busca del departamento y, una vez que lo hubo encontrado, golpeó perentoriamente en la puerta.

La hoja se abrió a los pocos segundos. Un hombre se inclinó con gesto afable y le tendió la mano; el mismo individuo que le había entregado diez dólares a Cora Felton en una esquina de la ciudad.

—¡Encantado de conocerle, señor Mason! En realidad, su llegada supone un gran placer para mí. ¿Me hace el favor de entrar?

—Deseo ver a la señorita Reedley —dijo Mason, penetrando en el oscuro vestíbulo.

—Desgraciadamente la señorita Reedley tiene en este momento un fuerte dolor de cabeza y…

Se interrumpió de súbito y lanzó una exclamación de sorpresa. Acababan de entrar en el salón y la luz de éste iluminaba vivamente el rostro del abogado. Había reconocido en el visitante al hombre que encontrara en la calle junto a Cora Felton. En su rostro se dibujaba una profunda consternación y sus azules ojos se abrían, tras los lentes de pinzas que marcaban dos profundas huellas rojas en el arranque de la prominente nariz.

—¡Señor Mason! —exclamó por fin el hombre—, ignoraba que fuese usted el mismo…

—¿Del departamento? —preguntó Mason.

—¿Reconoce, pues, haberme visto antes?

—Sí; cuando le pagaba lo estipulado a una de las aspirantes a la

plaza del anuncio.

—Justamente.

El hombre se frotó la barbilla y después murmuró:

—Esto complica el asunto.

—¿En qué sentido?

—Pues… Pero desearía saber cuál es su papel en este negocio.

—Un deseo recíproco. A mí también me gustaría conocer el suyo. ¿Cómo se llama usted?

—Yo… soy el representante del señor Hines.

—¿No será usted el propio señor Hines?

—Bueno… digamos que soy su representante.

—Le estoy pidiendo su nombre.

—No creo que tenga mucha importancia. Llámeme… Robert Dover Hines.

—Es muy importante saberlo —dijo Mason—. ¡Siéntese! ¿Dónde se encuentra Helen Reedley?

—Ya le dije que tenía un fuerte dolor de cabeza.

—Eso no concuerda con los hechos según yo los entiendo. Ahora, dejémonos de rodeos. ¿Qué trama usted?

—Mi estimado señor Mason, le aseguro que… ¿Podría decirme por qué se interesa en este asunto?

—Quiero ver a Helen Reedley —replicó Mason.

—Eso no será posible, por el momento.

—Nada es imposible. Ese teléfono funciona, ¿verdad?

—Sí, pero no comprendo qué…

—Según los informes que obran en mi poder, se *puede* hablar con la señorita Reedley —le dijo Mason amenazador— y yo deseo hacerlo con ella personalmente y ahora mismo. Quiero identificarla como la persona que pretende ser. En caso contrario, cogeré ese teléfono y llamaré a la policía.

—¿Qué le notificaría usted? —preguntó Hines calmosamente.

—Ya se enterará cuando me oiga hablar —contestó Mason en tono cortante—, y si tiene mucha curiosidad por saberlo, no tengo inconveniente en empezar ahora mismo.

Hines apoyó el pulgar de su mano derecha en un lado de la cara y, con los extremos de los restantes dedos, empezó a frotarse lenta y suavemente el otro.

—Todo esto es muy desagradable, señor Mason —opinó con el

mismo tono de voz.

—¿Para quién?

—Para cuantos intervienen en este asunto.

—A mí no me parece desagradable —replicó Mason.

—¿Podría decirme cómo logró dar con este departamento?

—Puede preguntarme cuanto quiera, en la seguridad de que le contestaré si se me antoja. Entretanto, dígame, ¿dónde está Helen Reedley?

—Señor Mason, no perdamos la calma y discutamos el asunto como dos hombres con sentido práctico. Después de todo, siempre hay posibilidades de que lleguemos a entendernos, y creo que si usted se decidiese a ser franco y me dijera…

Mason se dirigió rápidamente hacia una puerta y la abrió bruscamente. Daba a un ropero.

Hines se precipitó hacia el abogado.

—¡Señor Mason! ¡Señor Mason!; usted no tiene derecho a registrar el departamento; insisto en que…

Pero el abogado lo apartó a un lado y abrió otra puerta. Daba a un dormitorio y en él se encontraba Adela Winters, sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, y una triunfante sonrisa en su rostro. Junto a ella se veía a una mujer morena, de estatura y aspecto parecidos a Cora Felton, en cuyo semblante se advertía cierta expresión de temor.

Perry Mason inclinó la cabeza cortésmente.

—¿La señorita Reedley?

—Ella es, en efecto —respondió Hines, que había entrado en la estancia tras el abogado.

—¿Cómo sigue su dolor de cabeza? —preguntó Mason.

—Yo… yo…

—Comprenda, señor Mason —intervino Hines—, que sus procedimientos no son nada legales.

—Ahí tiene el teléfono —replicó el abogado—. Llame a la policía y haga que me detengan.

—¡Pero sea usted razonable, señor Mason! —volvió a exclamar Hines.

—Muy bien. A usted le toca empezar. Muéstreme sus cartas y le enseñaré las mías.

—Está bien. Vayamos a la sala y sentémonos.

—Tengo entendido que estas señoras nos acompañarán, ¿verdad?

La chica a quien Mason identificó como Eva Martell, dirigió una mirada interrogativa a Hines, pero Adela Winters se incorporó rápidamente, diciéndole:

—Ven, querida; este caballero debe de ser el señor Mason, que llamó hace cuestión de una hora.

—Él mismo —confirmó el abogado.

—Ahora, si me permite —intervino precipitadamente Hines—, le explicaré lo que ocurre.

—No tengo inconveniente.

—Me refiero a lo relativo a estas dos damas.

—Déjese ya de rodeos, señor Hines. Usted puso un anuncio en una revista de gran circulación entre la gente de teatro, solicitando el concurso de un determinado tipo de mujer a quien se le ofrecía un misterioso empleo. Dispuso que todas se vistiesen de la misma forma y las hizo apostarse en diferentes esquinas de una calle. Finalmente, eligió a esta muchacha, tal vez por ser la que mejor respondía a las características de la mujer que usted desea que reemplace. Ha sido solicitada mi intervención en este asunto para que trate de averiguar si se trata o no de un asunto ilegal.

—¿Quién la solicitó?

—Un cliente.

Se advertía con toda claridad que Hines se sentía incómodo y desconcertado.

—Permítame que le diga que su respuesta no es satisfactoria, señor Mason.

—No lo juzgo yo así.

—¿Usted qué quiere saber? ¿Si esto es legal o no?

—Precisamente.

—Supongamos que pueda convencerle de que se trata de algo perfectamente legal.

—Entonces nada tendría que objetar. Si esta señora aspira a ganar dinero en un empleo legal, yo no tengo la menor intención de oponerme a ello.

—Señor Mason, yo… ¿Dónde podríamos hablar privadamente?

—Aquí mismo.

—Dije *privadamente*.

—Tendrá que conformarse con mi propuesta.

—Está bien, sentémonos —se resignó Hines con desaliento—. Veamos… Todo esto me ha cogido de sorpresa, necesito reflexionar un momento.

Eva Martell y Adela Winters se acomodaron en el sofá. Mason se sentó en un mullido sillón, situado frente a Hines, quien, después de un momento de vacilación, aproximó a la mesa una silla que, finalmente, ocupó.

—Señor Mason, he decidido franquearme con usted.

—Me alegro. Antes de que empiece a hablar, veamos que todo esté en orden. ¿Les ha pagado a estas damas lo que les prometió?

—Todavía no.

—Entonces, hágalo ahora.

—Lo haré con mucho gusto, aunque me desagrada que usted me lo sugiera y más en ese tono.

—Págueles y no habrá necesidad de sugerirle nada más.

El rostro de Hines se coloreó de ira.

—¿Son clientes suyas?

—En cierto modo. La que ha solicitado que me ocupe de sus asuntos es amiga de ellas.

Tras cortos instantes de vacilación, Hines sacó una cartera bien provista de dinero. Extrajo de ella cinco billetes de cincuenta dólares que tendió a Eva Martell; a continuación entregó otro de cien a Adela Winters.

—Perfectamente —dijo Mason, mientras Hines volvía a guardarse la cartera en el bolsillo—; ahora ya puede hablar.

—Esta joven es la señorita Eva Martell —empezó Hines—, y su acompañante, la señora Adela Winters. Si vio el anuncio, recordará que en él se estipulaba que la muchacha elegida tendría derecho a una dama de compañía, a quien pagaría bien. Buscaba con ello protección para la joven y para mí al mismo tiempo, dejando establecido claramente que nada hay en este asunto que pueda dar origen a una denuncia por atentado a la moral.

—Está bien —asintió Mason—; demos por sentado que este aspecto del asunto queda descartado. Imagino que la señorita Martell vive aquí haciéndose pasar por Helen Reedley. ¿No es así, señorita?

—Sí —confirmó la muchacha.

—¿Por qué?

—Se me indicó que lo hiciese así.

—¿Quién?

Vaciló la joven y, entonces, Adela Winters respondió:

—Tales fueron las instrucciones que le dio el señor Hines, comunicándomelas también a mí cuando llegamos al departamento. Las hemos seguido al pie de la letra, y todo lo que hemos hecho ha sido dictado por él.

—¿Es verdad eso? —indagó Mason, dirigiéndose al aludido.

—Substancialmente exacto —admitió Hines con desgana.

—¿Debo entender, entonces, que usted asume toda la responsabilidad? —indagó Mason.

—Enteramente, señor; hasta el último detalle.

—¿Ignora acaso que el hecho de suplantar la personalidad de otro constituye un delito?

—Permítame; sólo existe delito cuando la suplantación se hace maliciosamente, con intención, por ejemplo, de cometer una estafa. He estudiado la ley cuidadosamente, y puedo asegurarle que cada paso que he dado se ha ceñido estrictamente a ella. No tengo la menor intención de estafar a nadie.

—Pero sí engañar a alguna persona, ¿verdad?

—Existe una distinción legal.

—No lo ignoro —replicó Mason—; sólo trataba de averiguar si usted lo sabía.

—Está claro que lo sé.

—¿Quién es el inquilino de este departamento?

—Yo… yo…

—¡Vamos! —insistió Mason—. ¿A nombre de quién está el contrato de alquiler?

—A nombre de Helen Reedley.

—¿La auténtica Helen Reedley?

—Sí.

—¿Quién le autorizó para instalar a estas dos mujeres aquí?

—Pues… yo tengo su autorización.

—¿Por escrito?

—No.

—Creo que bromea usted —le dijo el abogado.

—Escuche, señor Mason. Permítame hacerle una proposición.

Supongamos que yo consiga qué la propia Helen Reedley se presente ante usted, diciéndole que yo la represento, que todo lo que hago lo aprueba ella, que no existe intención de estafar a nadie y que asumimos conjuntamente la responsabilidad por cuanto se le ordene hacer a esta joven. ¿Se daría por satisfecho?

—¿Conseguiría esto de la auténtica Helen Reedley? —inquirió Mason.

—De la auténtica.

—¿Y no sería más bien del número dos de su lista de morenas? —sonrió Mason.

—No sea suspicaz, señor Mason. Helen Reedley le enseñará su carnet de conducir, en donde figuran sus huellas dactilares, y usted podrá compararlas con las de la joven que le presente. No creo que haya nada más convincente.

—¿Cuándo podría entrevistarme con esa señorita?

Hines consultó su reloj y repuso.

—Ya son casi las doce. Puedo hacer que vaya a su despacho a la una.

—Allí la espero.

Mason se alzó del sillón dirigiéndose a la puerta. De pronto, se volvió hacia Eva Martell, diciéndole:

—Mi número de teléfono se encuentra en la guía. Si desea algo, llámeme. Esta tarde comunicaré con usted. No hagan nada hasta que tengan noticias mías.

—Pero, señor Mason —protestó Hines—, le aseguro que todo esto es legal, perfectamente legal… ¡Maldita sea!, me ha puesto usted en un verdadero aprieto al intervenir en el asunto. Pero, puesto que su participación es irremediable, puedo garantizarle que quedará satisfecho… completamente satisfecho.

—Soy un hombre exigente —le advirtió Mason.

—Las huellas dactilares constituirán una prueba satisfactoria, ¿no le parece?

—Tal vez —admitió Mason.

Cerró la puerta y dejó a Hines sentado junto a las dos mujeres.

Capítulo 4

Mason consultó por segunda vez, en los últimos diez minutos, el reloj.

—Ese maldito me ha engañado.

—Concédele cinco minutos más —aconsejó Della Street—. ¿Creyó realmente que vendría, jefe?

—Lo ignoraba. Trataba sólo de no enjuiciar las cosas de antemano.

—¿Qué impresión le causó Hines?

—No muy buena.

—Ese hombre se encuentra en una situación muy delicada —opinó Della Street—. No entiendo cómo se comprometió a hacer algo con el ánimo de no cumplirlo luego. A menos, naturalmente, que esté tratando de ganar tiempo.

—Probablemente será eso, pero, ¿por qué no recurrió a algo que en caso de fallar hubiese resultado menos sospechoso? Además, pudo haberse concedido un plazo más largo, diciéndome, por ejemplo, que esa mujer vendría a las cuatro.

—¿Y si Helen Reedley se presenta y resulta que sus huellas dactilares son las mismas que figuran en su carnet de conducir? ¿Quedará convencido de la buena fe de Hines?

Mason rió.

—Siempre que se me demuestre que ella es la dueña del departamento y de todo cuanto hay en él. Al fin y al cabo, puede haber dos o tres Helen Reedley en el país. No me declararé satisfecho hasta no saber exactamente la razón de que Hines contrate a una muchacha morena para que viva en el departamento de Helen Reedley. Bien, Della, aquí tiene el número de Hines; póngame en comunicación con él.

Della Street dictó el teléfono a Gertie y, momentos después, le

hizo una seña a Mason.

—Ya contestan, jefe.

—¡Oiga! ¿El señor Hines? —dijo el abogado.

—¿Es el señor Mason?

—Justamente. Esa señora no ha aparecido todavía.

—¿Aún no? —preguntó en un tono de sincera incredulidad.

—Tal como lo oye.

—No comprendo. Quedamos convenidos en que ella estaría ahí dentro… ¡Pero si hace ya veinte minutos que debería estar en su despacho!

—Eso fue lo convenido.

—Oiga, señor Mason, tenga paciencia y espérela; se presentará de un momento a otro. Se ha debido de retrasar por algo inesperado.

—Aclaremos bien las cosas —dijo Mason—. ¿Habló con ella?

—Naturalmente.

—¿Personalmente o por teléfono?

—Por teléfono.

—¿Y está usted seguro de la identidad de la mujer con quién habló?

—De eso no hay la menor duda.

—Le diré lo que pienso hacer, señor Hines. Le concedo exactamente diez minutos más; al cabo de ellos, mis clientes abandonarán ese departamento, dando por terminado su trabajo, hasta que yo me encuentre debidamente informado.

—¡Señor Mason, le ruego que no haga tal cosa! Sería desastroso que marchasen en estos momentos.

—Entonces, consiga que Helen Reedley se presente aquí dentro de diez minutos —y con estas palabras, Mason colgó el auricular, interrumpiendo la charla.

—Ahora —continuó el abogado dirigiéndose a su secretaria—, dígale a Gertie que me ponga con Adela Winters; tal vez Hines se apresure a llamarlas para tratar de paliar el golpe de algún modo.

Della Street cumplió la orden a toda prisa. Luego, mientras esperaba con el auricular en la mano, preguntó:

—¿Desea hablar con Adela Winters, o con Eva Martell?

—Con Eva Martell; es ella, por lo visto, a quien tengo que proteger.

En aquel instante Della se inclinaba bruscamente sobre el teléfono.

—¡Diga!… Si, aquí la oficina del señor Mason. ¿Hablo con…? ¡Oh!, sí, señora Winters. ¿Está ahí la señorita Martell?… Un momento, por favor; el señor Mason desea hablar con usted, señorita —alzó la cabeza y le dijo a su jefe—: Le espera.

—¿Señorita Martell? —indagó Mason cogiendo el receptor.

—Sí.

—Habla usted con Perry Mason. El señor Hines me engañó cuando me hizo su promesa. Ahora es preciso que sigan ustedes las instrucciones que voy a darles.

—Sí, señor Mason.

—Haga que la señora Winters la acompañe. Recojan cuanta ropa tengan en el departamento y partan de ahí.

—La señora Winters tiene aquí muchos vestidos, señor Mason. Son varias maletas. Podríamos llevarnos una y luego…

—¡De ningún modo! —la interrumpió Mason—. No quiero que nadie pueda tener el menor motivo para levantar una acusación contra ustedes. ¿Me entiende?

—No del todo.

—Piense que si ustedes sacan de ahí un simple alfiler, el verdadero propietario del departamento podría acusarlas de penetrar en el piso subrepticiamente, inculpándolas de robo, y esto es un delito muy grave. ¿Me comprende ahora?

—Sí, señor Mason. ¿Y cree que alguien podría acusarnos de eso?

—Lo ignoro, pero no quisiera correr el riesgo. Empaqueten sus cosas y salgan.

—Oiga, señor Mason, ¿sabe el señor Hines que nos vamos?

—Ya se lo advertí.

—Entonces, lo más probable es que se apresure a intentar detenernos, haciéndonos promesas.

—No escuchen nada de lo que les diga —insistió Mason—. Ustedes apresúrense a marchar de ahí tal como les he dicho.

—¿Y después?

—Me telefonean en cuanto hayan salido; así sabré que gozó de libertad de acción. Y recuerden bien que no deben coger nada que pertenezca al departamento, ni una simple caja de cerillas.

—¿Y adónde iremos?

—A cualquier sitio; a su domicilio o al cine… Pero, ahora, salgan, y rápido.

—Está bien, partiremos de aquí dentro de treinta minutos.

—Redúzcalos a quince —terminó Mason.

Minutos después sonó el timbre del teléfono y Della Street se hizo cargo del auricular, que trasladó a su jefe. Era de nuevo Eva Martell.

—Diga, Eva, ¿dónde están?

—En el vestíbulo del Hotel Lorenzo.

—¿Tropezaron con algún inconveniente para salir de allí?

—No. El señor Hines nos llamó, diciéndonos que iba al departamento, pero nosotras no esperamos.

—¿Qué quería?

—Que nos quedásemos… Nos hizo toda clase de ofrecimientos. Finalmente nos rogó que demorásemos nuestra partida por lo menos hasta que llegase él y hablase con nosotras. ¿Por qué nos ordenó que nos fuésemos, señor Mason? ¿Adivinó que nos seguirían?

—¿Quiénes las siguen?

—Dos hombres. Estamos seguras. Tal vez sean más, aunque no lo sabemos de cierto.

—Ya me lo temía —dijo Mason—. ¿Están seguras de no haber cogido del departamento nada que no sea de ustedes?

—Ni un cigarrillo siquiera.

—¿Y tienen la certeza de que esos hombres las siguen?

—Sí.

—¿Saben ellos que ustedes ya se han dado cuenta del juego?

—No creo. No nos habríamos dado cuenta si no estuviésemos ya bastante escamadas.

—¿Dice que Hines no se presentó?

—No. Abandonamos el departamento a las dos menos cuarto. Yo lo anoté por si luego había necesidad de indicar exactamente la hora. Tía Adela se demoró un poco; de otro modo, habríamos salido antes. Dijo que tenía que telefonear y la obligué que lo hiciese desde el vestíbulo. Trató de hablar con usted, pero su número estaba comunicando. Después quiso hablar con Hines y su teléfono tampoco contestó. Es la primera vez que esto sucede. Según el señor Hines, podíamos llamarle a cualquier hora del día o de la noche en la seguridad de que alguien se pondría al teléfono. Recuerdo que

una vez nos contestó una mujer. Después de lo que le dijo a usted, pensamos que tal vez aquella mujer fuese la verdadera Helen Reedley; mejor dicho, fui yo la que lo pensé, y así se lo dije a tía Adela; pero usted ya la conoce; ella cree que Helen Reedley está muerta y…

—¿Qué le dijo Hines cuando le habló por teléfono?

—Parecía sentirse muy excitado. Me dijo que usted no se mostraba razonable, que no estábamos haciendo nada malo y, finalmente, que la persona que había quedado en ir a verle tenía en aquel momento otro compromiso. Manifestó que de haber tenido usted un poco de paciencia, ella hubiese terminado por ir a su despacho para darle toda clase de explicaciones, y todo se habría arreglado.

—Hablar no cuesta nada —comentó Mason—. Volveré a llamar a ese individuo para decirle que en cuanto se me den las explicaciones que pido, ustedes se reintegrarán a sus puestos, pero que, entre tanto, lo abandonan por sospechas de un juego ilegal, y que, por lo que a nosotros concierne, aún está por tratar el tema de la indemnización a que ustedes tienen derecho. Ya veremos cómo reacciona.

—El señor Hines nos hizo toda clase de promesas —dijo Eva—. Insistió especialmente en que no regresásemos a nuestra casa antes de las cinco. Nos dijo que si nos encaminábamos a algún lugar público y esperábamos allí hasta esa hora, todo podría arreglarse, pero que si volvíamos a nuestro departamento, el negocio habría terminado.

—¿Les explicó el motivo?

—No, pero lo dijo con gran convencimiento.

—¿Y fue ésa la causa de que marchasen ustedes al Hotel Lorenzo?

—Sí; por eso y por los tipos que nos siguen.

—Me alegro de que hayan salido ya de ella —dijo Mason—. Así quedo yo con las manos libres. Esperen en el Hotel Lorenzo y no salgan de él hasta haber hablado conmigo y tener la seguridad de que todo ha quedado aclarado. No se muevan de ahí y permanezcan tranquilas.

Eva prometió cumplir al pie de la letra las instrucciones y se despidió del abogado. Éste se dirigió a Della Street, diciéndole:

—Vaya corriendo a la agencia de detectives Drake y dígale a Paul que esas dos mujeres se encuentran en el Hotel Lorenzo y que están vigiladas. Quiero saber quiénes las espían y a quién comunican esos hombres sus informes. Dígale a Paul que envíe a cuatro o cinco de sus muchachos. Quiero, ante todo, que descubran a los tipos que vigilan, siguiéndoles los pasos. Hágale a Paul una descripción de las dos mujeres para que puedan localizarlas fácilmente. Deben de encontrarse en el vestíbulo del hotel. Dígale que no repare en gastos. Ese granuja de Hines pagará lo que sea.

Della salió del despacho, apresurándose por el pasillo, mientras el abogado cogía de nuevo el auricular.

—¡Gertie, comuníqueme con ese departamento! Usted debe tener el número.

—Está bien.

—Si nadie contesta, marque el número de Hines, Drexberry 5236. Dése prisa.

—Perfectamente. ¿Quiere que le avise cuando…?

—No. Esperaré. Apresúrese. Interesa localizar cuanto antes a ese Hines.

El abogado escuchó el zumbido del disco que la operadora hacía girar. Luego esperó, mientras percibía la señal de llamada del otro aparato.

—Señor Mason, nadie contesta en el departamento de Helen Reedley. Le pondré con el número de Drexberry.

Marcó el nuevo número, y otra vez volvió a percibir Mason las intermitentes señales de llamada.

—Tampoco contestan —anunció Gertie.

—Vuelva a insistir dentro de cinco minutos. Y si el señor Hines llegara a llamar, póngame inmediatamente; con él.

—¿El señor Hines?

—Sí, Robert Dover Hines.

—Muy bien. Así lo haré.

Colgó el auricular en el instante en que las rápidas pisadas de Della avanzaban por el corredor. Segundos después, la secretaria penetraba en el despacho.

—Rápido ha sido eso, Della —comentó Mason.

—Estuve de suerte. Me encontré con Paul Drake en el momento en que se dirigía al ascensor. Le expliqué de lo que se trataba, y me

dijo que inmediatamente se ocuparía del asunto.

—Yo traté de comunicar con Hines pero no lo conseguí. Le dije a Gertie que si me llamaba, me pusiese inmediatamente en comunicación con él.

—¿Cree usted que lo hará?

—No lo sé; tal vez. Ordené a las dos mujeres que marchasen del departamento y ahora me encuentro en situación de llegar a un acuerdo ventajoso.

—¿Por qué juzga que la situación es mejor después de haberse marchado ellas del piso?

—Piense que no sabemos mucho de ese Hines —le explicó Mason—. Nada impide imaginarse que se hubiera escabullido, dejándolas en la estacada. En tal caso, cuando la policía llegase y encontrara a Eva Martell haciéndose pasar por Helen Reedley, viviendo en su departamento y usando su ropa… Bueno, usted ya puede figurarse lo que ocurriría. Habríamos tenido que dar un sin fin de explicaciones.

—¿Cree usted que es Hines quien ha puesto vigilancia a las dos mujeres?

—Quizá. Hines parecía muy interesado en que, en último término, ambas esperasen en un lugar público. Recalcó que si regresaban a su domicilio todo habría terminado. Por lo tanto, es muy posible que no las pierda de vista para cerciorarse de si han seguido sus órdenes.

—Pero ¿por qué?

—Es lo que estamos tratando de averiguar.

—¿Cree que la verdadera Helen Reedley está muerta?

—No lo sé. Puede ser. Por el momento, no disponemos de los suficientes datos para asegurarlo. Pero existe un hecho significativo.

—¿Cuál?

—Las instrucciones que se le dieron a Adela Winters. Recuerde que cada vez que alguna amistad de Helen Reedley telefoneaba al departamento, la señora Winters tenía que recibir el recado, informar a la comunicante de que Helen Reedley la llamaría al cabo de quince o veinte minutos, y seguidamente avisar a Hines.

—¿Y no parece indicar todo eso que la Reedley está…? Creo que me comprende. Si Helen no llamaba al comunicante en la forma convenida, éste podría entrar en sospechas y…

—¡Justamente, Della! De pretender Hines distraer simplemente la atención de los amigos de Helen Reedley, sin duda habría imaginado algo mejor, diciendo, por ejemplo, que la mujer había salido de compras, que se encontraba en el campo o esgrimiendo cualquier otra excusa por el estilo. Diciendo que la señorita Reedley le telefonearía pasados quince o veinte minutos, se comprometía a cumplir su promesa.

—¿Y cómo cree usted que se las arreglaba?

—Pues haciendo que Helen llamara, tal como Adela Winters había prometido.

—No entiendo.

—Es muy sencillo. Helen Reedley debe de temer algo y por eso ha desaparecido, escondiéndose en algún sitio, desde donde, como es lógico, puede llamar a sus amigos. Éstos no están en situación de comprobar si Helen les telefonea desde su departamento o no.

El timbre del teléfono interrumpió la charla en aquel punto.

—Tal vez sea Hines —opinó Mason, cogiendo el auricular.

Pero se engañaba; era Gertie la que le hablaba.

—La señorita Helen Reedley está aquí —anunció—. Dice que tenía una cita con usted para primeras horas de esta tarde. No pudo venir hasta ahora y…

—Hágala pasar inmediatamente —ordenó Mason.

Colgó el auricular y se dirigió a Della.

—Es Helen Reedley. Esto va bien.

Se abrió la puerta que comunicaba con la sala de espera, y Gertie dejó paso a una morena muy elegante. La recién llegada fijó sus ojos en Della Street, a quien midió de pies a cabeza. Luego, se dirigió a Perry Mason.

—¿Cómo está usted, señor Mason? Soy Helen Reedley. Le agradezco que me haya recibido en seguida, y lamento el retraso.

—¡Haga el favor de sentarse! —la invitó el abogado—. Deseo conversar con usted sobre ciertas cosas.

—Así me lo han dicho.

Cruzó el despacho con un andar flexible que ponía de manifiesto su convicción de no pasar en ningún momento inadvertida. Su figura se parecía extraordinariamente a la de Eva Martell, a quien incluso se asemejaba en ciertos rasgos del rostro. Sus movimientos carecían de espontaneidad, y caminaba con una lentitud estudiada

no exenta de gracia. Los grandes ojos oscuros, de largas pestañas, miraban provocativamente al abogado bajo las cejas levemente arqueadas, haciendo caso omiso de la presencia de Della.

—¿Qué quiere saber, señor Mason? —preguntó.

—¿Qué planea usted decirme? —indagó a su vez Mason, con mirada escrutadora.

En el rostro de la visitante se dibujó un gesto de impaciencia.

—Según el señor Hines, usted deseaba hacerme algunas preguntas.

Lo mismo que sus movimientos, su voz poseía una modulación extraña, que impresionaba al oyente. Al terminar cada frase, arqueaba ligeramente las cejas, mientras inclinaba un poco la cabeza.

—Sólo deseo saber lo que ya he dicho: ¿qué planea contarme?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que juzgue más conveniente.

—Según entiendo, a usted le interesa mi departamento.

—¿Es suyo realmente?

—Por supuesto.

—¿Podría probármelo?

—El señor Hines ya me advirtió que usted era persona muy exigente. Bien; aquí traigo algo que me identifica.

Abrió su bolso y sacó un pequeño portadocumentos de cuero, del que extrajo una licencia para conducir.

—Aparece extendida a nombre de Helen Reedley y, como comprobará, la dirección es la misma del departamento en cuestión. En ella observará una huella dactilar. Puede compararla con la de mi pulgar, señor Mason. ¿Hay por aquí algún tampón con tinta?… ¡Gracias!… Observe como apoyo el pulgar sobre el tampón… ¿Tiene una hoja de papel?… Muy bien: ahí tiene mi huella dactilar. Compruebe ahora que se corresponde exactamente con la que figura en la licencia.

Helen Reedley sacó un papel de seda del bolso, con el que se limpió la tinta que manchaba su pulgar. Después, lo tiró al cesto de los papeles y se arrellanó en el sillón, en espera de que el abogado terminara de hacer la consiguiente comprobación.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Naturalmente —contestó Mason sin alzar sus ojos del papel.

La mujer sacó una pitillera del bolso, cogió un cigarrillo y, después de encenderlo, consideró a Mason con una mirada de soslayo.

—Según parece las huellas son las mismas —declaró Mason.

—Idénticas —subrayó la mujer.

—También advirtió que la dirección que figura aquí, se corresponde con la del departamento que nos ocupa. Pero tal vez tenga usted a mano otros documentos.

—Por supuesto —contestó ella calmosamente—… Ya suponía que no se conformaría usted con esto solo. Aquí traigo una serie de recibos del alquiler del departamento, firmados por el administrador; corresponden a los seis últimos meses.

—¿Tiene el número de su póliza de seguros? —indagó Mason.

—No —respondió, y en su voz se advertía un tono de desprecio.

—¿Y no posee algún otro medio de identificación, fuera del carnet de conducir?

—Naturalmente. Tengo cartas de crédito, tarjetas que me acreditan como miembro del club de golf y varios papeles más por el estilo, pero no alcanzo a comprender la razón que me obligue a mostrárselos. Creo que el carnet de chófer es un documento suficiente; además, fue extendido hará apenas seis meses.

—Preferiría que me mostrase también los restantes papeles —insistió Mason.

Esta vez la mujer pareció sentirse francamente enojada, pero no pronunció una sílaba. Se limitó a sacar una media docena de cartulinas, que tendió al abogado para que éste las examinara.

Mason cogió lápiz y papel y anotó los números y fechas que figuraban en los distintos documentos.

—¿Considera imprescindible hacer eso, señor Mason?

—Así parece.

—¡Está bien! —replicó ella, apretando los labios con un gesto de rabia.

Una vez terminada la tarea, Mason le devolvió los papeles. Helen Reedley parecía haber esperado aquel momento. Al cogerlos, rozó, con suave caricia, la mano del abogado, lanzándole al mismo tiempo una seductora sonrisa.

—Y ahora que ya hemos terminado, señor Mason, con la parte más desagradable del asunto, ¿no podríamos ser amigos?

Mason sonrió.

—Perdón, pero aún no hemos terminado con lo desagradable. No cabe duda de que usted es la dueña del departamento, que paga el alquiler, ¿pero es esto todo?

—Mi amigo el señor Hines, corre con mis asuntos en todo lo que se refiere al departamento.

—¿Y en lo referente a cuanto se encierra en él?

—También.

—¿Sin excluir nada?

—Así es.

—Tome nota de lo que voy a dictarle, Della, haga el favor —le dijo a la secretaria.

Cuando Della se hizo cargo de un *block*, el abogado dictó:

PARA LOS FINES A QUE HAYA LUGAR:

Declaro que la que suscribe, Helen Reedley, es y ha sido, durante seis meses o más, la inquilina de un departamento en el edificio sito en la calle Ocho, conocido por el nombre de Siglet Manor*, siendo el número del departamento arrendado por la suscrita el 326 de la referida casa. Garantizo y declaro que soy la única dueña de todos los objetos que se encuentran en él; que el nombrado Robert Dover Hines, es mi representante y administrador en todo lo que se refiere al departamento y a cuanto en él se contiene; que dicho señor puede, a discreción, permitir el acceso o su permanencia en él a la persona o personas que considere conveniente, durante el tiempo que crea necesario y bajo las condiciones por él estipuladas; que esta persona o personas pueden, con el consentimiento del señor Hines, usar, vender, transportar o disponer de cualquiera o todos los objetos contenidos en el departamento, incluso mi ropa y objetos personales, artículos de* toilette *y accesorios, así como otros que puedan encontrarse en el referido departamento. Por la presente, apruebo cuanto el sobredicho Robert Dover Hines haya hecho en relación con este asunto, y doy mi anticipado consentimiento a todo lo que pueda hacer en el futuro.*

—Deje un espacio para la firma, Della y traiga el sello. Usted

misma servirá de testigo.

—¿Y no considera exagerada su actitud? —protestó Helen Reedley.

Mason la miró a los ojos, sonrió y dijo:

—Tal vez…

Mientras la secretaria salía para poner a máquina lo dictado, Mason encendió un cigarrillo y se arrellanó en el sillón.

—Bueno; ya hemos terminado con las cosas desagradables y creo que podremos ser amigos.

Los ojos de Helen Reedley lanzaban chispas de indignación.

—¡Ahora soy yo la que rechaza su invitación!

Mason sonrió.

—Usted, como es lógico, debe estar perfectamente informada de lo que Hines se trae entre manos. ¿No es así?

—Por supuesto.

—¿Y a qué se deben todos esos manejos?

—Se trata de un asunto estrictamente personal.

—Me gustaría confirmarme en su criterio.

—Creo que el documento que voy a firmar ya es suficiente garantía y que protege sobradamente a sus clientes.

—No tan sobradamente, si no estamos al corriente de lo que se trama.

—No veo razón alguna para decírselo.

—En tal caso —dijo Mason—, me veré obligado a añadirle algo al documento.

—Si encuentra forma de redactar algo más severo, no tendré más remedio que reconocer su talento.

Mason oprimió el timbre del escritorio, y cuando Della surgió del despacho adjunto, le dijo:

—Coja su *block* que voy a dictarle algo más. Después lo une a lo anterior.

Helen Reedley permanecía en silencio e inmóvil, con los labios fuertemente apretados.

Cuando Della volvió a entrar con su *block*, y se sentó en una silla junto a la mesa de Mason, éste volvió a dictar:

El llamado Robert Dover Hines ha instalado a ciertas personas en el referido departamento, una de las cuales, según

órdenes de aquél, debe usar el nombre de Helen Reedley. Por el presente documento, consiento en el uso de mi nombre, en que se firme con él y en que tal persona me remplace en las ocasiones, en la forma y con los propósitos que desee el llamado Robert Dover Hines, renunciando de antemano a cualquier reclamación motivada, por el uso de mi nombre, consintiendo en declararla inocente del daño que pueda derivarse de tal personificación, y comprometiéndome a indemnizarla por cualquier pérdida económica, o de otra naturaleza en que la mencionada persona incurra por obedecer las instrucciones de mi agente el señor Robert Dover Hines.

Helen Reedley se incorporó bruscamente de su asiento, mientras el bolso que mantenía en el regazo caía al suelo, desparramándose sobre la alfombra parte de su contenido.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido pensar que yo pudiese firmar semejante disparate? —exclamó indignada—. ¡Eso es una impertinencia, algo completamente absurdo!

Mason se encaró con ella sin perder la calma.

—Ya le anuncié, señorita Reedley, que sería mucho mejor que confiara enteramente en mí, informándome de todo este enredo, y que si no lo hacía, me vería obligado a reforzar el documento.

—¡Pero eso es completamente ridículo! Usted sabe de sobra que con ese papel esa muchacha podría ir a mi banco, firmar en mi nombre un cheque por cinco mil dólares y marcharse tranquilamente, sacándome la lengua.

—Cierto —admitió Mason—, pero sólo en el caso de que su agente el señor Hines le autorizase para hacerlo.

—Ese señor no es mi agente hasta ese extremo.

—Entonces haría bien en hablarme un poco más del señor Hines indicándome hasta qué extremo lo considera como su representante.

—Le he dicho todo cuanto deseaba decirle.

—En tal caso, lo siento mucho —le dijo Mason—: acceda a mis deseos o firme el documento. Tenga la bondad de ponerlo en limpio, Della. Usted, señorita Reedley, haría bien en recoger las cosas que se le cayeron. A propósito, si lleva algún revólver en el bolso, no olvide que es obligatoria la licencia de armas.

—¿Sabe, acaso, qué no la tengo? —preguntó la muchacha exasperada.

—No —respondió Mason—. De tenerla, podría enseñármela, porque eso sí que sería un medio seguro de identificación.

La mujer se inclinó rabiosamente hacia el suelo, metió en el bolso lo que se había caído, lo cerró con fuerza y volvió a incorporarse.

—¡Dios mío, qué odiosos son los hombres como usted!

—Por lo visto, sólo le encantan aquellos que consigue manejar a su antojo. Le advierto que no soy muy insensible a los encantos del bello sexo. Desgraciadamente, me he impuesto por norma no dejarme influenciar de ninguna mujer, por atractiva que pueda ser, cuando me esfuerzo en proteger los intereses de un cliente.

—¡No tiene ninguna necesidad de explicármelo!

—Entonces —dijo Mason volviendo a la carga—, ¿se decide a franquearse conmigo de una vez o firma ese documento?

—Por lo que a mí respecta, puede… —se interrumpió en medio de la frase, aspiró aire profundamente y, de pronto, pareció recobrar la serenidad—. ¡Está bien! Tendré sumo gusto en firmar. Dígale a su secretaria que lo ponga en limpio rápidamente, porque tengo mucha prisa.

—Por lo menos —observó Mason—, hay que reconocer que sabe perder con bastante filosofía.

Helen Reedley se limitó a sonreír enigmáticamente.

—Y, ahora —continuó Mason—, ¿no cree que ya ha llegado el momento de poder ser amigos?

—¡Ahora he cambiado de parecer! —replicó y guardó un silencio glacial hasta que Della Street volvió a entrar con el documento y una pluma estilográfica.

Después de revisarlo, Mason se lo pasó a Helen Reedley para que ésta lo firmara.

La muchacha arrebató la pluma de manos de Della, echó una rápida ojeada al papel y garabateó su firma al pie. Entonces, Mason le tendió el tampón de tinta, a tiempo que le decía sonriendo:

—Si no tiene inconveniente, le agradecería que colocase también junto a la firma su huella dactilar.

Helen Reedley no despegó los labios. Presionó el dedo sobre el tampón y estampó violentamente su huella junto a la firma. Luego

rebuscó en su bolso y, como no encontrase ningún papel de seda, sacó un finísimo pañuelo con el que se limpió el dedo rabiosamente.

—¿Jura solemnemente ser Helen Reedley y haber firmado este documento por libre voluntad? —le preguntó Della Street.

—¡Sí! ¡Y ahora déjeme salir antes de que rompa algo!

—Della, haga el favor de indicarle el camino a la señorita Reedley.

Haciendo gala de deliberada lentitud, Della selló el documento y firmó en él; luego, se dirigió a la puerta y la abrió. Helen Reedley pasó junto a ella como una tromba, con la cabeza erguida.

—¡Buenas tardes, señorita Reedley!

La despedida no obtuvo, la menor respuesta.

Della esperó hasta que la puerta de salida se hubo cerrado. Seguidamente, se reintegró junto al escritorio de Mason.

—¿Se fijó usted en el modo con que me miró de pies a cabeza?

—Ya me di cuenta —contestó Mason—. Precisamente su insolencia fue lo que me hizo mostrarme más duro de lo que me había propuesto.

—¡No se preocupe! —rió Della—. Las mujeres ya acostumbramos a mirarnos así y no creo que Helen Reedley acepte de buen grado la menor competencia. ¿Vio si llevaba, efectivamente, un revólver en su bolso?

—¡Maldito si lo sé! Pero no cabe duda de que dentro de él había algo pesado y macizo, porque, cuando cayó al suelo, el golpe fue bastante fuerte, saltando fuera los objetos más livianos y quedando dentro el posible revólver.

—No me agradaría saber que esa mujer anda detrás de mí con un revólver en su bolso —observó Della.

—No estoy seguro de que lo fuese, aunque…

Sonó en aquel punto el teléfono, y Mason le hizo una seña a su secretaria, quien cogió el auricular.

—¡Diga!… Sí, Gertie. Lo preguntaré. —Se volvió hacia Mason, explicando—: Eva Martell pregunta si ha habido novedad.

—¡Traiga que le hablaré yo! ¡Oiga, señorita Martell! Helen Reedley ha estado aquí; acaba de irse. Creo que ya no hay duda de que esa mujer es, efectivamente, la dueña del departamento y de todo cuanto hay en él. En todo caso, el papel que firmó las deja a ustedes enteramente a salvo, siempre que no hagan nada que no les

haya ordenado Hines. He tratado de comunicarme con él por teléfono, pero no lo he conseguido todavía. ¿Piensa volver inmediatamente al departamento?

—Sí —respondió Eva Martell—. El señor Hines nos dijo que; apenas recibiésemos su conformidad, teníamos que reintegrarnos a él, para continuar el mismo trabajo que nos señalara. Sin embargo, quisiéramos aprovechar esta salida para hacer algunas compras.

—Háganlo, si así les place, pero recuerden que están vigiladas. No olviden tampoco que Hines les advirtió que no debían ir a su propio domicilio.

—Sí, ya lo sé. Pero hay algunas cosas en el escaparate de una tienda, difíciles de conseguir últimamente, y quisiéramos… ¿No podríamos decirle al señor Hines que usted tuvo algunas dificultades en localizarnos y que el atraso ha sido debido a eso?

Mason se echó a reír.

—Hagan lo que quieran. Ese Hines tiene por lo visto tanta necesidad de ustedes, que se avendrá a cualquier cosa. De otro modo Helen Reedley jamás habría aceptado las condiciones que le he impuesto en el documento que firmó.

—¡Gracias, señor Mason! Me imagino que conseguiría esa autorización por escrito, ¿no?

—Por escrito, legalizada y con la huella de su pulgar estampada junto a la firma.

Eva Martell lanzó una carcajada.

—Bueno; no creo que pueda pedirse nada mejor.

—Eso opino yo también. ¿Las vigilan todavía?

—Sí. Nos están examinando detenidamente y…

—No se preocupen —le dijo Mason—. Hagan lo que les parezca, como si nadie les siguiese. Luego, cojan un taxi y vuelvan al departamento para seguir desempeñando el papel de dueñas de casa. Ahora ya no tienen por qué preocuparse.

—¡No sabe, señor Mason, lo que me tranquiliza con sus palabras! ¿Cómo es Helen Reedley? ¿Se parece mucho a mí?

—Físicamente, bastante.

—¿Y en cuanto al temperamento?

—Demasiado acalorado, a mi juicio.

—Bueno; yo tampoco me he considerado nunca un bloque de hielo.

Mason rió.

—Las circunstancias en que la he conocido justifican de sobra el alza de temperatura.

—¿Es más bonita que yo?

—Decididamente, no.

—¡Muchas gracias, señor Mason! Últimamente había estado pensando… Se lo diré. He observado que, a veces, el señor Hines se me queda mirando de una forma…

—¿Acaso se está usted enamorando de Hines?

—No, nada de eso; de ningún modo. Pero es que, en estos casos, una no puede por menos de imaginarse ciertas cosas. Pero no quiero hacerle perder más el tiempo. Hasta luego, señor Mason, y gracias una vez más.

Capítulo 5

Mason se había quedado trabajando en la oficina. Eran cerca de las seis y media cuando sonó el timbre de la centralilla telefónica, en la sala de espera.

—Vaya a ver quién es, Della —le dijo a su secretaria—. Tal vez se trate de Eva Martell. Tenemos que cenar con Paul Drake a las siete, y no disponemos de mucho tiempo.

Della Street se dirigió a cumplir la orden y, a los pocos segundos, volvió corriendo.

—¡Es Eva Martell, jefe! Quiere hablar inmediatamente con usted. Ya he conectado su teléfono.

—¡Dígame, Eva! —invitó Mason cogiendo el auricular—. ¿Dónde se encuentra? ¿En el departamento?

La voz que sonaba en su oído temblaba de excitación.

—Señor Mason, tiene que decirnos lo que debemos hacer. Hemos vuelto al departamento, pero ha sucedido algo y… deseamos que venga inmediatamente.

—Iba a salir ahora mismo. Tengo un compromiso y… Pero ¿qué ha ocurrido?

—No quisiera decírselo por teléfono. Preferiría que viniese aquí inmediatamente.

—¿Algo serio? —preguntó Mason.

—Sí; muy grave.

Mason lanzó una mirada a su reloj y frunció el ceño.

—Le repito que… ¿Por qué no me dice ahora mismo de lo que se trata? El teléfono desde donde me habla no está controlado y el documento que se acaba de firmar las pone a cubierto de cuanto pueda ocurrir. Dígame, sin más rodeos, lo que ha pasado.

—Se trata de Robert Hines —respondió Eva con la voz alterada por la agitación—. Está sentado en un sillón y en la frente tiene algo

así como una herida de bala. Creo que está muerto.

—¡Diablos! ¿Hace tiempo que está así?

—Lo ignoro.

—¿Cuándo le hirieron?

—Tampoco lo sé.

—¿Han avisado a la policía?

—No; sólo a usted.

—¿Llevan mucho rato en el departamento?

—Acabamos de llegar. Usted nos dijo que podríamos hacer algunas compras y perdimos más tiempo del que habíamos previsto. Al fin y al cabo…

—Avisen a la policía inmediatamente —aconsejó Mason—, y no traten de ocultar nada. Yo me ocuparé del asunto desde aquí.

Colgó bruscamente el auricular y salió a toda prisa del despacho, apresurándose por el corredor hasta llegar a las oficinas de la Agencia de Detectives Drake. Abrió bruscamente la puerta y se dirigió a una de las muchachas del despacho.

—¿Está Paul Drake?

La chica asintió, indicando el despacho privado de su jefe, al mismo tiempo que presionaba el botón que abría la cerradura eléctrica que cerraba la barandilla divisoria entre las oficinas y la sala de espera.

Mason avanzó precipitadamente y penetró en el despacho de Drake. El detective alzó los ojos ante la entrada del visitante.

—¡Hola, Perry! ¿Qué ocurre? Todavía faltan veinte minutos y…

—¿Recuerdas el trabajo que te encargué en el Hotel Lorenzo? ¿Se lo encomendaste a gente competente?

—A tres de mis mejores hombres.

—Bueno, Paul, atiende, que es muy importante: Un individuo llamado Hines ha sido asesinado en los departamentos *Siglet Manor*. El edificio se encuentra en la calle Ocho, y el departamento es el 326.

—¿Quién descubrió el crimen?

—Mis clientes, las dos mujeres que estaban vigiladas por los hombres a quienes te encargué que siguiesen. En este preciso instante ellas avisan a la policía. Disponemos aproximadamente de unos tres minutos.

—¡Caramba! —exclamó Drake sorprendido.

—Tal vez esos individuos a quienes deseaba que vigilases sean igualmente detectives privados. De ser así, no creo que tropecemos con muchas dificultades para seguirles los pasos hasta dar con la Agencia en donde trabajan. Para la pista quedará interrumpida en este punto y, de no acompañarnos la suerte, jamás lograremos desenmascarar a quien contrató sus servicios. La agencia enviará sus informes al cliente por correo, y nuestros esfuerzos por localizar a éste serán inútiles.

—Si esos hombres son, como piensas, detectives privados, probablemente eso es lo que pasará —confirmó Paul.

—En fin, no es hora de lamentaciones, y conviene aprovechar el tiempo. Dentro de poco la policía se presentará con todo su aparato en el *Siglet Manor*. Mis clientes están allí y esos detectives que las vigilan rondarán todavía por el lugar. Cuando vean llegar a la policía, comprenderán que ha debido ocurrir algo, sin saber de lo que se trata. Tardarán algún tiempo en averiguarlo.

—No mucho —opinó Drake—. Si conocen bien el oficio, se las arreglarán para que la misma policía les informe.

—¿Y qué crees que ocurrirá cuando se hayan enterado?

—No sé lo que pretendes insinuar.

—Ponte en el lugar de esos hombres. Supongamos que es tu agencia la que interviene en el asunto y que tus muchachos se dan de narices con semejante acontecimiento. ¿Qué medidas adoptarían?

—En primer lugar me informarían inmediatamente del hecho, personalmente o por teléfono, y entonces yo me pondría inmediatamente en contacto con mi cliente para referirle lo sucedido y pedirle instrucciones.

—¿Cómo te comunicarías con él?

—Posiblemente, por teléfono.

—¿Y qué le dirías?

—Le haría un escueto relato de los hechos más sobresalientes.

—¿Y tu cliente…?

—Lo más probable es que se apresurase a venir a mi oficina para informarse detalladamente del asunto.

—¡Exacto! —aprobó Mason.

—Me parece que ya adivino lo que planteas, Perry.

—Me alegro. ¿Cuándo crees que podrás poner en marcha el

plan?

—Lo antes posible. En cuanto alguno de los detectives de esa agencia trate de telefonear a su jefe, mis muchachos procurarán por todos los medios averiguar el número que marqué y, en caso de que se decida a informar personalmente, le seguirán.

—¡Espléndido! —aprobó Mason—. Si la pista nos conduce efectivamente a una agencia de detectives privados, dispón de un número suficiente de hombres para que la vigilen y si alguien entra en ella con aires de querer resolver urgentemente un asunto, que no le pierdan de vista desde el instante en que salga de nuevo a la calle.

—¡Está bien! —asintió Drake—. No creo que necesitemos más de dos hombres, fuera de los que ya están en danza.

—¡De acuerdo!

—¿Y no crees posible que tus clientes tengan algo que ver con el crimen? —preguntó de súbito Drake.

—¡No digas tonterías, Paul! Mis clientes *jamás* se ven envueltos en un crimen. Estas dos de ahora han tenido simplemente la mala suerte de toparse con un cadáver, y me han avisado para informarme del hecho, pidiéndome que las ayude. Les dije que ellas mismas se pusiesen en contacto con la policía.

—¿Informándole que eran clientes tuyas?

—¿Y por qué no?

—Intuyo que el asunto no va a ser tan simple como parece… Ahora voy a hacer algunas llamadas; pondré a mis hombres sobre aviso y, dentro de un momento, pasaré por tu oficina.

—Antes, procura obtener todos los detalles que puedas sobre el crimen.

—¿Fue la víctima quien contrató a las mujeres?

—Sí.

—Bueno. Ahora déjame telefonear, Perry, para que mis hombres se pongan a la tarea. Tal vez descubramos algo.

Mason salió de la oficina, al tiempo que Drake extendía su mano para coger el teléfono.

—¿Habló con Drake? —indagó Della Street cuando Perry Mason volvió a entrar en el despacho.

—Sí. Destacará a sus hombres para que se ocupen del asunto. Entretanto, sólo nos queda el recurso de esperar y mordernos las

uñas. No sé lo que daría por estar allí en este instante. Lo malo es que ya se ha notado demasiado mi presencia en los lugares donde suelen aparecer ciertos cadáveres y que, por esta vez, tendré que mantenerme alejado.

—¿Cuánto cree que esperaremos todavía?

—¿Para recibir una detallada información?

—Sí.

—Depende.

—¿De qué?

—De varias cosas. Especialmente de esos detectives que vigilan a las mujeres. Si alguno se pone en contacto personalmente con su jefe y conseguimos seguirle la pista, tal vez podríamos empezar a actuar dentro de una hora.

Della Street guardó un corto silencio y de súbito exclamó:

—¡Caramba! Ahora recuerdo algo que no me gusta nada.

—¿De qué se trata?

—Adela Winters llevaba un revólver del 32 en su bolso. ¿No cree usted que la policía la registrará?

—¡Ha adivinado mi pensamiento! —dijo Mason.

—¿Y si resulta que el señor Hines ha sido asesinado con un revólver del treinta y dos? —continuó Della—. ¿Qué sucederá en este caso?

—Tal vez el detalle no signifique mucho. Claro que todo dependerá del informe que den los peritos después de examinar la bala. Como usted sabe perfectamente, esos hombres pueden dictaminar si un proyectil corresponde o no a determinada arma.

—Siempre que se consiga localizar la bala.

—¡Naturalmente! —exclamó Mason mirando a Della con extrañeza.

—Lo digo —explicó Della—, porque esa señora Winters me da la impresión de una mujer muy astuta.

Mason sonrió y consultó su reloj.

Es posible que dentro de una hora tengamos ya respuesta concreta. Ahora, salgamos a tomar un bocado.

Capítulo 6

Pasadas las nueve, cuando Mason se paseaba nerviosamente por el despacho, en la puerta de la sala de espera alguien repiqueteó de un modo peculiar.

—Ése es Paul —aseguró Mason—. Haga el favor de hacerlo pasar, Della.

Drake penetró en el despacho y se dirigió a la secretaria diciendo:

—¿Qué tal? —después le dedicó a Mason una cómica reverencia —. ¡Uf! ¡No puedes imaginarte lo ocupado que he estado!

—¿Has descubierto algo?

—Creo que sí.

—Habla.

Antes de hacerlo, Drake se dejó caer sobre un mullido sillón de cuero.

—Tus clientes hicieron muchas compras. Luego, se fueron a cenar y regresaron al departamento. Mis muchachos habían localizado a los tipos que las vigilaban y no tuvieron ninguna dificultad en seguirles los pasos.

—¿Prosiguieron su vigilancia durante las compras, siguiéndolas después al departamento?

—Sí.

—¿Qué pasó cuando mis clientes se reintegraron al piso?

—Entonces estalló la bomba. Sirenas, brigadas móviles y todo el aparato policíaco de costumbre. Gracias al dato que me suministraste, mis refuerzos pudieron llegar a tiempo, montando en seguida una adecuada vigilancia en torno de la casa.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Uno de los sabuesos que seguían a las mujeres se precipitó hacia un teléfono público. Mi hombre consiguió ver el número que

marcó. Lo buscó en la guía, comprobando que se trataba del *Interstate Investigators*. Entonces, me telefoneó comunicándome el dato e, inmediatamente, destaqué a algunos de mis muchachos para que vigilasen las oficinas de la *Interstate*, tal como tú me lo habías indicado. En las cercanías del escenario del crimen, los de la *Interstate*, andaban atareados en busca de alguien que pudiese suministrarles detalles de lo ocurrido. Por último, pudieron ponerse en contacto con un policía más comunicativo que sus compañeros y éste les informó de ciertos detalles. Tal vez la historia que les hizo no fuese completa, pero sí bastante detallada.

—¿Qué ocurrió?

—Ese Hines fue asesinado, muriendo de un balazo en mitad de la frente, disparado con un pequeño revólver, posiblemente de calibre 32.

—¿Hay orificio de salida de la bala?

—No.

—¿Quieres decir que sigue alojada en el cráneo?

—Así es.

—Entonces cuando la policía tenga en su poder el proyectil, podrá identificar el revólver que lo disparó. Eso simplificará muchas cosas.

—O las complicará —observó secamente Drake—. Depende de que el revólver pertenezca o no a tu cliente. Los chicos de la *Interstate* siguieron telefoneando a su agencia para tenerla al corriente de los detalles conforme los iban descubriendo. Más tarde, la *Interstate* reveló a uno de los hombres que andaban en la tarea. Supuse que aquello se debería a que el cliente se dirigiría a la agencia para recibir personalmente el informe, y me dispuse a actuar. En efecto, los muchachos que tenía apostados en los alrededores de la agencia vieron llegar apresuradamente a un individuo bien vestido, de unos cuarenta años, estatura mediana, con el pelo rojizo, que vestía una chaqueta cruzada gris, tocándose con un sombrero gris perla. Permaneció durante media hora en la agencia. Al salir, mis hombres lo siguieron hasta su coche, un auto bastante lujoso, y, después, hasta una lujosa residencia. Allí interrogaron al portero y éste les dijo su nombre.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Mason.

—Orville L. Reedley.

Mason emitió un tenue silbido.

—¿Pariente de Helen Reedley?

—En cuanto conseguimos saber su nombre envié a uno de mis chicos a entrevistarse con un conocido nuestro, que trabaja en el archivo de un periódico. Allí se descubrió que Orville L. Reedley contrajo matrimonio, en marzo de 1942, con una tal Helen Honcutt, de veintiún años de edad. Por entonces, Orville tenía treinta y ocho años. Como comprenderás, después de lo que has oído, Helen Honcutt debe ser la misma Helen Reedley, inquilina del departamento.

—¿En qué se ocupa ese Orville? —preguntó Mason.

—Según parece, es corredor de Bolsa.

Mason guardó un corto silencio, mientras tamborileaba con los dedos sobre el borde de la mesa.

—¿Dónde se encuentra ese hombre?

—Encerrado en su domicilio y vigilado por dos de mis hombres.

Mason empujó hacia atrás la silla, alzándose.

—Bien. Vamos allá, Paul.

—¿En tu coche o en el mío?

—¿Dónde lo tienes?

—En la calle, frente al portal.

—Entonces iremos en él.

—¿Y yo? ¿Tengo que hacer algo? —preguntó Della Street.

—Será mejor que se quede en la oficina. Ya nos pondremos en contacto con usted. Tal vez la necesitemos más adelante, para tomar unas declaraciones. ¿No le importa esperarnos?

—De ninguna manera.

Salieron a la calle los dos hombres. Drake puso en marcha el coche, y Mason encendió un cigarrillo.

—Creo que ahora empieza a aclararse el panorama —opinó el abogado, a tiempo que Drake detenía el coche frente a una señal del tráfico.

—¿Te refieres al marido?

—Justamente; y a la vigilancia a que tenía sometida a su mujer.

—¡Ya comprendo! En ese sentido, se ofrecen infinitas posibilidades —convino Drake.

—Demasiadas. Lo que me interesaría es imaginarme lo que realmente haya podido suceder.

—¿Cuál es tu opinión? —indagó Drake sonriendo.

—Mi teoría, poco más o menos, es la siguiente: La esposa se viene a la ciudad y empieza a vivir sola. El marido desea el divorcio, mientras la mujer aspira a una elevada pensión que él se resiste a pasarle. Entonces, ella le informa que se opondrá al divorcio. Pasa el tiempo y la situación se revela cada vez más incómoda para el marido, quien, entonces, decide contratar a unos detectives para que éstos traten de descubrir algo que pueda esgrimir contra su mujer. La dama tiene, posiblemente, algún lío con otro hombre pero es lo suficientemente inteligente como para hacerse cargo de los designios del esposo. Pero huele que algo falla aquí. Ella debe haber sabido de algún modo que su marido trataría de vigilarla antes de que él diese realmente este paso.

—¿Y por qué lo crees así?

—Porque se las ha arreglado maravillosamente para burlarse de los sabuesos que le ha puesto el marido. Se ausentó del departamento, haciéndose reemplazar por una muchacha morena que se le parece mucho y a quien constantemente se le ve con una dama de compañía. De este modo, nada de lo que pueda hacer la chica se juzgará censurable. A los detectives encargados de su vigilancia se les proveyó seguramente de una fotografía, una instantánea algo borrosa, haciéndoseles al mismo tiempo una descripción de ella, e indicándoles la dirección de Helen Reedley, con orden de no perderla de vista en ningún momento. Ponen manos a la obra. La dirección es la correcta y el departamento se encuentra a nombre de Helen Reedley. Las señas de la mujer que lo habita coinciden exactamente con las que obran en su poder. Empiezan a vigilarla. Con la dama vive una señora de compañía que jamás se separa de ella. El marido recibe continuos informes, dando cuenta de la conducta ejemplar de su esposa. En tal situación, terminará por desalentarse y hablar con sus abogados para llegar al mejor acuerdo posible.

—Y entretanto la auténtica Helen Reedley continúa en otro sitio dándose la gran vida, ¿no es así? —indicó Drake.

—Tal vez, aunque lo más probable es que se vea forzada a vivir con cierta discreción, si bien no creo que se pase las veladas junto al hogar de la chimenea, haciendo una labor.

—¿No crees que ese Hines pueda haber sido el amante?

—No —denegó Mason—. Helen Reedley parece mujer demasiado inteligente para permitir que sea, precisamente, su amante el que se ocupe del departamento, ya que los detectives del marido podrían entrar en sospechas. Yo creo más bien que Hines no pasaba de ser una especie de empleado de ella.

—¿Y qué piensas hacer con el marido cuando lleguemos allá?

—Interrogarle.

—¿Y si se niega a contestarte?

—Entonces trataré de leer entre líneas, estudiando sus reacciones. ¿Tienes alguna idea sobre la hora en que asesinaron a Hines, Paul?

—Por lo visto, el hecho ocurrió a primeras horas de la tarde. Pero ya sabes cómo es la policía. En estos momentos no se muestran muy explícitos y no soltarán prenda hasta disponer de un sospechoso que cargue con el muerto.

Al llegar a la esquina, el detective giró el volante en busca de un lugar donde estacionarse.

—Creo que no hay otro sitio mejor para dejar el coche —dijo Drake—. El edificio que buscamos es ése tan elegante, a media manzana de aquí.

Echó la llave al auto y se encaminó, con Mason, por la acera bordeada de lujosas residencias, para detenerse, finalmente, frente a la fachada de un lujoso edificio de departamentos.

Una vez en el vestíbulo, se dirigieron al conserje, que aparecía tras un pequeño mostrador.

—¿Qué desean?

—Ver al señor Orville Reedley —contestó Mason.

—¿Les espera?

—Probablemente, no. Mi nombre es Perry Mason.

—¿Y el de ese otro caballero?

—Paul Drake —contestó Mason—. Dígale que soy abogado.

—Sí, señor Mason; espere un momento.

El empleado escribió un corto mensaje, que deslizó, por una ventanilla, a la telefonista. Pasaron unos segundos y, al final, volvió junto al mostrador, dirigiéndose con gesto cordial a Mason.

—El señor Reedley les ruega que suban. El ascensorista les indicará el departamento.

Mason y Drake penetraron en el ascensor, que les dejó el quinto

piso.

—Es el 5-B —les dijo el muchacho—. La tercera puerta a la izquierda.

El lujo del pasillo estaba en consonancia con el ambiente general de toda la casa. Drake se volvió hacia Mason sonriendo.

—Esto huele a dinero —dijo.

Mason asintió, a tiempo que presionaba el timbre del departamento.

El individuo que les abrió la puerta se correspondía exactamente con la descripción que les había proporcionado el agente de Drake. Pero, aparte de las características físicas referentes a la edad, estatura, peso, etc., que pudiesen llamar la atención de un detective profesional, en aquel individuo predominaba la impresión de dinamismo y potencialidad que emanaba de toda su persona. Fijó sus vivos ojos en ambos visitantes y preguntó:

—¿Cuál de ustedes es el señor Mason?

—Yo —respondió el aludido avanzando, mientras le extendía su mano.

Tras corta vacilación, Reedley estrechó la mano que se le ofrecía y, seguidamente, se encaró con Drake.

—¿Y usted quién es, si me hace el favor?

—Mi nombre es Paul Drake.

—¿Profesión?

—Me ayuda en algunos trabajos —explicó Mason.

—¿Abogado?

—No; detective.

Reedley asumió una actitud meditativa, mientras su mirada iba de uno a otro visitante. Bruscamente, retrocedió.

—Pasen ustedes —invitó.

Mason y Drake traspasaron el umbral, mientras los poderosos hombros de Reedley giraban, en suave movimiento, al cerrar la puerta.

—Hagan el favor de sentarse.

Los visitantes se instalaron en cómodos sillones. Se encontraban en un elegante salón, en donde las persianas venecianas, los tapices y los elegantes y cómodos muebles revelaban el buen gusto y riqueza de su propietario.

—Y bien —empezó Reedley—, ¿de qué se trata?

—¿Vive su esposa en la ciudad? —le espetó Mason.

—¿Le importa mucho saberlo?

—Pues, con franqueza, ignoro hasta qué punto —respondió Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Que tal vez el dato se revele importante para el asunto que ahora llevo entre manos.

—Usted es abogado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Tiene clientes?

—Por supuesto.

—¿Le pagan?

—Naturalmente.

—Para que usted defienda sus intereses, ¿no?

—¡Claro!

—¿Exclusivamente sus intereses?

—Sí.

—Queda, pues, sentado que yo no soy cliente suyo y que usted representa, en este momento, a otra persona, cuyos intereses pueden ser contrarios a los míos. De ser así, y esto es lo que sospecho, usted es mi enemigo. ¿Por qué diablos voy entonces a responder a sus preguntas?

—¿Reconoce tener alguna razón para no hacerlo?

—No reconozco nada.

—¿Hay algún motivo que le aconseje no decirme dónde reside ahora su esposa?

—No creo. Además, ¿por qué habría de informarle de ello?

—Consideremos el negocio desde otro punto de vista —dijo Mason, después de una corta pausa—. Ciertas circunstancias me han empujado a interesarme por una mujer llamada Helen Reedley, que vive en los departamentos *Siglet Manor*, de la calle Ocho. Me gustaría saber si esta dama es su esposa.

—¿Por qué?

—Necesito informarme, en cierto modo, de su vida; quiénes son sus amigos, con qué clase de gente se relaciona, etcétera.

—¿No ha descubierto nada todavía en ese sentido?

—No.

—¿Supone que terminará por averiguarlo?

—Es muy posible.
—Creo que participamos de los mismos deseos.
—¿Reconoce, pues, que, esa mujer es su esposa?
—No tengo inconveniente en admitirlo.
—¿Están ustedes separados?
—Evidentemente.
—¿Cuánto tiempo hace que no viven juntos?
—Seis meses.
—¿No ha solicitado el divorcio?
—No, ni ella tampoco.
—¿Pero piensa usted hacerlo?
—Ése no es asunto suyo.
—¿Piensa hacerlo su esposa?
—Pregúnteselo a ella.
—¿No habría posibilidad de una reconciliación?
—Otro punto que tampoco le interesa a usted.
—Observo que no se esfuerza mucho en ayudarme.
—Es posible. Quizá porque no tenga el menor deseo de mostrarle mis cartas, mientras usted no me informe exactamente de sus propósitos. ¿Cuál es el objeto de su visita? ¿Qué busca usted aquí?
—¿Ha visto recientemente a su esposa?
—No.
—¿Podría decirme cuándo habló personalmente con ella por última vez?
—Hará unos tres meses. Como verá, sólo le informo de los detalles que usted podría averiguar por otros conductos. No crea, pues, que vaya a sacarme palabras que no quiera decir. ¿Cuál es la razón de su interés por mi esposa?
—Más que su esposa, me interesa el departamento en donde vive. Un hombre fue asesinado esta misma tarde en él.
—¿Quién?
—Un tal Robert Hines.
—¿Suele usted defender a sospechosos de asesinato?
—A veces.
—¿Y en este caso, es ésa su misión?
—Según tengo entendido, nadie ha sido acusado todavía.
—Entonces es que teme que su cliente pueda serlo, ¿verdad?

Mason sonrió.

—Cualquier persona puede verse acusada de asesinato. La experiencia demuestra que muchos inocentes lo fueron. Pero observo que la noticia del crimen no parece haberle sorprendido mucho, señor Reedley.

—No creo que sea fácil advertir cuando me sorprendo o no realmente.

—Hablando con franqueza, lo que deseo son ciertos informes sobre su esposa y, en la creencia de que usted sería la persona más indicada para ello, me decidí a venir aquí.

—¿Qué clase de informes desea?

—Usted la ha hecho vigilar en estos últimos días. ¿Qué han descubierto los detectives que contrató?

Reedley guardó silencio y clavó su mirada en el rostro de Mason.

—¿Trata de jugarme alguna treta?

—Si ésa fuese mi intención, ¿cree que se lo iba a decir?

Reedley volvió a fruncir el ceño.

—Me niego a contestar a su anterior pregunta.

—En realidad, lo que más me interesa, es averiguar lo que pudo hacer su esposa esta tarde —le dijo Mason.

—¿Por qué pensó que yo había dispuesto que la vigilasen?

—¿Acaso no es cierto?

—¡Métase en lo que le importe!

—Está bien. Ya encontraré otros medios de averiguarlo.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Podría dirigirme a alguno de mis amigos de la «Brigada de Homicidios» o de la «Oficina del Fiscal», diciéndoles que si convocasen al gerente de la *Interstate Investigators*, tal vez obtuviesen informes muy valiosos.

Orville Reedley reflexionó durante breves instantes y, luego, preguntó bruscamente:

—¿Qué ventaja sacaría de ello?

—En justa correspondencia, la policía me confirmaría que, en efecto, usted la había hecho vigilar últimamente.

—¿Cómo obtuvo la información?

—Eso no se lo puedo decir.

—¿Se niega a satisfacer mi curiosidad y, en cambio, aspira a que yo le informe de cuanto desea saber? El juego no me parece

equitativo.

—Tal vez. En el fondo, no me afecta mucho que usted se niegue a hablar. Puedo enterarme de lo que me interesa por otro conducto.

—¿La policía?

—Es una fuente de información como otra cualquiera.

—¡Un momento! —dijo Reedley—. Permítame reflexionar.

Se alzó del asiento, y, durante un rato, paseó nerviosamente por la estancia, dirigiéndose, después, a una de las ventanas. Alzó la persiana; miró hacia el exterior por unos segundos y, seguidamente, se dirigió al otro extremo del salón, en donde encendió un cigarrillo. Entonces, sonó el timbre del teléfono.

—¡Excúsenme! —les dijo Reedley.

Se dirigió al aparato y cogió el auricular.

—¿Quién?… ¿Qué pasa?…

Los visitantes percibieron el débil murmullo metálico que despertaba en el receptor la voz del desconocido comunicante. Cuando éste calló, Reedley dijo, vacilante:

—No sé…

Nuevamente se oyó el cuchicheo de su invisible interlocutor y, a continuación, la escueta respuesta de Reedley.

—Informes…

Se escuchó por tercera vez el murmullo de la voz al otro lado del hilo. Cuando cesó, Reedley dijo:

—Sí; eso es… No del todo, aunque me parece que no anda lejos… Está bien. Gracias, y tenga cuidado. ¡Adiós!

Colgó el auricular y fue a situarse junto a la mesa, desde donde contempló severamente a Mason. Luego se volvió bruscamente, encarándose con Drake.

—¿Para qué ha venido usted?

—Acompaño al señor Mason.

—¿Es usted detective?

—Sí.

—¿Ha contratado los servicios del señor Mason?

—Al contrario; es él quien ha solicitado los míos.

—¿Con qué finalidad?

—Es fácil suponérselo; para que le proporcione ciertos informes.

—¿Fue usted quien le indicó mi dirección?

—Pregúnteselo a él.

—¿Cómo la averiguó?

—Le repito que dirija sus preguntas al señor Mason.

El abogado interrumpió el diálogo en aquel punto.

—No creo que consigamos nada práctico con todos estos rodeos, señor Reedley. Me enteré que usted había encargado a unos hombres de la vigilancia de su esposa, y rogué al señor Drake que tratase de seguirles los pasos a esos individuos. La pista nos condujo a la *Interstate Investigators* y, a través de ella, logramos localizarle a usted. Cuando la policía descubrió el asesinato de Hines, la *Interstate* le telefoneó y, entonces usted se dirigió a la agencia para informarse detalladamente de lo ocurrido, reintegrándose a continuación, a su departamento.

Por breves momentos, pareció encenderse en los ojos de Reedley un chispazo de malicia; finalmente, dijo:

—Está bien. Y ya que me enseña alguna de sus cartas, trataré de corresponderle en la misma forma. Sospeché que mi mujer se interesaba por otro hombre y, como es lógico, quise saber quién era. Entonces ordené que la vigilasen, cosa que han estado haciendo desde hace dos o tres días. Según parece, ese Hines entraba y salía del departamento de mi mujer como Pedro por su casa. Repetidamente se le ha sorprendido cenando en ciertos restaurantes con mi mujer y su dama de compañía. Esta señora parece haberse convertido en la sombra de mi esposa a quien nunca han logrado ver sola. No entiendo bien lo que ocurre. De todas formas, por la policía me he enterado de algunos detalles interesantes. Cuando registraron el cadáver de ese Hines se encontró en su bolsillo una llave del departamento de mi mujer. Sería interesante, tanto para mí como para la policía, averiguar cómo, cuándo y por qué llegó esa llave a sus manos.

—¿Cuál es su opinión?

—Helen se negaba a aceptar el divorcio. Desde hace seis meses que vivimos separados, se ha gastado bastante dinero en hacerme vigilar. Decidí, pues, devolverle el cumplido.

—Le vigilaba a usted últimamente.

—Últimamente, no. Hasta hace unos dos meses me hacía la vida imposible. Cada vez que volvía la cabeza, me tropezaba con un detective pegado a mis tacones. Por último, debió convencerse de que nada conseguirla y me dejó tranquilo.

—¿Cuándo solicitó usted los servicios de la agencia?

—Ya se lo he dicho: hará dos o tres días.

—Creo que si se decidiese a franquearse conmigo y juntásemos nuestros respectivos informes, daríamos un gran paso, señor Reedley.

—Jamás he cancelado un negocio sin percatarme antes de las ventajas que puedo obtener.

—Le diré entonces que la mujer a quien usted vigilaba no es su esposa —expuso Mason.

—¡Eso es una tontería!

—No lo es. Se lo explicaré: Cuando usted decidió vigilarla, se dirigió a una agencia de detectives, diciendo que deseaba que le siguiesen los pasos a una mujer morena, de unos veintitrés a veinticinco años, cinco pies y cuatro pulgadas y media de estatura, ciento once libras de peso, veinticuatro pulgadas de cintura, y treinta y dos de busto, que residía en el departamento 326 del *Siglet Manor*, de la calle Ocho. ¿No es así?

—En efecto —admitió Reedley.

Mason sacó la cartera de su bolsillo y extrajo de ella un recorte del anuncio que tendió a Reedley, diciéndole:

—Aquí tiene la respuesta.

Reedley leyó el anuncio por dos veces antes de percatarse de su significado.

—¡Por todos los diablos! —exclamó lentamente.

—¿Comprende ahora lo ocurrido? Alguien enteró con anticipación a su mujer de que usted pensaba vigilarla y, entonces, ella puso en su lugar a una sustituta. Cuando los detectives de la agencia iniciaron su tarea, su esposa ya no se encontraba en el departamento del *Siglet Manor* y sí otra mujer cuyas características encajaban a la perfección con la descripción que usted les había proporcionado de ella y que incluso se parecía con la que figuraba en el retrato algo borroso que usted les debió entregar.

—Yo no les di ninguna fotografía.

—Mejor aún; eso simplifica más el problema —opinó Mason—. Lo interesante es que, sin duda, alguien le fue con el soplo, una persona a quien le constaba que usted contrataría los servicios de una agencia de detectives, tres o cuatro días antes de que se decidiese a dar efectivamente aquel paso. Me gustaría saber cómo

diablos pudo enterarse de sus propósitos ese misterioso personaje.

—También a mí me gustaría saberlo.

—Me lo imagino. ¿No podríamos reunir todos nuestros informes y tratar después de sacar las debidas conclusiones?

—¿Cuáles son los datos que obran en su poder?

—Mis cartas ya están sobre la mesa. Ahora es usted quien juega.

—Escúcheme, señor Mason —dijo Reedley súbitamente—. ¿No me habrán traicionado esos tipos de la agencia?

—Es posible.

—¿Qué referencias tiene usted de la *Interstate Investigators*? Fue un amigo quien me la recomendó.

—Una vez puestos de acuerdo, ¿no se demoraron algo en montar la vigilancia que usted solicitó de ellos?

—No.

—Entonces el soplo no ha sido de la *Interstate Investigators*. La publicación del anuncio y la subsiguiente instalación de las dos mujeres en el departamento tuvo que hacerse indudablemente antes de que los muchachos de la *Interstate* iniciasen sus tareas. El soplo tuvo que llegarle a su mujer antes de que usted se pusiese en contacto con la agencia. ¿Quién fue ese amigo que se la recomendó?

—Ya veo por dónde va, pero eso es absurdo. A él no le dije lo que pensaba hacer.

—Acaso no fuese necesario. Usted le preguntaría si conocía alguna agencia de detectives, ¿no?

—Sólo le pregunté qué sabía de la *Interstate*.

—Es suficiente. ¿Quién es ese amigo?

—No me interesa decírselo.

Mason se encogió de hombros y, tras un corto silencio, se volvió hacia Drake, diciéndole:

—Me parece que hemos terminado.

—¡No se vaya todavía, aguarde! —rogó Reedley.

—Perfectamente —concedió Mason—. Hines tenía una llave del departamento de su esposa. ¿Lo conocía usted?

—No.

—Yo ya he visto a su esposa. A mi juicio, es una mujer muy temperamental.

—Así lo creo yo también.

—Ese Hines no era precisamente un infeliz, pero sí un individuo sin personalidad bien definida. No creo que fuese el hombre capaz de atraer a su mujer.

—En el mundo ocurren cosas muy extrañas. Nunca se puede estar seguro de nada.

—Cierto. De todos modos, le repito que Hines me dio la impresión de un tipo bastante insignificante.

—Seamos francos, señor Mason. Me importa, un bledo la impresión que le pudiese causar aquel individuo y me basta con saber que tenía en su bolsillo una llave del departamento de Helen.

—De vivir aún, ¿hubiese recurrido a él en su demanda de divorcio?

—Incluso nada me impide ahora esgrimir ese argumento para atajar las exigencias de Helen.

—Podría encontrarse con una espada de dos filos —le advirtió Mason.

—¿Qué quiere insinuar?

—Hines fue asesinado. Y alguien podría pensar…

—¡Ya entiendo!

Se produjo otra larga pausa que, finalmente, rompió Reedley.

—Pero eso es absurdo, señor Mason. Ni siquiera conocía el tal Hines. Su insinuación no me agrada.

—No he insinuado nada por mi cuenta.

—Lo parecía.

—Sólo trataba de hacerle comprender cuál podría ser un punto de vista una vez admitidas determinadas circunstancias. Me he limitado a apuntarle una posibilidad.

—Está bien —admitió Reedley—. Al fin y al cabo, me ha informado de un hecho que tal vez convenga a mis intereses. ¿Qué ventajas cree usted que podrían obtenerse esgrimiendo hábilmente ese asunto de la llave?

Mason movió la cabeza lentamente a derecha e izquierda. Después dijo:

—Consúlteselo a su abogado.

—No tengo abogado.

—Entonces le sugiero que se busque uno. ¿Qué hay de los informes que le envió la *Interstate*? ¿Los tiene aquí?

—Sí; los que me entregaron ayer. Me los remiten por correo, dos

veces al día.

—Me gustaría echarles un vistazo.

—¿Ah, sí?

—Simple curiosidad.

—¿Qué intereses defiende usted?

—Los de la muchacha morena que reemplazó a su esposa en el departamento.

—¿Dónde vio usted a mi mujer?

—En mi despacho.

—¿Cuándo?

—En estas últimas cuarenta y ocho horas.

—¿No podría precisar más?

Mason denegó con la cabeza, sonriendo.

—¿Qué quería?

—Ella, nada. Era yo quien deseaba saber algo.

—¿Qué?

—No creo que le responda.

—En tal caso, yo tampoco me decidiré a enseñarle los informes de la *Interstate*.

—Bueno; según parece, nada queda ya por hacer —terminó Mason sonriendo, alzándose del asiento—. Si experimenta el súbito deseo de comunicarme algo nuevo, usted ya sabe, señor Reedley, dónde se encuentra mi despacho.

—¿Qué recibiría a cambio?

—Depende de la clase de información que usted me proporcione y de las que yo haya averiguado por mi cuenta.

—Muy bien. Lo pensaré.

—¡Buenas noches! —se despidió Mason.

Reedley les acompañó hasta la puerta, en la actitud del jugador de póker que no sabe si rehusar el envite, subirlo o aceptarlo, y que sólo aspira a que se le dé tiempo para reflexionar.

Capítulo 7

Una vez de regreso en el coche de Drake, éste dijo:

—¡Bueno, Perry! Creo que estuviste muy hábil.

—La realidad es que no sacamos mucho —contestó Mason con desgana.

—¡Pero si conseguiste cuanto te proponías! Se han confirmado tus sospechas respecto a la razón que pudo haber para contratar a Eva Martell y todo lo demás.

—Otra cuestión es la que ahora me preocupa. ¿Te fijaste bien en el departamento, Paul?

—¿Qué hay en él de particular?

—Lo debe haber amueblado el mismo inquilino.

—Posiblemente. No creo que ni los departamentos más caros incluyan muebles tan lujosos.

—El aspecto general del salón era muy… muy armonioso, ¿no crees, Paul?

—Sí; en realidad, el piso es estupendo.

—No creo que sea ésa la palabra adecuada, sino armonioso: hermosas persianas venecianas, bellos cortinajes y tapicerías, excelentes cuadros dispuestos en los lugares más estratégicos, magníficos tapetes persas y muebles del mejor gusto… Todo ello en una gama de colores perfectamente estudiada.

—¡Bueno! —exclamó Drake, extrañado—. Pero, ¿qué tiene que ver el departamento con el asunto que nos preocupa? Reconozco que el piso es lujoso y que su alquiler subirá probablemente a quinientos o seiscientos dólares mensuales, pero, ¿qué diablos puedes deducir de ello?

—Si hubieses observado detenidamente a ese Reedley, tal vez te habrías percatado de enfrentarte con un personaje inquieto, lleno de contradicciones. Se adivina en el hombre a uno de esos caracteres

que se sienten constantemente arrastrados de una a otra meta. Todo su ser respira tensión interior, ambición, violencia temperamental… Es como un volcán repleto de lava hirviente que en cualquier momento puede estallar.

—Está bien. ¿Y qué?

—Quería insinuarte —continuó Mason—, que un hombre así es el menos indicado para haber dispuesto el departamento en la forma en que lo hemos visto.

—¡Diablo! —exclamó Drake.

—¿Entiendes ya lo que quiero decirte? En aquel departamento se advierte la mano de una mujer. Otra cosa, ¿no te llamó la atención la charla telefónica que fuimos testigos?

—No creo que tuviese nada de particular.

—Fue bastante enigmática —opinó Mason.

—A mi juicio —dijo Drake—, la *Interstate* le transmitió algún informe y él se mostró parco en palabras para no revelar el asunto ante nosotros.

—¿Qué te hizo pensar que fue la *Interstate* la que telefoneó?

—Empleó la palabra «informes». ¿No la oíste?

—Sí, pero reflexiona un poco. ¿Qué hizo nuestro hombre antes de que sonara el teléfono?

—Estaba sentado, conversando con nosotros.

—No es cierto. Se había levantado y, después de pasear por unos momentos nerviosamente, se encaminó a la ventana y alzó la persiana.

—Ya comprendo. Para mirar algo que hubiese en el exterior, ¿no?

—O para que alguien del exterior pudiese observar lo que ocurría en el interior.

—¡Diablo!

—Sí. Alguna persona pudo echar una ojeada al interior del salón, vernos en él, y, seguidamente, telefonearle para, preguntarle lo que hacíamos nosotros allí. Entonces, fue cuando Reedley contestó: «Informes».

Drake emitió un corto silbido de admiración.

—Naturalmente, esto no pasa de una mera suposición, aunque la deducción sea bastante lógica. Tenemos en este Orville Reedley, a un hombre que, aparentemente, goza de considerables medios de

fortuna, con un temperamento fogoso e inquieto que puede empujarle de un objetivo a otro o, lo que es igual, de una a otra mujer. A medida que pasan los años, sus ansias amorosas decrecen, pero es indudable que se trata de uno de esos tipos que jamás celebran sus bodas de oro.

—¿Crees, entonces, que en esa residencia debe haber alguien que…?

—Eso mismo. Reedley no es ningún imbécil. Su mujer le ha estado vigilando por medio de detectives durante meses tomando buena nota de cuantas visitas recibía. Él lo sabe y, suponiendo que tenga relaciones con alguna mujer, la habrá instalado en un departamento contiguo al suyo, si es que no vivía ya en él.

—¡Caramba, Perry! Creo que has sacado algunas deducciones bastante lógicas de datos insignificantes.

—Yo no las considero soluciones —indicó Mason—, catalogándolas simplemente como pistas que pueden llevarnos a nuevos descubrimientos. Trata de averiguar quién vive en el departamento contiguo y cuánto tiempo hace que está ocupado. Hazte con un plano del edificio, ya que es posible que la mujer que sospechamos no viva en el departamento adjunto, sino en algún otro del mismo edificio. Ahora bien, no olvides que esa dama puede atisbar desde su casa lo que ocurre en el salón de Reedley a través de la ventana, cuando ésta permanece abierta.

—Me ocuparé del asunto inmediatamente, Perry. ¿Algo más?

—Sí. Que no pierdan de vista a Reedley. No creo que saquemos gran cosa de ahí, pero me gustaría saber algo más de ese hombre.

—¿Quién es tu cliente en este caso, Perry?

Mason sonrió.

—Que me ahorquen si lo sé. Me imagino que tal título corresponde a Eva Martell. Por cierto, que me gustaría poseer más datos informativos. La realidad es que, en cierto modo, yo soy mi propio cliente. Se trata de un misterio y, como sabes muy bien, los enigmas son mi debilidad. Me gustaría saber algunos datos más de Reedley, especialmente cómo llegó a amueblar su departamento con un gusto tan refinado.

—Está bien; averiguaré cuanto pueda. ¿Volvemos a tu despacho?

—Sí; Della espera.

Al cabo de unos minutos, el coche se detenía en el lugar de

estacionamiento, junto al edificio del despacho del abogado, y éste penetró en él.

—¿Vienes a mi oficina? —preguntó Mason dirigiéndose al detective.

—Ahora tengo bastantes cosas que hacer. Avísame en cuanto desees algo más.

—Muy bien. Averigua lo que puedas del asesinato y destaca a algunos de tus muchachos para que investiguen lo del departamento. No pierdas de vista a Reedley.

—¿Y los agentes de la *Interstate*?

—Olvídate de ellos. Los hombres que los vigilen, que le sigan ahora los pasos a Reedley.

—Está bien.

Mason se alejó del detective, encaminándose por el pasillo que conducía a su despacho. A su entrada, Della Street levantó la cabeza y se llevó un dedo a los labios indicándole guardara silencio.

Mason la miró interrogativamente, y la secretaria señaló con el pulgar la silla de espera.

Mason avanzó silenciosamente hacia Della Street, se sentó a su lado y preguntó en voz baja:

—¿Qué pasa?

—Eva Martell y Adela Winters se encuentran ahí afuera esperando.

—¿Alguna novedad?

—No lo sé. Llegaron hace apenas cinco minutos y me limité a decirles que ignoraba si usted regresaría o no. Pensé que sería mejor dejarlas fuera hasta saber si usted deseaba recibirlas.

—Hágalas pasar.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Dígales que entren.

Della Street salió, regresando instantes después en compañía de las dos mujeres.

—Y bien —les dijo Mason—, parece que se han metido ustedes en un auténtico lío.

—Cierto —reconoció Eva.

—Siéntense y cuénteme detalladamente lo que pasó.

—No tenemos mucho que añadir. Volvimos al departamento, entramos con la llave que el señor Hines nos había entregado y

empezamos a instalarnos de nuevo. Acababa de despojarme del abrigo y del sombrero y me dirigía al cuarto de baño, cuando vi el cadáver.

—¿Dónde estaba?

—En el dormitorio, hecho un ovillo sobre un sillón. En la frente tenía un orificio de bala y la sangre le corría por un lado de la cara, manchándole la manga de la camisa… ¡Fue horroroso!

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Se puso a chillar —intervino la señora Winters— hasta que le tapé la boca con la mano aconsejándole que fuese razonable. Inmediatamente me dirigí a la víctima, comprobando que estaba muerto y, entonces fue cuando le indiqué a Eva que le telefonease a usted pidiéndole instrucciones.

—¿Dice que la herida era en la frente?

—Sí; justamente entre los dos ojos.

—¿Observaron quemaduras de pólvora?

—No se me ocurrió buscarlas.

—Según parece lo mataron con un revólver calibre 32.

La señora Winters se encogió de hombros y Mason prosiguió:

—Creo que usted, señora Winters, poseía un revólver de ese mismo calibre.

—¿Quién? ¿Yo?

—Usted misma me lo dijo.

—¡Oh! Ése es uno de mis trucos favoritos para engañar a la gente, señor Mason. Todavía no me he tropezado con el hombre que me atemorice, pero nada se pierde con hacer creer a la gente que se las tendrá que ver con un gato montés; por eso siempre digo que llevo un arma. No está mal, ¿verdad?

Mason frunció el ceño.

—Usted me aseguró que tenía ese revólver sin licencia. ¿No recuerda que le indiqué que tratase de hacerse con un permiso o que se deshiciese de él?

La mujer contempló a Mason sonriente, con los ojos encendidos de malicia.

—¿Y no recuerda también usted como sus palabras no me produjeron la menor impresión? En realidad, no llevaba ningún revólver y, como es lógico, no tenía por qué preocuparme de su licencia.

—¡Pero yo siempre creí que tenías uno! —intervino Eva—. Muchas veces me lo aseguraste, tía Adela.

La señora Winters rió, encantada al parecer.

—Lo hacía para que os sintieseis más seguras a mi lado. No me embaraza nada llevar a cabo trucos de esa especie, pero cuando, como ahora, sucede algo grave, nada se gana con ocultar la verdad.

Mason no desviaba sus ojos de la mujer.

—Sea, entonces, franca —intervino—. Si efectivamente usted tenía en su poder ese revólver, lo más probable es que la policía lo descubra y, entonces…

—¡Dios mío, señor Mason, qué complicaciones me arma por algo que no fue sino una simple broma! Jamás tuve un revólver en mi poder. Puedo jurarlo.

—¿Cuánto haría que Hines estaba muerto cuando ustedes encontraron su cadáver?

—No podemos saberlo. Desde luego, el cadáver todavía estaba caliente; por lo menos, ésta fue mi impresión. Yo solamente le rocé la muñeca. Su chaqueta aparecía colgada sobre una silla.

—¿Registró su ropa?

—¡Dios mío! ¿Por qué había de hacerlo?

—¿Permaneció usted con ella durante todo el tiempo? —indagó Mason, dirigiéndose a Eva Martell.

—¿Por qué hace todas estas preguntas? —dijo Adela Winters irritada—. Son las mismas que nos formuló la policía.

—Trato de descubrir algo.

—Sí; estuve con ella todo el tiempo —respondió Eva Martell.

—Pero cuando fue a telefonear, ¿no la dejó sola?

—Bueno, sí, pero no creo que fuese más de unos segundos.

—¿Y han permanecido juntas todo el día? El dato es importante.

—Eso mismo opinó la policía —dijo Adela Winters.

—¿Les preguntaron por qué vivían en aquel departamento?

—¡Naturalmente!

—¿Qué respondieron?

—Les informamos de toda la verdad.

—¿Hablándoles de Hines y de lo que hacían allí?

—Sí.

—¿Me aludieron a mí ante la policía?

—¡Naturalmente!

—¿Y de que yo me había puesto en contacto con Helen Reedley?

—Eso no —respondió Adela Winters.

—¿Qué declararon?

—Que habíamos aceptado aquel puesto y que usted nos había dicho que continuásemos en él hasta cerciorarse de que nada censurable había en el asunto, por temor de que más tarde se nos inculpara de algún delito. Informamos que usted había averiguado que todo estaba en orden y que, entonces, nosotras, después de hacer algunas compras y cenar, nos volvimos a reintegrar al departamento, encontrándonos con el cadáver a nuestra llegada.

—¿No le dijeron que las vigilaban?

—No.

—¿Declararon alguna cosa más?

—¿Qué más podríamos decir?

—¿No tuvieron la impresión de que la policía intuyese algo más en el asunto?

—En realidad, señor Mason, la policía no pareció interesarse mucho por este aspecto del asunto. Hines era un individuo conocido como jugador en las apuestas hípicas. Ni siquiera se molestaron en pedirnos el número de su teléfono. Tengo la impresión de que hablaron con uno de los hombres que nos vigilaban. Lo digo, porque creí verlo esperando junto al edificio, como si aguardase turno para ser interrogado.

—Lo más probable es que ya le hubiesen tomado declaración —observó Mason—. En realidad, se trataba de dos detectives contratados para seguirles los pasos desde el instante en que ustedes empezaron a trabajar. ¿Les ordenó la policía que se mantuvieran en contacto con ella?

—No —dijo Adela Winters—. Les informé que estaría en mi departamento y que Eva Martell volvía a su casa con Cora Felton. La policía anotó ambas direcciones, diciéndonos que en caso necesario ya nos llamarían. Al parecer, opinan que se trata de un crimen motivado por las aficiones que la víctima tenía como jugador.

—¡Oh! —exclamó Mason—, por ese camino creo que sólo llegaremos a punto muerto.

Adela Winters se alzó del asiento, haciendo una seña a Eva Martell.

—Creímos nuestra obligación venir a contarle todo esto, señor Mason. ¡Ha sido tan amable con nosotras!

—Me alegro que se decidiesen a hacerlo.

—En fin; Cora Felton se dirigió a usted para cerciorarse de que el asunto no fuese ilícito y, ahora me parece… que ya no es necesario que intervenga. No quisiéramos que la cuenta subiese demasiado.

—En ese sentido, nada tienen que temer —rió Mason.

—Pero es que tampoco queremos que usted pierda su tiempo, señor Mason. No creo que haya nada más que hacer.

—Resulta difícil juzgarlo, dadas las circunstancias.

—Bueno, pero lo mejor sería dejar las cosas como están y que usted nos dijese lo que le debemos. Así, estaríamos en paz. Una última consulta: ¿Podemos disponer libremente del dinero que el señor Hines nos adelantó sobre nuestro sueldo?

—¿Le dijeron ustedes a la policía algo de eso?

—No. Sólo que el señor Hines nos había abonado nuestro sueldo hasta la fecha, sin que ellos se informasen de la cantidad.

—Está bien. No creo que la policía tenga nada que ver con eso. Es asunto que sólo incumbe a los posibles herederos de Hines.

—¿No es necesario, entonces, que informemos a nadie de la cantidad que se nos pagó?

—No; por lo menos, hasta que el albacea de la víctima las interrogue. En tal caso, ustedes respondan que lo que recibieron fue en concepto de pago por los servicios prestados y como garantía de que el señor Hines cumpliría su compromiso. De este modo, si ocurriese algo imprevisto, ustedes siempre tendrían su dinero asegurado.

—Comprendo. Y muchas gracias, señor Mason. Hasta otro rato.

—Adiós.

Eva Martell se dirigió a Mason, mientras le tendía la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—Muchas gracias, señor Mason. ¡Ha sido usted tan bueno con nosotras! ¿Volveremos a verle?

—Es muy posible.

—Si en alguna ocasión quiere preguntarnos algo, pásese con toda libertad por nuestra casa.

—Nada tendrá que preguntar —interrumpió Adela Winters con

firmeza—. El asunto ha terminado por lo que al señor Mason se refiere. ¡Vámonos, Eva!

Momentos después de ausentarse las dos mujeres, empezó a sonar el teléfono particular de Mason. Sólo Della Street y Paul Drake conocían aquel número. Mason cogió el auricular.

—Di, Paul, ¿qué ocurre?

—Algo fantástico, Perry. Y cuando digo fantástico, no exagero.

—Suéltalo de una vez.

—La policía acorraló a los muchachos de la *Interstate*, hasta hacerles sudar. Tuvieron que desembuchar todo lo que sabían.

—No me extraña. ¿Y qué pasó?

—Los chicos hicieron entrega de sus anotaciones, proporcionando así a la policía un cuadro completo de lo sucedido desde que empezaron a vigilar a las dos mujeres, indicando exactamente donde fueron, el número de los taxis que tomaron, etc., etc.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Mason.

—Según parece, a las dos y veinte de esta tarde, momentos después de llegar ambas al hotel en donde debían aguardar, Adela Winters salió de exploración, dejando sola a Eva. En un corredor, se tropezó con unos cuantos cubos de basura alineados para que alguien se hiciese cargo de ellos. La mujer levantó la tapa de uno de ellos y curioseó en su interior. El individuo que la vigilaba tomó buena nota de sus movimientos, aunque sin darle la menor importancia.

—Bueno, ¿y qué?

—La policía —continuó Paul— decidió hacer las comprobaciones de rutina, pensando que tal vez la mujer hubiese podido depositar algo en el cubo, y enviaron rápidamente a dos agentes al hotel. A aquella hora los cubos aparecían llenos por completo. El detective de la *Interstate* les indicó exactamente el que había destapado la señora Winters y la policía ordenó que vaciasen su contenido sobre una lona. ¿Qué crees que encontraron?

—¡Qué diablos sé yo!

—Un revólver calibre 32, con una cápsula vacía.

Mason emitió un prolongado silbido.

—Además —continuó Drake—, las balas, de un tipo anticuado y muy poco corriente, son exactamente iguales a la que el forense

extrajo de la cabeza de Robert Hines. Naturalmente, todavía no se han llevado a cabo las comprobaciones pertinentes en el Departamento de Balística. Pero existen novecientas noventa y nueve probabilidades contra una de que la bala que mató a Hines fuese disparada con ese revólver. ¿Te sugiere algo la información, Perry?

—No puedes imaginarte hasta qué punto… ¡Della! —exclamó Mason, alzando la cabeza del auricular—. ¡Vaya corriendo y trate de detener a esas mujeres antes de que tomen el ascensor!, pero ¡espere!… ¡Oye, Paul! ¡Tú te encuentras más cerca del ascensor! Sal a detenerlas. Ahora mismo acaban de partir de mi despacho.

—¡Voy inmediatamente! —dijo Drake, cortando bruscamente la comunicación.

Diez minutos más tarde, Drake se presentaba en la oficina de Mason, diciendo:

—No pude alcanzarlas, Perry. A estas horas sólo funciona un ascensor y cuando logré hacerlo subir, ellas ya habían salido. Di una vuelta a la manzana, pero no logré divisar a nadie cuya descripción hiciese pensar en las dos mujeres. Según el ascensorista, me llevaban una ventaja de uno o dos minutos, lo que ya es bastante en estas circunstancias.

—Bueno, sé dónde viven y puedo ponerme en contacto con ellas. Lo malo es que tengo que encontrarlas antes de que lo haga la policía.

—¿Es tu cliente la señora Winters, Perry?

—A mí se me contrató para que velara por Eva.

—Sobre esa muchacha no recae hasta ahora ninguna sospecha. La Winters pudo haber actuado por cuenta propia. A propósito, Eva Martell informó a la policía que Hines tenía una cartera muy bien provista de dinero, cartera que no encontró cuando registraron sus ropas.

—¿No hallaron dinero sobre el cadáver?

—Menos de diez dólares.

—¿Les dijo Eva que había permanecido durante todo el tiempo con Adela Winters?

—Sin perderla un minuto de vista. Por eso la policía las dejó marchar. Sus declaraciones concordaban perfectamente, constituyendo para ambas sendas coartadas.

—Pero la realidad es que Eva Martell no ha debido de permanecer todo el tiempo con ella —opinó Mason—. Me gustaría ponerme inmediatamente en contacto con ella y darle ocasión de rectificar su declaración, informándome de la verdad. Creo que esa señora ejerce una gran influencia sobre la muchacha. De todas formas, no me puedo imaginar a Eva Martell viendo tranquilamente como su amiga le mete a Hines una bala entre ceja y ceja. El hecho sólo puede haber ocurrido cuando abandonaron el departamento. Adela Winters se quedaría atrás por unos minutos y luego se juntaría con Eva en la acera; o bien la Winters fingiría haberse olvidado de algo después de abandonar el departamento, diciéndole a su acompañante que regresara para recogerlo. Más tarde, cuando encontraron el cadáver, la Winters le diría a Eva que el asunto se simplificaría notablemente si ella declaraba que habían permanecido juntas durante todo el tiempo. Eva, convencida de lo absurdo que supondría imaginarse que su amiga hubiese cometido el delito, siguió fielmente sus instrucciones.

—Lamento no haber podido detenerlas —dijo Drake—. Deben de haber cogido algún taxi.

—No importa. Creo que estoy todavía a tiempo de alcanzarlas. ¿Qué número nos dejó Cora Felton, Della? Eva marcha ahora hacia allá. Comuníqueme con su departamento, solicitando hablar con Cora Felton.

Della Street consultó en el archivo de clientes y, cuando localizó el número del teléfono, hizo la llamada.

Aguardaron con impaciencia diez segundos. Finalmente, Della sacudió la cabeza diciendo:

—No contestan.

—¿Tenemos el número de la casa de Adela Winters?

—Me parece que sí.

—Supongo que la policía ya debe rondar por allí. Le echarán el guante apenas aparezca. Pero vea lo que puede hacer, Della.

La secretaria marcó el nuevo número, sin obtener el menor resultado.

—Pruebe otra vez a llamar a Cora Felton.

La tercera, tentativa fracasó como las anteriores.

—Sólo nos queda un recurso —dijo Mason, dirigiéndose a Drake —. Iremos tú y yo y esperaremos frente al departamento de Cora

Felton, mientras Della se queda aquí. Si Eva Martell telefonea, como muy bien podría ocurrir, póngala a salvo inmediatamente y avíseme, ¿ha oído, Della? Nosotros marchamos en el coche a esperar cerca del domicilio de las muchachas. ¡Ojalá pueda localizar a Eva antes que la policía! ¡Vamos, Paul!

Capítulo 8

Paul Drake, sentado junto a Mason, guardaba silencio mientras éste conducía el coche en dirección al edificio de departamentos en donde residía Cora Felton. Cuando llegaron, recorrieron con el coche la manzana, estudiando cautelosamente la situación. Dos automóviles aparecían detenidos, distanciados una media manzana aproximadamente con sus respectivos conductores. Ambos habían sido dispuestos de tal forma, que sus ocupantes podían vigilar constantemente la entrada de la casa. Después de observarlos durante unos segundos, Mason renunció a pasar nuevamente frente al portal.

—¿Qué te parece, Paul? —preguntó.

—No creo que haya nada que hacer —respondió el aludido—. La policía tiene bloqueada la casa.

—Pero no conocen a Cora Felton.

—No te fíes demasiado. Seguramente ya habrán hablado con el conserje y saben perfectamente quién es tu cliente, quién vive con ella y dónde se la puede encontrar. Tendrán en su poder una detallada descripción de Cora Felton y la detendrán en cuanto la vean. No habrán dejado que haya nadie en el departamento que pueda contestar al teléfono.

—Creo que tienes razón. ¡Maldita sea! Tendré que darme por vencido. Esto es como empujar a esa muchacha a la misma boca del lobo. Pero escucha, Paul. También es posible que esas dos chicas no quieran gastarse el dinero en un taxi. ¿Dónde se encuentra la parada más próxima del tranvía?

—En esta misma calle, unas tres manzanas más arriba.

Mason se dirigió velozmente con el coche hasta la parada y, una vez en ella, se acercó a la acera, cerró el contacto y apagó las luces.

—Es la única solución que nos queda. ¿Ves algún policía por

aquí?

—No creo. Han preparado la trampa sólo en torno del departamento.

Mason sacó un cigarrillo, mientras murmuraba pensativo:

—A esta hora los tranvías vienen cada quince o veinte minutos. Si las dos mujeres lo cogieron frente a nuestras oficinas, ya deberán de estar al caer.

—¿Qué piensas hacer si las vemos?

—Hablarles —respondió Mason lacónicamente.

—Y después de escuchar lo que te digan, entregarlas a la policía, ¿verdad?

—No te lo puedo asegurar.

—Ya sabes lo que la policía ha descubierto sobre Adela Winters.

—¿Y qué?

—¿No comprendes lo que significa? Ella lo mató. Podrá haber sido en defensa propia o no, pero la realidad es que lo asesinó, tratando de encubrir su delito, y que Eva Martell aparecerá mezclada en el hecho igual que la Winters.

—¿Y qué más?

—Pues que si intentas librarlas de las garras de la policía, a sabiendas de que ésta las busca por considerarlas culpables de un asesinato, te convertirás automáticamente en su cómplice. No me gustaría verme mezclado en un asunto así.

—Decídete pronto, Paul, porque ahí tenemos un tranvía.

—Ya estoy decidido. Si te propones ocultarlas, yo me largo.

El tranvía se acercaba rápidamente y, ahora, era perfectamente visible.

—No te costará mucho trabajo encontrar un taxi —indicó Mason.

—No te preocupes por eso; me esfumaré de todas formas. El tranvía se detiene. Creo que dos mujeres se disponen a bajar. ¡Buenas noches, Perry!

—¡Buenas noches! —contestó Mason, que agregó en voz más baja—: Y ten cuidado de que la policía no te sorprenda por este barrio.

Drake se volvió.

—Sé razonable, Perry, y no te mezcles en este asunto. Después de hablar con ellas, avisa inmediatamente a la policía. Al fin y al

cabo, las localizarán tarde o temprano.

—Tal vez lo haga.

—¿Lo prometes?

—No prometo nada. Quizá, después de oírlas, cambie de parecer. Aquí las tenemos.

—Yo me voy. Aprovecharé el mismo tranvía para salir de aquí.

Paul Drake corrió hacia el tranvía. Mason encendió las luces y dio la vuelta al automóvil. Al enfrentarse con las dos mujeres, abrió la portezuela.

—¡Buenas noches, Eva! —saludó—. ¿Viene con usted la señora Winters?

—¿Es posible que me confunda con ella? —respondió la acompañante, que no era otra que Cora Felton.

Mason se echó a reír.

—Esto está oscuro y sólo pude divisar dos siluetas. ¿Qué tal si las llevase en el coche?

—Encantadas, aunque sólo nos faltan tres manzanas para llegar a casa.

—Deseo hablar con ustedes antes de que vuelvan a ella. Les aguarda una visita.

—¿Quién? —preguntó Eva.

—La policía.

—¡Pero si ya declaramos ante ella! Por lo menos, yo ya lo hice.

—Quieren hacerle más preguntas.

—Les dije cuanto sabía.

—¿Dónde se encuentra la señora Winters?

—Se fue a su departamento.

—¿En ese mismo tranvía?

—No. Cogimos uno frente a su oficina que llevaba a tía Adela directamente a su casa. Yo me bajé a la mitad del trayecto y subí a este otro.

—Entonces es posible que haya llegado a su casa antes que ustedes.

—Por supuesto. Tuve que esperar diez minutos en una esquina para coger éste.

—Y usted, ¿dónde estaba? —preguntó dirigiéndose a Cora Felton.

—Fue una coincidencia; venía casualmente en el mismo tranvía.

Salía de un cine. Cuando me encontré con Eva y me contó lo sucedido, tuve una gran sorpresa.

—Será mejor que salgamos de este barrio para continuar la conversación. Vayamos un poco más lejos y parémonos en un sitio más tranquilo.

—¿Para qué quiere hablar con nosotras? ¿Qué ha pasado? —indagó Eva—. Pensé que el asunto ya estaba liquidado.

Mason avanzó lentamente con el coche, sin dejar de mirar de vez en cuando por el espejo retrovisor.

—Usted le dijo a la policía, que había pasado todo el día con Adela Winters, ¿verdad? —preguntó a Eva.

—Sí.

—¿Por qué declaró eso?

—Porque es la verdad.

—¿Firmó la declaración en ese sentido?

—Sí.

—Oiga, Eva, yo no soy policía. No tiene por qué mentirme. Piense que soy su abogado y dígame la verdad. ¿Es cierto que estuvo usted con ella durante *todo* el día?

—Sí.

—¿Sin perderla de vista ni un minuto?

—Bueno, casi podría decirse…

—No me venga con ese «casi». ¿Durante *todo* el día?

—Pues sólo dejé de verla en el hotel. Pero fueron unos pocos minutos. Cuando ella marchó a dar una vuelta por el vestíbulo.

—¿Y qué me dice usted de antes de que marchasen al hotel, cuando todavía estaban en el departamento?

—Pero, señor Mason, ¿qué puede importar eso?

El abogado se impacientó.

—No me gusta perder el tiempo con usted ni con nadie. ¿Es que tengo que arrancarle la verdad a la fuerza? ¡Dígame lo que sucedió!

Antes de hablar, la muchacha rió nerviosamente.

—No creo que tenga importancia. Se trata de un detalle insignificante. Desde luego, después de abandonar el departamento, cuando ya estábamos en el vestíbulo, nos detuvimos por unos instantes con objeto de hacer algunas llamadas desde la cabina. Después de algunos minutos, tía Adela recordó de pronto haber olvidado algo en el departamento y quiso subir a buscarlo.

—¿Qué había olvidado?

—Me lo dijo cuando llegamos al hotel: un revólver del 32. Según ella, lo tenía guardado en un cajón y lo había sacado, dejándolo distraídamente sobre un mueble, con la intención de meterlo después en su bolso. No quería dejarlo allí y por eso volvió a subir. Yo la estuve esperando en el vestíbulo mientras ella subía rápidamente al departamento. La verdad es que, cuando declaró que jamás había tenido un revólver, ya no supe qué pensar.

—¿Por qué no le habló de esto a la policía?

—Es bien sencillo, señor Mason. Al volver al departamento y encontrarnos al señor Hines con una herida en la frente, tía Adela me dijo que lo primero que debíamos hacer era ponernos en contacto con usted. Al indicarnos usted que avisásemos a la policía, tía Adela insinuó que nada sacaríamos, complicando la situación, al informar que antes de marcharnos al hotel ella se había olvidado de algo en el departamento.

—¿Le dijo tía Adela que lo que había olvidado era un revólver?

—En aquel momento, no; sólo cuando ya estábamos, en el hotel.

—¿A qué hora subiría en busca del revólver?

—Alrededor de las dos de la tarde; tal vez a las dos y diez. Lo digo porque, al salir del ascensor, consulté mi reloj y vi que eran las dos menos cinco. Después permanecimos en el vestíbulo durante unos diez o quince minutos más.

—Fíjese en lo que le voy a preguntar, porque es muy importante: ¿usted dónde se encontraba cuando ella subió al departamento?

—En el vestíbulo.

—¿No estaría afuera, en algún sitio donde alguien que la estuviese vigilando pudiera haberla visto?

—No. La aguardé, como le he dicho, en el vestíbulo y me entretuve leyendo los pronósticos de las carreras.

—¿Cuánto tiempo permaneció tía Adela ausente?

—Apenas unos minutos; cinco o seis, aproximadamente.

—Demasiados para subir simplemente al departamento y volver a bajar de él, ¿no le parece?

—¡Pero ella no podía ir a otra parte, señor Mason! ¿Por qué me hace estas preguntas?

—Adela Winters tenía un revólver y con él mató a Robert Hines.

—¡Dios mío! ¿Qué dice usted?

—Lo que oye.

—¿Está seguro?

—Casi. Los técnicos en balística aún no han emitido su informe, pero la policía ha conseguido localizar el revólver de la señora Winters.

—¿Dónde?

—Donde ella lo escondió; en un cubo de basura del Hotel Lorenzo.

—¿Y cree usted que la bala fue disparada con ese revólver? ¡No es posible, señor Mason!

—La señora Winters había comprado una caja de balas nuevas, pero todavía no había cargado con ellas su revólver. Éste contenía balas de un tipo especial, exactamente iguales a la que se extrajo del cráneo de Robert Hines.

—¡Eso es absurdo!

—Lo importante es ver lo que nos dice Adela Winters. Ignoro qué cuento urdirá para explicarlo. ¿La creyó usted cuando dijo que jamás había tenido un revólver… que todo había sido una broma?

—No, no la creí. Reconozco que siempre hay que admitir con cierta reserva lo que dice tía Adela. No es que trate deliberadamente de engañar a la gente, sino que simplemente… Bueno, tal vez sea difícil de explicarlo. Verá usted: tía Adela ha sido durante mucho tiempo enfermera, cuidando a mucha gente que padecía enfermedades incurables. De este modo fue como se acostumbró a mentir piadosamente, diciéndoles a sus enfermos que pronto mejorarían, consolándolos, en una palabra. Si usted pudiese considerar a tía Adela bajo ése aspecto, lo comprendería todo.

—En pocas palabras: que es una redomada embustera.

—Pues sí, pero sólo deforma la verdad para soslayar ciertos inconvenientes y tratar de animar a la gente.

—Usted estaba segura de que mentía cuando dijo que nunca había tenido un revólver en su poder. ¿Y no cree también que miente respecto a lo que ocurrió en el departamento?

—No; tía Adela jamás haría una cosa semejante. ¿No podríamos hablar con ella?

—Mucho temo que la policía le esté aguardando en su departamento.

—Podríamos ir hasta allá y comprobarlo.

—Lo intentaremos. Ustedes me indicarán el camino. A mi juicio, lo importante es poder demostrar su inocencia, Eva.

—¿Qué quiere decir?

—Usted declaró a la policía que había permanecido «todo el tiempo» con Adela Winters. En este caso, si Robert Hines fue asesinado con su revólver, entonces usted tiene que haber presenciado el momento de hacerse el disparo, y esto la coloca en una situación muy embarazosa. La policía la aguarda frente a su departamento y será acusada de cómplice. Yo sólo intento demostrar su inocencia. Ya veremos más tarde lo que se puede hacer por Adela Winters.

—¿Y no podríamos ver primero si ella se encuentra en su departamento?

—Está bien —contestó Mason—. Iremos hasta allá y Cora se encargará de abordar la situación.

—De acuerdo —asintió Eva—. Siga recto por esta calle.

Mason y las dos muchachas se dirigieron en el coche hasta la casa donde Adela Winters tenía alquilado un departamento. Se trataba de un edificio de tres pisos, sin grandes pretensiones, a unos treinta y cinco minutos en tranvía desde el centro de la ciudad.

Unos cuantos vecinos aparecían agrupados en la acera.

Cora se enteró por ellos de lo ocurrido y regresó al automóvil antes de que pasasen cinco minutos.

—¿La cogieron? —indagó Mason.

—Justamente cuando entraba en la casa. La marearon a preguntas, mostrándole un revólver y conminándola a que dijese si era suyo. Ella respondió afirmativamente; entonces la policía la hizo subir a un automóvil, llevándosela. Es lo único que sabe la gente.

—Está bien —dijo Mason, quien seguidamente se volvió hacia Eva—: Ahora, es necesario que actuemos con rapidez. La llevaré a un sitio donde la policía no pueda encontrarla esta noche y mañana temprano iré a hablar con el fiscal.

—¿Y por qué no contarle mi historia a la policía ahora mismo? —indagó Eva Martell.

Mason negó con la cabeza.

—Tengo que conseguir una promesa de inmunidad para usted, y si no tengo en mi mano una buena baza para jugar esto no será

posible.

Capítulo 9

A Harry Gulling se le consideraba como la pieza clave de la oficina fiscal. Raramente se presentaba ante el Tribunal y aún menos frecuente era ver su nombre divulgado por la prensa. Pero a todos los que estaban familiarizados con las interioridades de la Fiscalía les constaba que Hamilton Burger jamás dejaba de consultar a Gulling si se trataba de adoptar una decisión de importancia. Los que lo sabían jamás hubiesen intentado llegar a un acuerdo con Hamilton Burger sin antes haber conversado previamente con Gulling, para ver de conseguir el visto bueno de éste.

Eran las diez menos cuarto de aquella mañana, cuando Mason fue introducido en el despacho de Gulling. El abogado le estrechó la mano y se sentó frente a él. Gulling, un individuo alto y delgado, tenía la pretensión de fascinar a sus interlocutores, fijando en ellos sus fríos e impasibles ojos azules.

Mason abrió la conversación, diciéndole:

—Represento a Eva Martell, quien hasta hace poco vivía en el departamento de Helen Reedley con una mujer llamada Adela Winters, que, según parece ha sido detenida por sospechas de homicidio.

Harry Gulling permaneció inmóvil, sin apartar sus ojos del visitante. Como no diese señales de querer responder a sus palabras, Mason continuó:

—Creo que mi cliente podría ayudarles bastante.

—¿Cómo?

—Tal vez (y tome buena nota de que sólo digo tal vez), su declaración pudiera serles de gran utilidad.

—¿En qué se funda para suponer eso?

—Admitamos que, después de recapacitar mejor en los sucesos

de ayer, mi cliente recordase que no permaneció durante todo el tiempo con Adela Winters. Me imagino que usted ya estará informado de todo el asunto, ¿no es así?

—En efecto. Acabo de interrogar a la señora Winters y sobre mi mesa tengo los informes de la policía.

—Muy bien. Entonces creo que estamos en situación de hablar claramente. Eva Martell es una muchacha que se gana la vida sirviendo de *extra* o haciendo de modelo y, hasta hoy, no se ha visto envuelta en ningún lío. La señora Winters, que al parecer es una vieja amiga de la familia de mi cliente, es, desde luego, todo un personaje. Ignoro si es culpable o no de homicidio. La cuestión tendrán que decidirla ustedes. Actualmente tienen en sus manos el arma con que se cometió el delito y que, según parece, han identificado como perteneciente a Adela Winters. Con arreglo a la declaración que ayer hizo Eva Martell, será difícil que consigan condenarla, ya que no podrán demostrar que Adela Winters tuviese ocasión de cometer el delito. No tengo inconveniente en admitir que mi cliente debió haber reflexionado mejor, esforzándose por recordar exactamente. Tal vez fuera su deseo proteger a Adela Winters, o quizá se sintiese, en efecto, confundida. Admitamos que, en la excitación de aquel momento, mi cliente olvidara informarles de la ocasión en que no estuvo con Adela Winters. ¿Qué me dice de esto?

Gulling siguió mirando fijamente a Mason y, finalmente, preguntó:

—¿Dónde se encuentra ahora su cliente?

—De ser necesario, la podría traer aquí en seguida.

—La policía desea interrogarla.

—Mi deseo sería prestarle toda la ayuda posible.

—¿Qué es exactamente lo que usted pretende?

—Bien; dejémonos ya de más rodeos. Al parecer, Eva Martell firmó una declaración jurada. En el caso que esa declaración incluya algo que ustedes puedan considerar falso, desearía tener la seguridad de que ello no tendría consecuencias desagradables para mi cliente.

—¿Es, pues, ésa exclusivamente la razón de que usted venga aquí con la pretensión de entablar negociaciones, en lugar de traer a su cliente para que nos diga: «Lo siento; cometí un error»?

—En efecto; ése es el motivo —respondió Mason con cierta irritación—. ¿Qué se había imaginado? ¿Que en vez de buscar una forma conciliadora, viniese aquí atropellando?

—¡Pero si es precisamente lo que pretende hacer!

—Creo que tenemos distintos puntos de vista —dijo Mason.

—Adela Winters es culpable de asesinato a sangre fría. Lo podemos probar. Y su cliente, cómplice de ella con posterioridad al delito y, probablemente, también con anterioridad.

—¡Déjese de tonterías, Gulling! Si mi cliente no se presenta a reconocer su error y se mantiene firme en su declaración, ¿qué podrán hacer ustedes?

—Creo que me pregunta algo que me gustará responder —le dijo Gulling—. Adela Winters poseía un revólver del 32, cargado con balas de un tipo muy especial. El arma se encontraba en sus manos hasta las dos y veinte del día de ayer, hora en que la dejó caer en un cubo de basura. Aproximadamente a las dos de la tarde, Robert Hines caía asesinado por una bala de ese revólver; bala exactamente igual que las otras que quedaron en el arma y que coincide igualmente con las características descritas por el departamento de balística. Eva Martell jura haber estado con Adela Winters durante cada minuto del día. En consecuencia, acusaremos a ambas del crimen. Cuando la policía detuvo anoche a Adela Winters, la guardiana se incautó de su ropa y efectos personales. ¿Qué cree usted que encontró?

Mason trató de disimular su natural ansiedad, manteniéndose impasible.

—No creo que fuese nada de importancia.

—¿Lo cree usted así, señor Mason? —interrogó Gulling con fría sonrisa—. Tal vez cambie de opinión, cuando le diga que entre la ropa de Adela Winters se encontró la cartera de Robert Dover Hines con su carnet de identidad, licencia para conducir y tres mil dólares en billetes grandes. He aquí el móvil del crimen. En cuanto a su dulce e inocente amiga, al declarar que estuvo todo el tiempo con Adela Winters, ya se expuso a que la condenasen por homicidio en primer grado. En caso de que intente cambiar su declaración, la condenaremos por perjurio. Estoy harto de que la gente venga a esta oficina para tratar de meternos los dedos en la boca. Le diré algo más señor Mason: Eva Martell es buscada por la policía. Contra

ella hay orden de detención por homicidio. Si usted la esconde, se convierte automáticamente en su cómplice. Ya saben lo que quiero decir. Le emplazo para que antes del mediodía entregue a su cliente a la policía. En caso contrario, nos veremos obligados a proceder contra usted. Creo que es cuanto tenía que decir. ¡Hasta otro rato, señor Mason!

Capítulo 10

Mason se encontraba sentado a un lado de la gruesa y tosca red metálica que dividía el locutorio de la cárcel. Al otro lado, estaba Adela Winters.

—Señora Winters —decía Mason—, le hablaré con entera claridad. Trataba de ayudar a Eva Martell y, en principio creí que me sería fácil hacerlo; ahora, he comprobado que no.

—¿Por qué?

—Por todo lo que usted ha hecho. La policía cree que Eva y usted planearon deliberadamente el asesinato de Hines, con la sana intención de apoderarse de su dinero.

—¡Eso es absurdo!

—Tienen pruebas suficientes para pensarlo así.

—Eva es completamente inocente, aunque reconozco que yo me encuentro metida en un lío.

—Pero usted ha arrastrado a Eva en sus maquinaciones.

—Nunca lo hubiera pensado. Quiero a esa muchacha como si fuese mi propia hija. ¿Será usted mi abogado, señor Mason?

—No lo creo. Conseguí entrar aquí diciéndole al vigilante que deseaba hablar con usted para ver si tomaría o no su defensa. Pero no era cierto. Lo único que quiero saber es el papel que Eva ha desempeñado en este asunto.

—Bueno, le diré lo que pasó, señor Mason. Cuando usted me habló del peligro de llevar armas, traté de no darle importancia a sus palabras, aunque la realidad fue que me impresionaron. Comprendí que alguien podía hacernos aparecer culpables de un delito. Según tengo entendido, la ley considera que si se lleva un arma en el momento de cometerse cualquier infracción, la meten a una en la cárcel sin conceder libertad bajo fianza.

—Poco más o menos, así es.

—Por eso, precisamente, decidí deshacerme del revólver. Cuando regresé al departamento, después de salir de su oficina, lo primero que hice fue sacar el revólver de mi cartera para meterlo en un cajón. Más adelante, al plantearse la posibilidad de que tuviésemos que marcharnos, lo saqué del cajón, dejándolo sobre el mueble pero después entre el trajín que sobrevino al hacernos cargo de nuestra ropa y marcharnos, me olvidé de él. En el vestíbulo telefoneamos varias veces. Llamé repetidamente a Hines, quien no contestó; luego le telefoneamos a usted, pero su aparato comunicaba. De súbito, me acordé del revólver y entonces le dije a Eva que me había olvidado de algo y que esperase.

—¿Qué hora sería?

—¡Oh! Probablemente las dos y algunos minutos. Subí en el ascensor y, cuando entré en el departamento me dirigí al mueble sobre el que había olvidado el revólver. En los primeros momentos no observé nada extraño; fue más tarde cuando recordé que al disponerlo sobre la mesa el cañón apuntaba hacia la pared, mientras que en aquel instante apuntaba hacia mí. La puerta que comunica con el dormitorio estaba cerrada. El asesino seguramente ya estaba allí. Por fortuna, no se me ocurrió abrir. Me limité a coger el revólver y, cuando me volví hacia la puerta, vi la cartera tirada en el suelo, cerca de la entrada del dormitorio. Le juro, señor Mason, que sólo le eché, una mirada y, al darme cuenta de que pertenecía al señor Hines, la metí dentro de mi blusa con la intención de devolvérsela al señor Hines en cuanto lo viera. Al bajar del departamento, tomamos un taxi que nos condujo al Hotel Lorenzo en menos de cinco minutos. Una vez allí, me dirigí al tocador de señoras y abrí mi cartera para sacar la polvera. Entonces fue cuando, al hacer esta operación, me pareció percibir un extraño olor a pólvora. Comprobé que provenía del revólver. Una de sus balas había sido disparada. Inmediatamente, decidí deshacerme del arma y entonces la dejé caer en un cubo de basura. Y ésta es la historia, señor Mason, sin desviarme un punto de la verdad.

—Me gustaría creerla, señora Winters —le dijo Mason—. Sería muy agradable para mí saber que es usted inocente, pero lo que acaba de contarme no es muy convincente, y no veo claro que el Jurado comulgue con sus palabras.

—¡Oh, si me dan tiempo, el relato puede mejorar mucho! —

aseguró ella.

—¿Quiere decir que podría cambiarlo?

—Por supuesto, y presentarlo de un modo más convincente.

—¿Sin más consideración a los hechos reales?

Adela Winters lanzó un bufido.

—¡Los hechos no quieren decir nada! En la mayoría de las ocasiones, la verdad escueta no resulta muy convincente. Pero yo tengo cierta habilidad para urdir historias y la que he contado puedo perfeccionarla mucho. Le acabo de decir la pura verdad, aunque no me atreva a contársela a nadie más por miedo de que la considere absurda.

—¿Pretende que crea que después de abandonar por primera vez el departamento, bajar al vestíbulo y volver a subir en el ascensor, Hines y el asesino entraron sin que usted viera a ninguno de los dos y, aún más, que el asesino mató a Hines con su revólver, que localizó el mueble donde usted lo dejó, que volvió a depositarlo en el mismo sitio, cogió la cartera de Hines, que lanzó al suelo y, finalmente, que se ocultó en el dormitorio al sentirla entrar de nuevo en el departamento?

—Así es.

Mason contempló a la mujer fijamente durante unos segundos y continuó:

—Según usted, para hacer las cosas de modo más convincente, el asesino tomó la cartera que contenía algo más de tres mil dólares y la arrojó al suelo, con el claro designio de que usted la cogiese y se marchase con ella. ¿No es eso?

—Creo comprender que usted opina que miento.

—¡Exacto!

—¡Pues las cosas ocurrieron exactamente cómo se las he contado! ¡Que me parta un rayo si le he mentido! Le he dicho la pura verdad.

—¿Y cómo se explica que el señor Hines pudiese penetrar en el edificio sin que ustedes le vieran?

—No lo sé.

Siguió un momento de silencio y Adela Winters agregó:

—Tal vez hubiera subido ya. Si le mataron con mi revólver, es porque debía de estar allí antes de que yo saliese. Su cadáver se encontraba en el dormitorio.

—Eso último es indudable —concedió el abogado; luego, preguntó bruscamente—: ¿Qué teléfono le dio el señor Hines para que ustedes lo llamasen? ¿Le dijo alguna vez dónde se encontraba ese número?

—No.

—¿Y, mientras telefoneaban en el vestíbulo, ni usted ni Eva le vieron entrar?

—No; mientras nosotras permanecimos allí nadie entró en el vestíbulo.

—Sólo una explicación podría hacer la historia verosímil, en cierto modo.

—¿Cuál?

—Que Hines viviera en el mismo edificio.

—Tiene usted razón. Eso confirmaría, plenamente mi relato.

Mason la contempló fijamente durante unos momentos, con manifiesta desconfianza.

—Pero ¿está segura de que me ha contado la verdad?

—Completamente; todo lo que le dije es cierto, aunque desconfío de que puedan creerme.

Capítulo 11

Mason telefoneó a Paul Drake desde el locutorio telefónico instalado en la sala de espera de la cárcel.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó el detective.

—No muy bien. Creo tener una pista, Paul. Dile a Della que te dé el número de teléfono adonde las mujeres tenían que llamar para ponerse en contacto con Hines, y averigua dónde estaba instalado ese aparato. Tengo gran interés en saber si Hines tenía alquilado otro departamento en el *Siglet Manor* de la calle Ocho.

—La policía ya ha averiguado cuanto se puede saber de tu amigo Hines —contestó Drake—. No vivía allí; tenía alquilado un cuarto en un hotel del centro, desde hacía cinco años. Era un hombre soltero bastante taciturno. En ocasiones, jugaba a las carreras y, de vez en cuando, hacía algún negocio que le permitía ir tirando por algún tiempo. Según parece, cuando se trataba de dar dinero, se sentía terriblemente avaro.

—De todos modos, me gustaría que pudiese localizar ese número de teléfono. Es muy importante. En cuanto consigas la información, transmítela inmediatamente. ¿Has descubierto algo referente al departamento donde vive Reedley; mejor dicho, referente al de su vecina?

—Tal vez por ahí logremos algo, Perry. La mujer se llama Daphne Gridley. Trabaja en asuntos publicitarios; también ha trabajado como decoradora de interiores. Hará unos cinco o seis años que vive en esa casa. Al parecer, gracias a ella consiguió Reedley el departamento que ahora ocupa.

—¿Qué aspecto tiene esa mujer, Paul?

—Es una dama muy elegante, de unos veintiséis o veintisiete años, de pelo castaño, que parece gozar de buena situación.

—¿Tiene entonces, dinero?

—Heredó una buena suma hará cinco o seis años, y sólo trabaja, ahora, por pura distracción.

—Bueno, creo que todo eso no nos vale mucho, Paul, salvo que corrobora mi hipótesis, y eso siempre halaga.

—¿No crees que podría ser útil informarse a fondo de la vida de Reedley? Tal vez consigamos averiguar algo más apretándole los tornillos a esa Gridley.

—Haz como te parezca. Localiza rápidamente ese número de teléfono. Te volveré a llamar dentro de veinte o treinta minutos.

—Está bien —asintió Drake—. Me imagino que la policía se nos debe de haber adelantado, pero nada se pierde con probar.

—Exacto. Tenemos que agotar todos los recursos. No sé por qué, pero intuyo que a la policía se le ha escapado ese detalle. Hines andaba mezclado en ciertas actividades de juego, y a la policía le interesa informarse debidamente de esa faceta del personaje. No me asombraría comprobar que no se han preocupado de investigar ese número; incluso es posible que ni obre en su poder. Bueno, volveré a llamar.

—Está bien, pero ándate con mucho tiento. El asunto se pone muy feo para la Winters.

—¡No necesitas decírmelo! —exclamó Mason—. Afortunadamente, ella no es mi cliente, si es que esto puede servirme de consuelo.

Mason colgó el auricular y regresó a su automóvil con el que recorrió unas doce manzanas, deteniéndose finalmente frente a una pensión, administrada por una muchacha que tiempo atrás había sido su cliente.

—¡Hola, Mae! —saludó Mason—. ¿Cómo se encuentra nuestra amiga?

—Muy bien, señor Mason. Está en el 211. Hace ya lo menos una hora y media que le serví el desayuno. Le dije que no debía dejarse ver en público hasta que usted terminara de arreglar las cosas.

—Perfectamente —dijo Mason—. Se lo agradezco.

Mae Bagley era una mujer alta y rubia, de poco más de treinta años. Su rostro poseía cierta dureza, pero cuando fijaba sus ojos en el abogado su mirada se tornaba más suave.

—Ni siquiera la anoté en el registro, previendo que alguien pudiera denunciarla, o algo por el estilo. Oficialmente, el cuarto

211 está vacío.

—Ha hecho mal procediendo así, Mae.

—Usted me dijo que la ocultara y yo creí que éste sería el mejor procedimiento.

—¡Muy amable, Mae! Pero no debe exponerse a tanto.

—Tratándose de algo suyo no me importa, señor Mason.

—Gracias, Mae. Es usted una excelente mujer. Ahora tengo que subir a verla.

Mason ascendió hasta el segundo piso y, una vez en él, golpeó en la puerta del 211.

Eva Martell abrió con tal rapidez que dio la impresión de haber permanecido sentada junto a la puerta en espera de la llegada de su abogado. Estaba vestida como para salir a la calle y su rostro se iluminó a la entrada del visitante.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegra verle, señor Mason! Pensé que sería la señora que vendría en busca de los platos… Pero entre y siéntese. Hágalo aquí, estará más cómodo.

Mason ocupó el asiento. Sacó su pitillera y ofreció a la joven un cigarrillo. Eva rehusó con la cabeza.

—He fumado demasiado y me siento muy nerviosa. Esta larga espera me afecta grandemente. Dígame, señor Mason, ¿está ya libre tía Adela? ¿Ha podido arreglar las cosas?

Mason encendió el cigarrillo.

—Lamento tener que darle malas noticias, Eva. No me gusta andar con rodeos y voy a serle completamente franco.

El rostro de la muchacha reflejó cierta ansiedad, pero sus ojos permanecieron impasibles.

—Diga lo que sea —murmuró.

—Al parecer, la policía considera liquidado el caso con la detención de Adela Winters, a quien se le acusa de robo y homicidio.

—¿Robo?

—¿Recuerda que cuando Hines les pagó, sacó una cartera bien repleta de billetes?

Eva asintió con un ademán y el abogado continuó:

—La policía encontró esa cartera en las ropas de Adela, cuando la guardiana procedió a registrarlas en la cárcel. Dentro de la cartera había más de tres mil dólares en billetes.

—¡Pero, señor Mason, eso no es posible! Si tía Adela hubiese cogido la cartera me lo habría dicho.

—Pues, la realidad es que la cogió. Ella misma me lo ha confesado.

—¿Cuándo?

—Hará apenas unos minutos. Me contó que al entrar en el departamento para buscar el revólver, se encontró con la cartera tirada en el suelo. Ella cree que, en aquellos momentos, Hines ya se encontraba muerto en el dormitorio en compañía del asesino, que se ocultó en él.

—¿Sin revólver?

—Por lo menos, sin el que sirvió para cometer el asesinato.

—¡No lo puedo creer, señor Mason!

—Lo peor es que el Jurado pensará lo mismo. Todo esto la coloca a usted en una posición muy delicada. Traté de arreglar el asunto en la Fiscalía, pero allí me topé con un muro infranqueable. ¿No sabe que hay orden de detención contra usted?

—¿Como cómplice?

—Se la acusa de andar mezclada en el negocio con Adela Winters.

—¡Pero si yo no tenía ni idea de lo que pudo pasar!

—Usted firmó una declaración jurada que contenía un dato falso.

—Bueno, de todas formas no se me alcanza la razón de que esa gente… Usted sabe de sobra cómo ocurrieron las cosas, señor Mason.

—Cuando descubrieron el cadáver y me telefonearon al despacho diciéndome que fuese en seguida al departamento, ¿dónde se encontraba Adela Winters?

—Junto a mí.

—¿En la misma pieza desde donde me hablaba usted?

—Sí.

—¿Y el cadáver?

—En el dormitorio.

—Ahora dígame: ¿qué hacía tía Adela mientras usted hablaba conmigo por teléfono?

—Déjeme recordar… Estuvo examinando el cadáver para cerciorarse de que el hombre había muerto.

—¿Y no cree que, entonces, pudo apoderarse de la cartera que Hines guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta?

—Señor Mason, tía Adela es incapaz de hacer una cosa semejante.

—¿Pero *pudo* haberlo hecho?

—Es absurdo…

—¿Pero *pudo* haberlo hecho?

—Sí, desde luego, pero insisto en que ella es incapaz de proceder así.

—Hines fue asesinado con el revólver de Adela Winters, a quien se le encontró la cartera de la víctima con algo más de tres mil dólares. El fiscal incluso podrá formular su acusación diciendo que la víctima fue asesinada al resistirse. Tal como se plantea el problema, usted se encuentra irremisiblemente mezclada en él. El fiscal me ha empleado para que la entregue antes de las doce de hoy y yo, sintiéndolo mucho, no tengo más remedio que cumplir la orden.

—Lo que usted quiera, señor Mason.

—Traté de llegar a un acuerdo con él, y, en circunstancias normales, creo que habría conseguido mi propósito, pero ante las pruebas que pesan sobre Adela Winters, Gulling se sintió dueño de la situación y rechazó de plano mi propuesta, emplazándome a que la entregase a usted antes del mediodía. Como verá, es Gulling quien en estos momentos tiene los triunfos en la mano. Coja un taxi antes de las once y media, diríjase a la Jefatura de Policía y entréguese, informando de que he sido yo quien se lo ha indicado. No conteste a ninguna pregunta que le hagan. Sobre todo, no les informe dónde pasó la noche. ¿Hará todo lo que le he indicado?

—Sí.

—Recuerde que no debe contestar a ninguna pregunta que le hagan relacionada con el crimen por sencilla que le parezca. ¿Entendido?

—Sí.

—Tal vez le digan que le he dado un mal consejo, que he colocado la soga alrededor de su cuello, pero usted no pierda su confianza en mí y no se aparte un punto de mis instrucciones. ¿Se siente capaz de obedecerme ciegamente?

—Sí —respondió Eva por tercera vez.

—Bueno, y ahora me voy. ¿Hay aquí algún teléfono?

—Abajo, detrás de la escalera.

—Gracias. Llamaré desde allí. Asegúrese de coger un taxi hacia las once y media y preséntese en la policía antes de las doce. La volveré a ver poco después de haber llegado usted allí. Y manténgase con la boca bien cerrada.

Una vez junto al teléfono, Mason marcó el número del despacho de Paul Drake.

—Habla, Perry —le dijo—. ¿Qué has averiguado?

—Debes de ser adivino —respondió Drake—. Ese número se encuentra en el edificio de los departamentos *Siglet Manor*, y corresponde al 412 del cuarto piso, justamente al lado de la escalera. Su inquilina es una mujer llamada Carlota Tipton. Según hemos podido averiguar, es una especie de vampiresa que rara vez sale a la calle antes de las once de la mañana. Paga el alquiler religiosamente y, al parecer, no tiene ninguna ocupación definida. Eso sí, viste muy bien. ¿Te sirven de algo todos estos datos, Perry?

—¡Como no puedes imaginártelo, Paul! Ponte en contacto con Della, dile que coja su *block* y varios lápices y marchad volando al *Siglet Manor*. Yo iré a vuestro encuentro lo antes que pueda.

Capítulo 12

Paul Drake frenó el coche frente al *Siglet Manor* en el preciso instante en que Perry Mason doblaba la esquina con el suyo. El abogado estacionó su auto detrás del de Drake.

—Al fin puedo respirar a gusto —comentó Della cuando los tres personajes estuvieron reunidos en la acera—. Dudé de que pudiésemos escapar con vida de esa endemoniada carrera.

—Pero le hemos ganado la delantera a la policía —dijo Drake—. Al parecer, esa Carlota Tipton aún no ha recibido su visita. Ahí veo a uno de mis muchachos. Le haré una seña. ¿Quieres que subamos contigo, Perry?

—Sí; es más, dile a tu muchacho que nos acompañe. Necesitaremos un testigo.

Drake le hizo una seña, y el detective se bajó de un automóvil que había estacionado a corta distancia, reuniéndose al grupo.

—¿Conocen a Frank Holt? —preguntó Drake—. Es uno de mis agentes. Ésta es la señorita Street y éste el señor Mason.

Después de cambiar los consiguientes saludos, Paul continuó:

—Pensamos subir a entrevistarnos con Carlota Tipton y queremos que usted, Frank, nos acompañe como testigo. Mantenga los ojos y los oídos bien abiertos. ¡Vamos!

Se detuvieron un instante frente a la puerta de cristales.

—¿Qué hacemos? —preguntó Drake—. ¿Llamamos a su departamento para que nos franquee la entrada o solicitamos el favor de otro cualquiera?

—¿Y no tienen ustedes alguna llave para abrir esto? —preguntó Mason—. No creo que se necesite ser un maestro para abrir una puerta así.

—¡Ten compasión de nosotros, Perry!

—¡Venga, Paul, ábrela!

Drake se dirigió a su agente, con una mirada interrogativa.

—¿Llevas una ganzúa, Frank?

—Por supuesto.

A los pocos segundos, Holt conseguía franquear la entrada.

—Yo llevaré el gasto de la conversación —instruyó Mason—. Procuren permanecer con los sombreros puestos. No conozco mejor procedimiento para dar la impresión de que se es policía. ¡Vamos!

Ascendieron en el ascensor hasta el cuarto piso y, cuando localizaron el departamento de Carlota Tipton, Mason golpeó en la puerta.

Del otro lado, se oyeron pasos y, luego, el ruido de un bulto que era arrastrado a corta distancia. Finalmente, la puerta se abrió, apareciendo una mujer que se inmovilizó en el umbral, ante el severo grupo que se enfrentaba con ella.

—¿Qué… qué pasa?

Mason la apartó sin la menor consideración hacia un lado y entró en el departamento.

Por todas partes se veían maletas y paquetes. Sobre una silla, se encontraba un montón de ropa doblada. En el suelo, una maleta abierta casi llena, y otra, cerrada y atada con correas. Esta última había sido evidentemente arrastrada hacia un lado para poder abrir la puerta.

La mujer, algo más alta que lo corriente, tenía la piel suave, el cabello rojizo y debería bordear los treinta años. Vestía blusa y falda, pero todavía no se había maquillado. Sus ojos aparecían ligeramente hinchados, tal vez a causa del llanto.

Della Street se instaló rápidamente en una silla, junto a una mesa, sobre la que dispuso su *block* de anotaciones, sacando seguidamente un lápiz.

Frank Holt se dirigió a tomar posiciones junto a la ventana. Sacó un puro y se lo colocó entre los dientes mordiéndolo con insolencia, en tanto que introducía ambos pulgares en las sisas del chaleco.

—Bueno, Carlota —dijo Mason—, parece que las cosas han ido un poco mal, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Ha perdido una buena ocasión.

—He… perdido a un amigo.

—Esperamos que nos cuente como pasó.

—Le mataron. Es todo cuanto sé.

—¿Su novio?

—Ya le he dicho que era un amigo.

—¿Le pagaba el alquiler?

—No.

—Comprendo. Quizá usted se muda ahora, porque le gusta cambiar de aires de vez en cuando. ¿Acierto?

La mujer guardó silencio y Mason continuó:

—Veamos de entendernos. El señor Hines recibía aquí ciertas llamadas telefónicas. ¿Qué hacía después?

En los ojos de Carlota Tipton se pintó una expresión de espanto.

—Jamás estuve informada de los negocios de Bob —contestó.

—Pero no hay duda de que usted sabía que le llamarían aquí y que inmediatamente él debía telefonear a alguien. ¿Es así o no?

—Sí.

—¿Y conoce a la persona a quien el señor Hines llamaba?

—En principio lo ignoraba.

—Veamos si nos cuenta usted lo que ocurrió ayer. ¿Qué sabe del crimen?

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Mason.

—Bob era un amigo a quien yo estimaba mucho —explicó ella—. Nos íbamos a casar, pero, más tarde, descubrí que tenía un lío con esa otra mujer.

—¿A quién se refiere?

—A Helen Reedley.

Mason dirigió una rápida mirada a Drake y volvió a encararse con Carlota.

—¿Insinúa que Robert Hines mantenía a Helen Reedley?

—Sí.

—¿Ha leído los periódicos de esta mañana?

—No. Pensaba salir a comprar alguno. No me los suben al departamento. Generalmente, me informo de las noticias por la radio.

—¿Cómo descubrió que el señor Hines mantenía a Helen Reedley?

—Pues, en primer lugar, noté algo extraño en su conducta. Fue más tarde, cuando descubrí lo que estaba pasando.

—¿Cómo?

—Supe que tenía otra llave de un departamento de este mismo edificio.

—Se enteró del número.

—Sí. Aparecía grabado en la llave; era el 326.

—¿Y sabía quién vivía en él?

—Lo averigüé consultando la lista que tienen abajo.

—¿Supo entonces que el 326 figuraba a nombre de Helen Reedley?

—Sí.

—¿Era ella el personaje misterioso a quien Hines llamaba por teléfono?

—Así lo sospeché y, en efecto, así era.

—¿Qué pasaba cuando el señor Hines no estaba aquí? ¿Era usted encargada de transmitir los recados telefónicos a Helen Reedley?

—No. El siempre que salía me dejaba un número de teléfono para que pudiera llamarle en cualquier momento y, cuando no era posible localizarlo, Bob me llamaba cada media hora. Ponía un gran cuidado en el cumplimiento de todos estos requisitos.

—¿Y no conocía usted ningún detalle de sus negocios?

—No.

—¿Cuándo descubrió lo de la llave?

—Hace tres días. Entonces fue cuando consulté la lista de inquilinos y descubrí que ese departamento estaba a nombre de Helen Reedley.

—¿Y no le preguntó usted al señor Hines de lo que se trataba?

—¡No! ¿Qué se saca con preguntarle a un hombre sobre la mujer con la que le engaña a una?

—¿Qué hizo, pues?

—Seguirlo ayer, cuando se marchó de aquí, por la tarde. Me quedé escuchando para comprobar si hacía subir el ascensor. No lo hizo. Se dirigió por la escalera hasta el tercer piso.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo siguió?

—Sí. Vi como entraba, en el departamento de esa mujer.

—¿Llamó a la puerta?

—Sí; llamó y tuvo que aguardar unos instantes. Por eso precisamente alcancé a verle. A través de una rendija de la puerta de la escalera, lo vi perfectamente.

—¿Salió alguien a abrirle?

—No. Entonces Bob sacó la llave de su bolsillo, abrió con ella la puerta y entró.

—¿Qué hizo usted después?

Carlota Tipton miró al abogado con una expresión súbitamente hostil.

—¿Le importa mucho saberlo?

Mason se encaró con ella de un modo enérgico.

—¿Piensa acaso negarnos su colaboración?

—No… simplemente quería saber…

De pronto, con la misma rapidez con que se había rebelado, Carlota Tipton volvió a adoptar una actitud sumisa.

—Bien. Conteste de una vez: ¿qué hizo usted después de que Hines entró en aquel departamento?

—¡Oh! Aguardé un momento y, luego, avancé por el pasillo y llamé con los nudillos en la puerta, sin que nadie me contestara. No creo que golpease más de tres o cuatro veces. Al no abrirme nadie comprendí que Bob se encontraba con esa mujer y desistí de llamar más. Regresé aquí y empecé a hacer mi equipaje. Ahora me arrepiento de no haber armado un escándalo. ¡Tal vez, de haberlo hecho, le hubiese salvado la vida!

—¿Recuerda la hora en que el señor Hines bajó al departamento?

—Un poco antes de las dos; posiblemente a las dos menos cinco.

—¿Qué pensaba usted hacer?

—No deseaba ya quedarme aquí y me acordé de un amigo de Denver que siempre ha deseado que me fuese a vivir allí. Creo que está dispuesto a casarse conmigo. Yo lo aprecio bastante, aunque también quería mucho a Bob.

—¿Y cuándo se enteró del asesinato?

—Anoche, a última hora. Varias personas lo comentaban abajo, en el vestíbulo.

—¿Y no compró usted un periódico?

—Sí, pero la noticia no venía en los diarios de la tarde.

—¿Y no ha salido todavía a comprar un diario de la mañana?

—No.

—¿Desayunó?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una hora, poco más o menos.

—Es extraño —dijo Mason—, que su amigo haya sido asesinado en este mismo edificio y que a usted no se le haya ocurrido ir a comprar un periódico para informarse de los detalles. ¿Es que no le interesa averiguar quién lo mató?

—No, porque ya lo sé. Fue Helen Reedley. La policía lo sabe muy bien.

—¿Ha visto usted alguna vez a Helen Reedley?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El otro día bajé con ella y con su dama de compañía en el ascensor. Lo cogí, aquí en el cuarto piso y, cuando cerraba la puerta, alguien del tercero pulsó el timbre de llamada. Eran ellas dos: Helen Reedley y esa vieja que la acompaña.

—Usted ya sabía que Helen Reedley le había birlado su amigo, ¿no?

—Pues… sí.

—¿Y no le dijo nada?

—No.

—Por lo menos la examinaría detenidamente.

—Eso, desde luego.

Mason guardó silencio, permaneciendo pensativo sin apartar sus ojos de la mujer. Luego, con calma, dijo:

—Helen Reedley no significaba nada para Bob Hines, fuera del aspecto económico.

—¿Qué dice? ¿Olvida que Bob tenía una llave de su departamento, que…?

—¡Cálmese! Es cierto que poseía esa llave, pero Helen Reedley no vivía en el departamento. Contrató a Hines para que éste le buscase una substituta.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, eso; una mujer que se hiciese pasar por ella, alguien que ocupase su lugar en el departamento, reemplazándola. Bob puso un anuncio en un periódico muy leído entre la gente de teatro, solicitando los servicios de una muchacha morena, que respondiese a características determinadas.

Carlota Tipton se inmovilizó frente a Mason, con los ojos muy

abiertos.

—¿Trata usted de…? ¿Me dice la verdad?

Por toda respuesta, Mason extrajo de su cartera el recorte, que tendió a la mujer. Después de leerlo, Carlota se lo devolvió. Le temblaban los labios y pestañeó repetidamente, tratando de contener las lágrimas. De súbito, dejó caer la cabeza en ambos brazos y se sumió en un llanto histérico.

Mason esperó pacientemente a que se serenara. Luego, dijo suavemente:

—Ahora, habrá comprobado que sus sospechas eran totalmente infundadas. Cuando usted mató a Bob llevada por los celos cometió una manifiesta injusticia. Veamos si, por fin, nos cuenta exactamente lo que sucedió.

—¡Pero si les he dicho cuanto sé! —exclamó la mujer alzando su cara surcada de lágrimas.

—No es cierto. Usted fue a ese departamento y llamó repetidamente en la puerta. Bob no quiso abrirle y usted le gritó que le constaba que él estaba dentro. Entonces Hines abrió y usted se precipitó en el interior. Él retrocedió hasta el dormitorio, huyendo de su furia y tratando de darle una explicación. Pero usted, loca de celos, no quiso, escuchar nada. Vio el revólver que había sobre un mueble, lo cogió y disparó.

—¡Pero, Dios mío! ¿Será posible que usted se imagine…? ¿Trata, acaso, de envolverme deliberadamente, acusándome del crimen?

—Sólo trato de que me diga la verdad. Si los hechos no ocurrieron así, ¿qué fue, en realidad, lo que pasó?

—¿Y por qué había de decírselo? ¿Quién es usted? ¿Es de la policía?

—¡Un momento! Aclaremos un poco las cosas. Después de descubrir que Bob había ido a ese departamento, ¿no hizo usted nada más?

—Ya le dije que subí aquí y que me dediqué a preparar mi equipaje.

—¿Cómo se llama su amigo de Denver?

—Prefiero no decirle su nombre.

—Pero yo necesito saberlo. Tengo que comprobar si usted comunicó o no con él.

—Bueno… yo… sostuve anoche una conferencia con él.

—¿Desde aquí?

—No; salí y llamé desde una estación de servicio.

—¿Cómo se llama su amigo?

—No conseguirá saberlo.

—Pero ¿habló con él?

—Sí.

—¿Le preguntó si deseaba todavía que usted fuese a su encuentro?

—Sí.

—¿A qué hora fue esa conferencia?

—No lo sé.

—Dígame francamente, ¿no tuvo lugar por la tarde, más bien que por la noche?

—No.

—¿Qué estación de servicio es ésa desde dónde llamó?

—Me niego a contestar. No creo que usted… Dígame, ¿es usted de la policía?

—Óigame, señorita; estamos encargados de investigar este asunto, y tenemos que descubrir al culpable. Supongo que usted deseará, como nosotros, que el asesino de Bob Hines reciba el castigo que merece, ¿no es así?

—Pero, ¿es usted de la policía? —insistió Carlota.

—No, soy abogado y estos dos señores que me acompañan, detectives.

—¿Detectives de la policía?

—Eso no tiene importancia —opinó Mason—. Lo importante es saber si usted nos oculta algo.

—Pues me niego a franquearme más con ustedes. Si lo hice fue porque, en principio, creí habérmelas con la policía.

—Nosotros jamás dijimos que lo fuésemos, y no sé por qué pensó tal cosa. Hemos venido simplemente para hacerle algunas preguntas. Como ya le he dicho, soy abogado y mi nombre es Perry Mason.

—¡Oh! Ignoraba que fuese usted el señor Perry Mason. ¿Cuál es su interés en este asunto?

—Deseo descubrir quién mató a Robert Hines.

—¿Y por qué no se dirige, entonces, a la policía? —indagó tercamente Carlota Tipton.

—Creo que terminaré por hacerlo. Lo que nos ha contado es muy interesante.

—¡Qué estúpida fui al irme de la lengua! Ustedes me intimidaron.

—¿De qué tiene miedo? ¿De la policía?

Carlota Tipton guardó silencio, y Mason continuó:

—Anímese, señorita. Nos ha contado ya bastantes cosas y creo que no gana nada con su reserva.

—¡Lo único que deseo es que se vayan de aquí de una vez! —exclamó—. Tengo que terminar mi equipaje, y además, ya les he dicho cuanto sabía.

—Dígame, por lo menos, qué fue lo primero que vio al entrar en el departamento de Helen Reedley.

—No entré. Me limité a seguir a Bob y… Pero ya he dicho bastante. Puede usted seguir haciéndome preguntas hasta el día del Juicio, en la seguridad de que nada más sacará de mí.

—Usted ha dicho que vio entrar a Hines en el departamento, ¿no?… ¿Sabía que había un revólver sobre un mueble?…

Carlota Tipton guardaba silencio sin desviar sus ojos del rostro de Mason. Sus labios fuertemente apretados se unían en una línea enérgica.

Mason cambió una mirada de inteligencia con Della y renunció al interrogatorio.

—Está bien. Según parece, nada queda por hacer. Salgamos de aquí.

Marcharon en silencio del departamento. Carlota les siguió con la mirada de sus ojos enrojecidos e hinchados por el llanto.

—Bueno, Perry, ¿qué conclusiones sacas? —preguntó Drake, una vez en el pasillo.

—Ninguna —sonrió Mason—. Tal vez porque sea la policía la que debe correr con esa tarea.

—¿Crees que ella lo mató?

—Basta barajar los extremos conocidos con cierta lógica. Robert Hines había proporcionado a Adela Winters el número del teléfono del departamento de Carlota para que le llamase. El dato es muy significativo. Si alguien telefoneaba preguntando por Helen Reedley, Adela Winters contestaba diciendo que se estaba bañando en aquel momento o dando alguna otra excusa por el estilo, y que

ya comunicaría con él pasado un rato. Inmediatamente, trasmitía el mensaje a Robert Hines. Helen Reedley debería estar en algún sitio donde tuviese a mano el teléfono y, al recibir el recado de Hines, telefonearía al comunicante, sin que éste pudiese saber en realidad desde dónde se le llamaba.

»Ahora te diré lo que debe haber sucedido ayer tarde, cuando Adela Winters y Eva Martell, obedeciendo mis instrucciones, abandonaron el departamento. Una vez en el vestíbulo, la primera consideró necesario informar a Hines de que partían. Yo no le había dicho que hiciese tal cosa, pero ella lo estimó, por lo visto, conveniente. Antes trató de ponerse en comunicación conmigo para obtener mi autorización, pero, como mi teléfono comunicase, se decidió a marcar el número de Hines, sin obtener tampoco la menor respuesta. ¿Qué significa esto? A mi juicio, si nadie respondió a esta última llamada, fue porque Carlota Tipton, que debía estar en su departamento, se encontraba inopinadamente ausente de él. En aquellos momentos debía seguir a Hines, quien se encaminaba al departamento de la Reedley. Carlota había descubierto que el hombre a quien amaba tenía en su poder la llave de otro piso del mismo edificio, que figuraba a nombre de Helen Reedley.

—Pero, ¿no crees que con esas solas pruebas que ahora tienes te verías en un gran aprieto para probar que ella es la asesina? —indagó Paul con rostro incrédulo.

Mason sonrió.

—Más difícil le será al fiscal demostrar que no fue ella quien le mató. Antes tendrá que probar sin dejar el menor resquicio para una duda, que fue Adela Winters la culpable. Cabe en lo posible que yo no pueda demostrar que fue Carlota Tipton quien apretó el gatillo del revólver, pero lo que sí podré hacer es usar de ella a mi antojo para infiltrar fundadas dudas sobre la culpabilidad de Adela Winters y Eva Martell.

—En eso tienes toda la razón —admitió Drake.

—Ahora, lo que urge es localizar de nuevo a Helen Reedley.

—Posiblemente la policía la haya buscado ya —contestó Drake —. Según parece, se sienten satisfechos con las pruebas que acusan a Adela Winters y, seguramente, querrán entrar en contacto con Helen Reedley para concretar ciertos detalles.

Frank Holt intervino en aquel punto, sin dejar de masticar su

puro.

—Mientras ustedes interrogaban a la señora, yo me entretuve echándole un vistazo al departamento. Junto al teléfono, había un *block* con anotaciones de números telefónicos. Los copié. Tal vez alguno de ellos puedan servirles.

Mason se apoderó con avidez de la lista, que recorrió rápidamente.

—Paul, es casi seguro que alguno de estos números pertenezca al escondite de Helen Reedley, en donde ella recibía los recados que le pasaba Hines. Investiga la localización de estos teléfonos. ¿Cuánto crees que tardarás?

—¿Cuántos números son en total?

—Una docena, poco más o menos —dijo Holt.

—Será una tarea pesada, pero tal vez pueda proporcionarte la información dentro de una media hora.

—Estaré en mi despacho —le dijo Mason—. Pásame allá el informe y encárgate de que vigilen a Carlota. No quisiera perderla de vista.

Capítulo 13

De vuelta al despacho, apenas acababa de sentarse frente a su mesa, el teléfono empezó a sonar.

La voz de Drake había perdido su habitual languidez.

—Acabamos de hacer investigaciones sobre los tres primeros números.

—¿Qué habéis descubierto?

—Uno de ellos está instalado en un hotel, en donde Helen Reedley se aloja bajo un nombre supuesto.

—¿Dónde te encuentras ahora, Paul?

—Te telefoneo desde una botica, en la esquina de Tenth y Washington.

—¿A qué distancia te encuentras del hotel donde se aloja Helen Reedley?

—A unas ocho o diez manzanas.

—Espérame ahí. Nos veremos dentro de unos instantes.

Mason colgó el auricular y se hizo cargo del sombrero.

—¿No quería hablar con Harry Gulling? —indagó Della Street.

—Aun no —denegó Mason, volviendo la cabeza—. Ya le llamaré cuando vuelva.

Minutos después, Mason se reunía con Paul Drake. Ambos hombres encaminaron sus pasos hacia el *Yucca Arms Hotel*.

—¿Con qué nombre se inscribió? —preguntó Mason.

—Genoveva Gordon.

—¿Estás seguro de que es ella?

—Por lo menos las características de esa Genoveva coinciden exactamente con las de Helen. Tengo el número de su departamento y no tendremos que perder el tiempo con el portero. Adopta una actitud de personaje de importancia y pasemos. No creo que nos detengan.

Se adentraron en el edificio y tomaron el ascensor. Al llegar al departamento 50-B, se detuvieron frente a él, llamando en la puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz de mujer.

—Mi nombre es Mason.

—Creo… creo que se equivoca usted de habitación.

—Estoy seguro de que no.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Perry Mason.

—No le conozco de nada.

—¿Prefiere que sigamos hablando a través de la puerta, en vez de dejarnos pasar?

—Le repito que no le conozco, y si no se marcha avisaré a la policía —respondió la voz en tono irritado.

—¡Oiga, señora! —replicó el abogado alzando ostensiblemente la voz—, cuando su marido decidió solicitar los servicios de aquellos detectives para que la siguieran y usted…

Un pestillo se descorrió de súbito y la puerta se abrió bruscamente. Los furiosos ojos de Helen Reedley se clavaron en Perry Mason.

—¡Es usted el hombre más odioso que he conocido en mi vida! —exclamó la mujer; pero se interrumpió de súbito al divisar a Paul Drake.

—Entre, Paul —invitó Mason.

—Por supuesto, pase usted —le dijo Helen irónicamente—. Un amigo del señor Mason será siempre bien recibido en mis habitaciones, a cualquier hora del día o de la noche. ¡Por favor, entren ustedes! ¿No querrían quedarse a cenar?

Los dos hombres se adentraron en la habitación. Cuando se cerró la puerta, Mason se dirigió a ella.

—Creo, señora Reedley, que todo andaría mucho mejor si adoptase otro tono más cordial.

—¿Le parece a usted?

Mason continuó afablemente:

—No veo razón que nos impida ser amigos. Posee usted un temperamento algo irascible y, cuando se exalta, no sabe lo que dice. Pero también he observado que, al comprender que ha perdido la partida, sonríe valientemente y acepta con sangre fría la

situación. Habría hecho usted un espléndido abogado.

—No sabe cuánto me halaga su apreciación. ¿Qué es lo que quiere usted ahora?

—Se lo diré sin más rodeos: que nos diga usted la verdad.

—Le he informado de todo lo que estaba dispuesta a declarar.

—Permítame presentarle a Paul Drake, jefe de una agencia de detectives. Trabaja para mí.

—¿Cómo está usted, señor Drake? ¡Encantada de conocerle! He oído hablar mucho de usted. Instálense con comodidad. Me imagino que desearán leer detenidamente el diario de mi vida y obtener una lista completa de mis amistades. ¿Qué les parecería si les obsequiase, por añadido, con un buen surtido de fotografías?

Mason pasó por alto los sarcasmos.

—Como es lógico, de vernos obligados a ello, podríamos enfocar el asunto de otro modo.

—¿Es una amenaza?

—Tal vez.

—Detesto ese sistema.

—Lo comprendo —replicó Mason alegremente—. Pero como, de todas formas, también me odia a mí, cualquier otra postura que adoptase tampoco sería de su agrado. ¿Se decide, de una vez, a darme las explicaciones que solicito?

Helen Reedley se lo quedó mirando por unos instantes con aire pensativo y, de pronto, esbozó una sonrisa.

—Me gustan los hombres combativos —declaró, y como Mason no contestase, agregó—: No crea que trato de adularlo, ni que intento recurrir a alguna argucia al verme en un aprieto. Sencillamente, he decidido ser franca.

—La noticia me alegra extraordinariamente, señora.

—Usted conoció a mi marido, ¿verdad?

—Sí.

—Adivino en usted a un excelente psicólogo. ¿Me equivoco?

—A veces, acierto.

—Creo que no le costaría mucho trabajo calar en la personalidad de mi marido. Es un hombre inquieto, y terriblemente celoso. Por otra parte, su carácter revela, orgullo y energía.

—Un conglomerado bastante complejo —observó Mason.

—Sí —reconoció Helen Reedley—. Mi marido es uno de esos

hombres que triunfan en los negocios, gracias a su carácter dominante. Orville no conoce la paz interior y este desequilibrio se transmite a cuantos le rodean.

—Ya supongo que debe ser una tarea bastante ingrata ser su mujer.

—No tan difícil como dejar de serlo —murmuró ella lentamente.

—Continúe.

—Orville me fascinó en principio por su empuje, por su afán incesante de dominio. Hasta entonces, jamás había conocido a otro hombre como él. Aquello fue lo que me perdió. Creía ingenuamente poder conocer a cualquier individuo después de conversar con él durante quince minutos.

—No fue así con su esposo, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Cierto.

—Pero ahora, pasado el tiempo, ya lo habrá clasificado.

—Sí.

—¿Se cansó pronto de él?

—No se trata de eso. Actualmente dudo mucho de que, en alguna ocasión, me sintiese enamorada de él. Lo que ocurrió fue simplemente que me sentí arrastrada por la fuerza avasalladora de su personalidad. Como les sucede a mucha gente, quedé aturdida, ante el primer impacto de su presencia. Desde que me vio por primera vez, me quiso para él solo, y cuando Orville desea algo, no se detiene ante ningún obstáculo.

—En definitiva: el resultado fue que usted se casó con él y que todo este análisis viene a ser algo así como una autopsia.

—Se equivoca; es la explicación de lo que fatalmente tenía que ocurrir en seguida.

—¿Qué es ello?

—Hace poco más o menos seis meses, me enamoré auténticamente por primera vez en mi vida.

—¿Qué hizo usted, entonces?

—Cometí un gran error.

—Quizás también el más corriente.

Ella denegó impacientemente con la cabeza.

—¡No me entiende, señor Mason! No me refiero a *eso*. Me entrevisté con Orville y le hablé bien claro. Le dije que estaba enamorada, que quería divorciarme de él, y que deseaba hacerlo en

un ambiente de cordialidad.

—¿Fue ése su error?

—Sí. Y definitivo. Debía haberle dicho que, al casarme con él, nunca tuve la seguridad de que nuestra unión pudiera ser permanente; pero que, en aquel momento, había comprendido al fin que le amaba y que sólo deseaba pasar el resto de mi vida al lado suyo, para agregar que no ignoraba que él proyectaba sus intereses fuera del hogar, aunque bien comprendía que un hombre como él no podía ser fiel a su mujer. De haber sido calculadora, esgrimiendo el conocimiento que tenía de su carácter, todo habría salido y en este momento me vería libre.

—Pero no obró así y le confesó la verdad. ¿Qué pasó?

—Si usted lo conociese bien, lo adivinaría inmediatamente. Yo era su esposa, algo de su exclusiva permanencia, que él no estaba dispuesto a renunciar. Mi misión no era otra que amar al gran Orville Reedley. Y constituía un crimen, contando con su afecto, mirar siquiera a otro hombre. Ocurrió lo inevitable. Manifestó de súbito una abierta hostilidad contra mí y contra el hombre que amenazaba con arrebatarle algo que era suyo.

—¿Sabía él quién era ese hombre?

—Ni lo sabía ni lo sabrá jamás —dijo Helen Reedley apretando los labios.

—Pero si usted solicitaba de él el divorcio y le habló, diciéndole francamente que amaba a otro hombre, lo lógico es que su esposo tratase de averiguar su nombre.

—Y así fue. Pero no fui tan estúpida como para acceder a sus deseos. Cometí un error muy grande, pero no incurrí en la equivocación mucho más grave todavía de informarle del nombre de la persona de quien me había enamorado. Quise jugar limpio con él, sin saber que ése es el único camino que Orville no comprende. Pero, al menos, lo conocía lo suficiente para saber el peligro que suponía revelarle la identidad del hombre a quien amaba.

—¿Quiere decir peligro… físico?

—No sé… probablemente, no. Ignoro qué clase de arma hubiese esgrimido mi marido contra él. Tal vez material, o quizás de otra especie. El hombre a quien amo es vulnerable por muchos conceptos. No es ningún Sansón físicamente y, en el terreno económico, su posición tampoco es muy brillante.

—Pero, ¿usted le ama?

—Desde luego. Sé que me necesita, y tal vez por ello le quiera. Experimento un constante afán de ayudarle, porque me consta que es débil. Como acabo de decirle, físicamente no está bien dotado y le creo capaz, en determinadas circunstancias de caer en brazos de una fuerte depresión de ánimo. Posee una gran sensibilidad y no sólo le afectan las grandes injusticias, sino también los pequeños detalles. Abomina la violencia y las discusiones. Es un intelectual, un soñador. Su maravillosa imaginación se recrea en el futuro, en proyectos que aspira a ver realizados. Actualmente, su situación económica no es muy boyante, pero guardo la confianza de que algún día llegará a ser rico y famoso.

—En pocas palabras —dijo Mason, sonriendo—, que usted le ama y que, según sospecho, su marido ha tratado por todos los medios de localizarlo.

—Exacto. Ha intentado localizarle, poniendo en juego cuantos recursos tenía en sus manos. Últimamente, decidió contratar los servicios de unos detectives. Cuando lo supe, me desesperé. Consideraba difícil guardar durante mucho tiempo mi secreto, viéndome sometida a una constante vigilancia. Entonces comprendí que sólo me quedaba una salida.

—¿Hacerse con una mujer que la reemplazara?

—Más que eso: crearme una personalidad enteramente nueva para ocultarme tras ella. Tenía la seguridad de que mi marido, por orgullo, jamás se acercaría a mí. Dado su carácter, debe aspirar a verme regresar al hogar contrita y llena de arrepentimiento. Estará convencido de que, tarde o temprano, así tiene que suceder y que yo acabaré por ceder ante la falta de dinero. Pero Orville ignora que yo no soy mujer que venda mi dignidad por unas monedas. Prefiero morirme de hambre antes que volver a su lado.

—No creo, a juzgar por su aspecto, que llegue a pasar por tan duro trance —observó Mason sonriendo.

Helen Reedley hizo caso omiso de la interrupción, y continuó:

—Cuando dejé a mi marido no contaba con mucho dinero. Estaba segura de que él no ignoraba esta circunstancia. Pero decidí no andar con timideces ni someterme a una rígida disciplina económica, viendo como mi escaso capital se agotaba paulatinamente. Entonces, empecé…

—¿A jugar?

—Sí.

—¿Ha especulado en la Bolsa? ¿O se ha dedicado a los simples juegos de azar?

—A esto último. He tenido suerte, gané algún dinero, y, entonces me retiré; mejor dicho, no he abandonado completamente el juego, pero si he cesado de arriesgar sumas importantes. Gané una cantidad lo suficientemente grande como para invertirla. Me convencí de que con la compra y venta de fincas podía ganar bastante dinero y empecé… Bueno, no creo que tenga necesidad de entrar en más detalles, porque si mi marido adivinara lo que he estado haciendo…

—Sus negocios no me interesan. Lo único que desearía saber es cómo averiguó que su marido se disponía a vigilarla.

Helen sonrió.

—Es muy sencillo. Como ya le he dicho, gané dinero en el juego; una cantidad inicial elevada que me permitió no seguir arriesgando sumas importantes. Durante estas andanzas, me gané la amistad y el respeto de las personas que formaban mi partida, gente acostumbrada a tratar con individuos que intentan hacer su fortuna en el juego y que constantemente se queman las alas. La mayoría de los jugadores pierden lo que antes han ganado, arrastrados por una ambición excesiva.

—¿Le gusta también a su marido jugar? —preguntó Mason.

—Sí, pero no ocurre a los lugares que yo suelo frecuentar. Es un apasionado jugador de *póker* y juega bastante fuerte en una partida de profesionales. En una de estas sesiones, le preguntó a uno de ellos, las señas de una agencia de detectives en que se pudiese confiar ciegamente, y éste le recomendó la *Interstate Investigator*. Un amigo mío que formaba parte de la partida oyó la conversación y al día siguiente, me buscó para decirme que sospechaba que mi marido tenía la intención de hacerme vigilar.

—¿Y Hines? ¿Qué papel desempeñaba en el asunto?

—A Hines también lo conocí en este ambiente de juego; me lo presentó una amiga que vive en el mismo edificio donde tengo mi departamento y, según ella, era un individuo capaz de hacer cualquier cosa por dinero pero que, en cierto modo, cumplía fielmente sus compromisos.

—¿Fue usted la que le propuso el plan?

—Exactamente. Hines no tenía la menor idea de lo que yo me proponía hacer. Sólo sabía que deseaba ocultarme por algún tiempo, dejando a otra persona en mi lugar. Hines tenía entrada libre a la casa sin vivir efectivamente en ella, y ése fue el motivo de que me fijase en él. Se comprometió a alquilar los servicios de una mujer que respondiera exactamente a mis características físicas. Si algún amigo mío se decidía a visitarme en el departamento (cosa poco probable, ya que había advertido a todas mis amistades que nunca fueran a mi departamento sin antes telefonearme), se le contestaría que yo había salido y, en caso de que alguien telefonease, que yo volvería a llamarle dentro de media hora. El recado era transmitido a Hines, quien, a su vez, me avisaba diciéndome el nombre de la persona que había llamado. De este modo, podía ponerme tranquilamente en contacto con ella desde aquí, sin que nadie pudiese quedar informado que no lo hacía desde mi departamento.

—¿Pensaba prolongar por mucho tiempo este estado de cosas? —preguntó Mason.

—Proyectaba hacerlo hasta que mi marido se convenciese de que yo llevaba una vida recatada, acompañada a todas horas por una dama de compañía, y que sólo de vez en cuando iba a cenar con Bob Hines. El perfecto cuadro de la mujer del César.

—¿Creía poder engañar así a su marido?

—Seguro.

—¿Por qué?

—Así se lo harían ver los informes de la Agencia. Cometí un gran error al franquearme, en principio, con mi marido, y no estaba dispuesta a reincidir. Mi plan era el siguiente: Cuando él estuviese plenamente convencido de que yo llevaba una vida retirada y solitaria, compartida exclusivamente con mi dama de compañía, le diría que me sentía arrepentida del paso dado, y que sólo aspiraba volver a su lado. Mi actitud le arrastraría indefectiblemente a presentar demanda de divorcio, pasadas las veinticuatro horas.

—Robert Hines me produjo la impresión de ser un pequeño oportunista.

—Así era, en efecto.

—Probablemente, no era hombre de moral muy rígida —sugirió

Mason.

—¿Por qué lo dice?

—A mi juicio, su asociación con él no hubiese resultado tan sencilla como usted parece creer.

—¿Qué insinúa?

—Que Hines pudo muy bien haber accedido dócilmente a su plan, mientras solapadamente investigaba por su cuenta, para averiguar el motivo exacto de que usted buscase que alguien la sustituyese durante un cierto tiempo.

El rostro de Helen Reedley cobró súbitamente una expresión medrosa. No obstante su tono conservó la entereza habitual, al decir:

—No creo que pudiese temer nada en ese sentido. Hines era un individuo dócil al dinero.

Mason sonrió.

—Creo que ya no es usted franca conmigo, señora Reedley. Mi observación sobre Hines ha dado en el blanco. Ésta al menos es mi impresión.

—Se equivoca. Precisamente, antes de contratar sus servicios, consideré la posibilidad que usted ha apuntado.

—En mi opinión —continuó Mason con suavidad—, no creo que si Hines encontró respuesta al enigma que lo soliviantaba, retrocediese después ante la perspectiva de hacer valer su descubrimiento. Teniendo en cuenta sus escasos medios de fortuna, llama indudablemente la atención considerar lo bien provista que tenía la cartera el día que lo asesinaron.

—¿Qué cantidad llevaba? —preguntó ella.

—Algo más de tres mil dólares.

—¡Dios mío! Bueno, ya le dije que lo había conocido en un ambiente de jugadores, y usted ya sabe que estos individuos siempre guardan todo su dinero donde, en cualquier momento, puedan tenerlo a mano. Conozco a varios de ellos que llevan en la cartera sumas diez veces mayores.

Mason hizo caso omiso de aquellas palabras, y continuó:

—Resulta interesante la idea de considerar que Hines hubiese comenzado a investigar por su cuenta. Considerando su situación, no cabe duda de que estaba capacitado para conseguir informes que los detectives jamás hubiesen logrado. Dos alternativas tenía en sus

manos: venderse a su marido, o amenazarle a usted con esta posibilidad, haciéndole chantaje de su silencio.

—¡Jamás le habría pagado un céntimo a un chantajista!

—Entonces, admitiendo que él hubiese recurrido a esta medida, ¿qué habría hecho usted?

—Yo… yo…

—¿Habría preferido tal vez matarlo?

—¿Insinúa que yo asesiné a Robert Hines? —preguntó Helen Reedley con indignación.

—Trato simplemente de apuntar posibilidades bien definidas. Podríamos decir que estoy explorando el terreno —respondió Mason, con entera tranquilidad.

—No es un modo muy gentil de corresponder a mi franqueza.

—Me pregunto, en este momento, qué le habrá impulsado a ser franca conmigo.

—Usted, señor Mason, es un buen psicólogo y no debería costarle tanto esfuerzo comprender el motivo. Mi franqueza viene a ser una especie de homenaje a su reconocida habilidad para vencer las resistencias ajenas. Como habrá observado, en principio, me opongo obstinadamente a franquearme, y cuando cedo lo hago de un modo brusco y de buen talante, como si súbitamente se me hubiese ocurrido otro plan para abordar el asunto —Mason asintió levemente con la cabeza, sin dejar de mirarla y la mujer continuó—: Pero acaso haya algo más en el fondo. Soy una mujer esencialmente femenina y hay algo sutil en usted que me atrae, como ocurría con mi marido cuando le conocí por primera vez. Es algo instintivo. Ante un hombre de relevante personalidad, después de una resistencia más o menos larga, siempre termino por ceder. Por eso he acabado por serle absolutamente franca, poniendo las cartas boca arriba.

—Franca hasta un extremo desconcertante —comentó Mason—. Cuando estuvo ayer en mi oficina, ¿llevaba un revólver en su bolso?

—Eso es una tontería, señor Mason.

—¿Lo llevaba? —insistió el abogado.

La mujer intentó decir algo, pero, de súbito, miró a su interlocutor de un modo franco y declaró:

—Sí.

—¿De qué calibre?

—Treinta y ocho —informó Helen, tras un instante de vacilación.

Mason se echó a reír.

—¿No me cree?

—Yo opino que el calibre de ese revólver era treinta y dos —dijo Mason—. ¿Qué hizo con él?

—Lo tiré.

—¿Dónde?

—En un sitio donde jamás lo encontrarán.

—¿Por qué lo hizo?

—La razón me parece obvia. Un hombre había sido asesinado en mi departamento, y existía la posibilidad de que la policía me interrogara. Usted me parece, señor Mason, lo suficientemente perspicaz para que le informe de más detalles.

Perry Mason se alzó, empujando la silla hacia atrás.

—Gracias por sus informaciones, señora Reedley, y lamentó no poder pagarle en la misma moneda. No obstante, creo que le podré proporcionar un dato interesante.

—¿Cuál?

—¿No ha estado nunca en el departamento de su esposo?

—No.

—¿Pero sabe dónde vive?

—Sí.

—Es un piso amueblado con un gusto exquisito —dijo Mason—. Sólo una persona de espíritu refinado o un experto decorador podrían haberlo arreglado de aquella forma. Las ventanas tienen persianas venecianas. Cuando el señor Drake y yo visitamos a su marido, le hicimos pasar por momentos bastante enojosos. En el curso de la entrevista, su marido se dirigió hacia una de las ventanas que dan a un patio y, con el pretexto de mirar el exterior, dispuso la persiana de tal modo que cualquier persona que viviese en uno de los departamentos del otro lado del patio podía ver lo que ocurría dentro del salón donde nos encontrábamos. Segundos más tarde, sonó el teléfono, y su marido sostuvo una enigmática conversación con el invisible comunicante.

En la mirada de Helen Reedley se reflejaba un profundo interés. Mason continuó:

—Cuando salimos, una vez en la calle le expuse a Drake mi

opinión de que su marido tenía un carácter turbulento y nada contemplativo, y que me extrañaba que un hombre así hubiese podido amueblar y decorar aquel salón en tan perfecta armonía de líneas y colores.

—¿Y bien…? —alentó Helen Reedley.

Mason se encogió de hombros por toda respuesta.

—Como usted debe saber muy bien, un jugador no necesita que le digan mucho para comprenderlo todo. A veces, basta con un simple parpadeo.

Mason le hizo una seña a Drake, a tiempo que se dirigía hacia la puerta. Helen Reedley se levantó y cruzó la habitación, con su mano extendida.

—Señor Mason, usted es un hombre muy inteligente y me temo que también un terrible adversario.

—¿Por qué podría considerarme un adversario?

La mujer trató de decir algo, pero se contuvo a tiempo y se limitó a sonreír, diciendo:

—No he querido decir que le considere mi adversario. Trataba solamente de comentar su carácter de un modo impersonal. Gracias por su visita, señor Mason, y hasta otro rato. Y a su amigo, el señor…

—Drake —completó Paul.

—Gracias también por su ayuda.

—¿Ayuda? —indagó Drake con extrañeza.

—Usted no me ha importunado en ningún momento. ¡Buenas tardes!

Capítulo 14

Perry Mason entró en su despacho particular, colgó el sombrero y le dijo a Della Street:

—Póngame en comunicación con Harry Gulling lo más pronto posible. Infórmeme, de paso, de las novedades.

Della habló a tiempo que hacía girar el disco:

—Han subido la correspondencia. Ahí tiene las cartas. Las dos o tres de arriba requieren inmediata contestación.

El abogado cogió las dos primeras cartas del montón y les echó una ojeada.

—Bueno, ya enviaré un telegrama.

Della Street le hizo una seña, indicándole el teléfono, y Mason se hizo cargo del auricular.

—¡Diga!

—Buenos días, señor Mason —la voz de Gulling no sonaba más efusiva que un trozo de hielo golpeando contra las paredes de un vaso—. Lamento que no haya tomado en consideración mi ultimátum.

Mason sacó el reloj de su bolsillo.

—¿De qué me está hablando usted? Todavía faltan tres minutos para las doce, y mi cliente ya debe haberse presentado a la policía.

—No se presentó —corrigió acremente Gulling—. Fue detenida.

—¿Qué me dice?

—Como era de esperar, la muchacha nos ha contado una historia bastante ingeniosa, preparada cuidadosamente de antemano, para el caso de que no tuviese escapatoria —continuó Gulling—. Usted, por lo visto, está dispuesto a arriesgarse en este juego, pero no olvide, señor Mason, que quien tal hace corre el peligro de perder.

—No comprendo.

—Usted corrió ese albur.

—No creo.

—Tal vez no quiera conformarse, pero la realidad es que ha perdido. Usted sabía perfectamente a lo que se exponía.

—Me parece que si se esfuerza en averiguar lo sucedido —le dijo Mason—, llegará a la conclusión de que Eva Martell se presentó espontáneamente antes de las doce en la Jefatura de Policía, en donde bajó de un taxi para entregarse.

—Por supuesto que se presentó, pero no llegó en un taxi, sino detenida por un patrullero, que la reconoció cuando marchaba por la calle donde vive con Cora Felton, y en el momento en que se dirigía, en coche, al aeropuerto.

—¡Cómo usted quiera! Me consta que aquel taxi se dirigía a la Jefatura.

—Sí, desde luego eso fue lo que ella, le dijo al policía que la detuvo, pero el chófer no declara lo mismo. Además, la marcha del taxi así parece indicarlo.

—¿Qué declara el chófer?

—Que cuando Eva Martell subió al taxi le ordenó que pasara por determinadas calles, sin indicarle, en ningún momento, su destino. El truco ya es viejo. Se le dice a un chófer que pase por tal o cual calle y, así, en el caso de que le sorprendan a uno, todo se reduce a adoptar un aire inocente, y alegar que nuestra verdadera intención era dirigirnos al Cuartel General de Policía. Por lo que a esta Fiscalía se refiere, usted, señor Mason, era el responsable de que su cliente se entregara antes de las doce. Ya se han producido demasiadas extralimitaciones legales en los casos en que usted se ha dignado asumir la defensa de la parte contraria, y no estamos dispuestos a darle más oportunidades. Le concedimos un plazo que expiraba a las doce, para que nos trajese aquí a esa muchacha, cosa que a nuestro modo de ver usted no cumplió, al punto de creer más bien que su cliente intentaba dirigirse al aeropuerto.

—¡Pero eso no es justo!

—Me limito a informarle de las condiciones de nuestro convenio, señor Mason.

—¡Está bien! —replicó Mason indignado—. Le diré algo más: hagan ustedes lo que quieran. Por mi parte, estoy decidido a hacerme cargo de la defensa de Eva Martell y de Adela Winters, con

ánimo de proporcionarles a ustedes la mayor sorpresa de su vida.

—¿Que va a defender a Adela Winters? —indagó Gulling, sin poder disimular su asombro.

—¡Ya se lo he dicho! —respondió Mason—. El modo más eficaz de sacar de este lío a Eva Martell es asumir sin la menor vacilación la defensa de Adela Winters.

—Esa mujer no tiene defensa posible.

—Es una opinión.

—Perfectamente, señor Mason —la voz de Gulling denotaba ahora una manifiesta satisfacción—. Hasta la fecha, cuenta usted con un número bastante considerable de triunfos en defensa de inculpados por delitos criminales. Nada podría ser más agradable para esta Fiscalía que saber que usted se decide a representar a Adela Winters. Tendré sumo gusto en disponer los trámites para que pueda entrevistarse con su cliente cuando le plazca. Por lo que a usted concierne directamente, informaré al Jurado de que tenía con esta Oficina un compromiso verbal que no se dignó cumplir. Otra cosa: hay también una mujer llamada Mae Bagley, a quien no le vendría mal su ayuda profesional.

—¿Por qué?

—Regenta la pensión en donde, según el chófer, fue a buscar a Eva Martell. Mae Bagley asegura que ella jamás ha visto a esta señorita y que nunca le ha alquilado un cuarto. Hemos decidido citarla para que comparezca ante el Jurado. Tal vez usted pueda informarla ampliamente de las penas que solemos aplicar por perjurio.

—¡Magnífico! —exclamó Mason—. Hágala venir a mi despacho y ya le asesoraré convenientemente. Si me decido a ser su abogado, le explicaré lo que realmente significa la ley.

—¿Qué quiere insinuar?

—Que mi concepto de ella tal vez pueda diferir del suyo.

—Antes de que haya terminado con ese asunto —le amenazó secamente Gulling—, tendrá que hacer una completa revisión de su concepción legal sobre el peligro que supone tratar de escamotearnos un sospechoso de delito.

—Eso hay que probarlo —le desafió Mason—, y probarlo ante el Jurado sin que haya lugar a la más mínima duda. Y la próxima vez, trate de colaborar algo más con la defensa —terminó el abogado,

cortando bruscamente la charla.

—¿Qué pasó, jefe? —indagó Della Street, mirando a Mason con ojos preocupados.

—Tal vez se trate de una casualidad —comentó Mason—, pero es evidente que alguno de los policías que interrogaron ayer a Eva Martell, pasó por la calle y la reconoció cuando ella cruzaba en un taxi. La muchacha cometió el error de no decirle al chófer que se dirigiese directamente a la Jefatura, posiblemente por vergüenza. Se limitó a indicarle las calles, con la intención, seguramente, de ordenarle que parase a cierta distancia de la Jefatura, adonde pensaría encaminarse a pie. Una torpe medida, dictada por el orgullo.

—¿Pero Gulling lo habrá comprendido así?

—Ese hombre sólo aspira a comprender los hechos, aplicando la ley al pie de la letra —dijo Mason—. Además, según parece, le encanta la idea de hacerme aparecer como cómplice. Se basará seguramente, argumentando que yo me aprovecho de cuántas ventajas técnicas concede la ley, sin que haya razón para que la Fiscalía del distrito no emplee contra mí las mismas artimañas.

—¿Insinúa que se disponen a acusarle de algo?

—Tal vez. En todo caso tratan de esgrimir esta amenaza. Pero no podrán acusarme de lo más mínimo, mientras no demuestren que yo escondí deliberadamente a Eva Martell.

—¿Qué hace esa muchacha?

—Según parece, sigue mis instrucciones y no despega los labios, fuera de afirmar ante el policía que la detuvo que marchaba camino de la Jefatura para entregarse.

—¿Y no teme que hagan hablar a Mae Bagley?

—¡Pero si ya está hablando! —contestó Mason, sonriendo maliciosamente—. Les ha informado de que jamás ha visto a Eva Martell, a quien, desde luego, nunca le alquiló ninguna pieza.

—Pero eso es incurrir en perjurio, ¿no?

—No, mientras no haga su declaración bajo juramento —explicó Mason—. Tendrán que demostrar que lo es sin la menor sombra de duda, y ante un Jurado. Además, en este asunto hay un aspecto que el señor Gulling parece haber olvidado.

—¿Cuál?

—Hacen falta dos testigos que confirmen el delito de perjurio.

—¿Lo sabe Mae Bagley, jefe?

Los ojos de Mason brillaron de malicia.

—Creo que lo sabe perfectamente.

—¿De qué se le acusaba cuando usted la defendió, sacándola libre de todo cargo?

Perry Mason encendió un cigarrillo, y le guiñó un ojo maliciosamente.

—¡De perjurio!

Capítulo 15

La Prensa de la mañana de aquel lunes ofrecía un interés particular para Perry Mason. Sentado en su despacho, el abogado leía el sensacional reportaje que uno de los diarios publicaba en su primera página, bajo este destacado titular:

LAS DOS MUJERES ACUSADAS DEL ASESINATO DE HINES, SERÁN DEFENDIDAS POR PERRY MASON

El astuto abogado se dispone a defender a Adela Winters y a Eva Martell. El Departamento de Defensa y Fiscal trata de investigar la responsabilidad de Perry Mason en el ocultamiento de su cliente.

En los últimos días de esta semana se han producido, con vertiginosa rapidez, ciertos acontecimientos relacionados con el asesinato de Robert Dover Hines. Perry Mason, el notable criminalista, cuyos éxitos le han convertido en una figura casi nacional, ha anunciado públicamente su designio de tomar la defensa de Adela Winters y de Eva Martell. La respuesta del Departamento de Defensa Fiscal, fue convocar a Mae Bagley, gerente de una pensión, ante un Jurado extraordinario, celebrándose anoche la sesión. La policía afirma que en la noche del día de autos, Perry Mason, se ingenió para escamotear a Eva Martell y mantenerla oculta hasta tenerla debidamente aleccionada de lo que debía decir, mejor dicho, de lo que no debía decir.

Según parece, Mae Bagley declaró ante el Jurado, diciendo que asumía el cargo de gerente de una respetable pensión, que siempre había cumplido con todos los requisitos legales, añadiendo que jamás había visto a Eva Martell, a quien, mucho

menos, le había alquilado una habitación.

Se le respondió que el chófer del taxi, en donde la policía encontró a Eva Martell, aseguraba que fue llamado desde la pensión que regenta Mae Bagley y que, una vez allí, recogió a su pasajera. La señorita Mae Bagley se defendió diciendo que el chófer se había equivocado, indicando que por aquel lugar existen varias pensiones y que, desde cualquiera de ellas, se puede llamar fácilmente a un taxi, con la indicación de que espere frente a una puerta determinada, sin que por ello tenga necesariamente el pasajero que vivir allí. Mae Bagley se permitió una pequeña broma ante el Jurado, indicando que también ella podría llamar a un taxi para que pasara a buscarla a la casa del Fiscal, consiguiendo con ello fácilmente darle la impresión al chófer de que habita pasado allí toda la noche, experiencia que, desde luego, no estaba en su ánimo vivir.

Tal declaración tuvo la virtud de provocar ciertas risas entre los miembros del Jurado y que de Harry Gulling, a cuyo cargo corre la acusación, se viene derrotado en toda la línea, sin que sus repetidas amenazas, surtiesen ya el menor efecto en la testigo.

Por lo que respecta a las dos principales acusadas, Gulling señala que, de acuerdo con la declaración jurada de Eva Martell, ésta permaneció todo el día de autos con Adela Winters, sin separarse un minuto de ella. Gulling señala que Robert Hines fue asesinado con un revólver propiedad de Adela Winters, arma que, según un testigo presencial, fue escondida por la acusada en el cubo de la basura de un hotel, poco después del delito. Cuando se procedió a la detención de Adela Winters, se encontró en su poder la cartera de Hines. Además, el asesinato fue cometido en un departamento, en donde ocasionalmente vivía Adela Winters. Gulling declara que si Perry Mason logra dar una explicación convincente de todos estos hechos probando claramente la inocencia de sus clientes, entonces —citando las propias palabras del fiscal— más valdría que tirásemos al cesto de los papeles inútiles los códigos, que entregásemos las llaves de la cárcel a Perry Mason, extendiéndole de paso una autorización para que sus clientes puedan desde ahora dedicarse libremente a cometer un delito diario como mínimo.

No es un secreto para nadie que se trate de una batalla de

potencia a potencia. Según se rumorea, Gulling es quien organiza y dirige el ataque desde la Oficina de la Defensa Fiscal, dispuesto esta vez a derrotar a Perry Mason. Aunque sólo de tarde en tarde, haga acto de presencia en los Tribunales, Gulling tiene fama entre la gente de leyes, de poseer una inteligencia viva y metódica, amén de un conocimiento enciclopédico de la ley.

Tanto la acusación como la defensa han manifestado su deseo de proceder lo más pronto posible a la vista de la causa y, según parece, Gulling, ansioso de dar por terminado este caso, y a fin de obviar todos los obstáculos legales para presentar una demanda contra Perry Mason, ha indicado para la celebración del juicio una fecha vacante por el aplazamiento de otra causa. Además, se rumorea…

(Continúa en la página 11)

El abogado no se tomó la molestia de buscar la página donde se continuaba el reportaje. Dobló el periódico, que abandonó sobre la mesa, dirigiéndose seguidamente a Della Street.

—Quisiera escribir una carta —le dijo.

Della requirió su *block* de notas y cogió el lápiz.

—No hace falta que la ponga a máquina —le indicó Mason—. Escríbala a mano, en un papel ligeramente perfumado. El texto es el siguiente: «Estimado señor Mason: espero que no considere que haya cometido un error al declarar ante el Jurado que jamás he visto a Eva Martell. Los acontecimientos se precipitaron de tal modo que no tuve tiempo de recapacitar lo que decía, sin que, al mismo tiempo, estuviese segura de lo que me convendría hacer en tales circunstancias. Ahora recuerdo que la última vez le vi, usted me dijo que deseaba que dispusiese para ella de una pieza donde… Pero creo preferible seguir escribiendo en nuestra clave habitual».

Della Street miró sorprendida a su jefe, alzando las cejas con gesto interrogativo.

—Ahora —dijo Mason—, tratemos de inventar una clave que nadie pueda descifrar.

—¿No cree que para los técnicos no existen claves indescifrables?

—Por supuesto —admitió Mason sonriendo—, …siempre que, efectivamente, se quiera decir algo en lenguaje cifrado. Dudo de

que esta clave la adivine nadie. Llene el espacio que quede en el papel con letras y números, mezclados a su capricho y separados en grupos de cinco signos. Cuide de que cada grupo contenga a la vez números y letras. Cuando termine de hacerlo firme al pie: «Mae» y tráigame la carta.

—¿Sin apellido?

—Sí; sólo Mae.

—¿Qué intenta hacer, jefe? ¿Una prueba que le ponga la soga al cuello?

—Justamente —confirmó Mason—. Cuando haya terminado de escribir la carta, vaya al Banco y tráigame setecientos cincuenta dólares en billetes grandes. Y tenga buen cuidado —advirtió a la secretaria, cuando ésta se dirigía ya a la puerta— de que los caracteres de la carta sean inconfundiblemente femeninos.

—¿Algún tipo especial de papel? —preguntó Della.

—Supongo que a Mae le gustaría comprar una caja de papel de escribir de un rosa pálido o algo por el estilo. ¡Y no se olvide de que esté perfumado!

—No lo olvidaré —prometió Della, saliendo seguidamente del despacho.

Minutos más tarde, Paul Drake llamaba del modo peculiar y convenido en la puerta del despacho privado de Mason. El abogado se levantó para abrirle.

—¿Qué tal, Paul? ¿Alguna novedad?

—Bastantes —dijo Drake—. Cuando entré en mi despacho, me encontré con un surtido bastante considerable.

—¿Importantes?

—Al menos, así me lo parecen a mí.

El detective se dirigió a un mullido sillón, que ocupó adoptando su postura favorita: las piernas colgando sobre un brazo de él y la espalda apoyada en el otro.

—Escucha esto, que es divertido —anunció Drake—. La noticia procede directamente de la Jefatura de Policía, y que me ahorquen si sé lo que significa.

—Suéltala.

—Como sabes, actualmente los Bancos llevan un control secreto de todos los billetes grandes que entregan. En cuanto un cliente solicita billetes de esta clase, registran sigilosamente las series y

números correspondientes. Por ejemplo, los de a cien dólares aparecen ordenados cuidadosamente y cuando un cliente solicita diez billetes de a cien dólares, el cajero entrega los primeros del montón, anotando después los números correspondientes. De este modo, se tiene conocimiento exacto de quien se llevó estos billetes.

Mason asintió con un ademán, y Drake continuó:

—Bueno, pues en la cartera de Hines, como recordarás, había veintiún billetes de a cien. No creo que la policía haya seguido esta pista y, probablemente, ni lo intentará, considerando que provenían de distintas fuentes. Pero la verdad es que cinco de ellos fueron sacados del Banco por Orville L. Reedley.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—Pues, considerando las cosas desde ese punto de vista —comentó Mason, tras unos segundos de meditación—, lo que se impone es comprobar la coartada de Reedley. Tenemos que averiguar dónde se encontraba en el momento en que se cometió el asesinato. Al fin y al cabo, es un hecho comprobado que se sentía terriblemente celoso de su mujer y…

—Su coartada es perfecta —informó Drake—. La policía ya le ha interrogado a conciencia. Aquel día, almorzó con el gerente local de la *Interstate*. Del restaurante marcharon juntos a la agencia, en donde estuvieron hasta cerca de las tres y media, disponiendo el plan mediante el que Reedley esperaba poder coger *in fraganti* a su mujer. A propósito, creo que el hombre ya se barruntaba que le jugaban sucio. A mi juicio, Helen Reedley exageró la nota. El truco de la dama de compañía era algo demasiado extremado para tragárselo impunemente.

—Pero con arreglo a tu descubrimiento, tiene que haber existido alguna relación entre Reedley y Hines.

—Eso es lo que la policía sospecha también. Siguen interrogando a Reedley. Cuando terminen, averiguaré si han sacado algo en limpio.

—¿Pero por qué había de pagarle Reedley a Hines? La respuesta inmediata que se ofrece es que la víctima debía haber estado traicionando a Helen. Claro que no tenemos ninguna prueba confirmativa en este sentido y habría que… ¡Espera un momento, Paul! Creo que ya lo entiendo.

—¿Qué?

—¿No recuerdas que Reedley también es amigo de tirar de la oreja a Jorge? Precisamente fue en el curso de una partida de juego, cuando le preguntó a alguien si conocía alguna agencia de detectives. Sabiendo que Hines también era jugador, se puede admitir que la víctima fue testigo de la escena. Según parece, Reedley no conocía a Hines. Tal vez el dinero pasase a manos de éste durante el juego.

—¿Cómo? —preguntó Drake.

—Espera. Trato de imaginarme la escena. Probablemente, el jugador a quien le preguntó por la agencia, era a la vez amigo de Helen Reedley, de quien estaba enamorado. Le dijo a Helen que su marido pensaba encargar a unos detectives que la vigilasen, pero privadamente quería saber el por qué de aquella vigilancia y, entonces, posiblemente se puso en contacto con Hines para que éste tratase de averiguarlo por su cuenta. En pago de este servicio, le entregó un dinero que, por una ironía del destino, le había ganado al propio Orville Reedley.

—Es posible —admitió Drake—. Pensándolo bien, la cosa parece bastante lógica.

—Yo también lo creo probable. ¿Cuándo sacó Reedley del Banco esos billetes?

—Hará aproximadamente una semana. Cobró un cheque de cinco mil dólares y solicitó que se lo pagasen en billetes de a cien. El Banco anotó la serie y el número de éstos. Ya debes figurarte el motivo; de estas anotaciones de los bancos se vale el gobierno para descubrir a las personas que tratan de evitar el pago de los impuestos. En este sentido, Reedley no es sospechoso. Pero el Banco registró los billetes en cumplimiento de un trámite formulario. Y esto es todo, Perry. En mi opinión deberíamos dejar este asunto en manos de la policía. Orville Reedley no podrá aclararles cómo llegaron aquellos billetes a manos de Hines, en primer lugar, porque lo ignora y, en segundo, por elemental precaución.

—¿A cuento de qué esa preocupación?

—Los perdió jugando. Imagínate que se atreviese a decirle eso a la policía. Inmediatamente ésta le preguntaría con quién jugaba, solicitando los nombres de los jugadores. Te consta que los infelices que se van de la lengua, dando informes a la policía sobre los

jugadores profesionales, difícilmente consiguen hacerse con un seguro de vida ni pagando por él una verdadera fortuna.

—Tienes razón —dijo Mason—. Dejemos por ahora, que la policía se entretenga con Orville Reedley. ¿No era Daphne Gridley el nombre de la dama actual de sus pensamientos?

—Así, al menos, parece.

—Cuídate de que la policía llegue también a saberlo.

—Ya has lanzado a su mujer sobre esa pista.

—Pon también a la policía sobre ella —sonrió Mason—. Siempre conviene entretener a las autoridades con alguien que pueda pasar, por sospechoso.

—¡Está bien, Perry! Echaremos a Daphne Gridley a los lobos.

—¿Qué más has averiguado?

—He logrado identificar al amante de Helen Reedley.

—¿Quién es?

—Un tal Arthur Clovis.

—¿Cómo diablos pudiste conseguirlo, Paul?

—Por las anotaciones telefónicas que tomó Frank Holt.

—Aguarda un poco. Paul. ¿Estaba ese número en aquella lista?

—Ya te lo he dicho.

—Esos números los tomó Frank en casa de Carlota Tipton, figurando entre ellos el del teléfono de Hines, ¿no?

—Exacto.

—¡Qué raro! Yo suponía que Hines no debía conocer a ese hombre.

—Así lo creía yo también, pero la realidad es que el número estaba allí.

—¿Y cómo averiguaste que correspondía al teléfono del amante de Helen?

—Tuvimos suerte. Mis hombres andaban investigando aquellos teléfonos y, cuando uno de ellos rondaba el departamento de Arthur Clovis, Helen Reedley se presentó en él. Mi agente que no tenía la menor idea de quien podría ser aquella mujer, me la describió y, entonces, caí en la cuenta de que se trataba de la mujer de Orville.

—No hay que fiarse mucho de las descripciones que nos hacen de una persona —le hizo notar Mason—. ¿Recuerdas lo fácil que fue encontrar una serie de muchachas morenas del mismo tipo?

—Ya lo sé, pero Helen Reedley posee una cualidad que salta a

simple vista. Después de describírmela físicamente, mi agente la calificó de mujer temperamental, lo que me dio la seguridad de no equivocarme.

—Está bien. ¿Y quién es ese Arthur Clovis? ¿Qué hace?

Drake sonrió mientras sacaba de su bolsillo la pitillera. Finalmente, habló.

—Trabaja en un banco.

—¿En cuál?

El detective encendió su cigarro, apagando el fósforo con deliberada lentitud.

—En el mismo en donde tiene su cuenta Orville Reedley.

—¡Caramba! ¿Y qué hace allí?

—Es ayudante del cajero. Se trata, evidentemente, de un excelente muchacho, un tipo de ojos soñadores. Logramos averiguar que últimamente trata de hacer economías para ver de instalarse por cuenta propia.

—¿Entonces debe conocer bastante bien a Orville Reedley?

—Seguro. Probablemente se hace cargo de sus depósitos y le paga los cheques.

—¿Crees que fue él quien se hizo cargo del cheque de Reedley, registrando la serie y número de los billetes?

—Bien pudo ser así.

Mason meditó con las cejas fruncidas.

—Valdría la pena reflexionar sobre este punto, Paul. El detalle de que Hines tuviese el número de Arthur Clovis, parece indicar que el hombre llevaba a cabo investigaciones por su cuenta. Aparentemente, en manos de Helen Reedley, Hines era un instrumento dócil e inofensivo, pero, en realidad, el hombre preparaba su jugada. Debió hacerse con ese número de teléfono después de un minucioso registro del departamento de Helen Reedley. Creo que las cosas se van aclarando. Helen le debió entregar las llaves del departamento para que dispusiera del modo más convincente el negocio de su doble. Pero Hines debió aprovecharse de ellas para entrar en el departamento y registrarlo de arriba a abajo cuando no había nadie en él, con ánimo de lucrarse con algún imprevisto descubrimiento. Supongamos ahora que el jugador que le dio el soplo a Helen Reedley, esté enamorado de ella. ¿No tienes ideas de quién puede ser?

—No. Sólo sé que a Hines se le vio varias veces con un tal Carl Orcutt —informó Drake—. Orcutt le encargaba pequeñas tareas a comisión.

—Infórmate de la vida de ese Orcutt.

—Será difícil. Mis agentes se resisten a acercársele. Es un tipo de un carácter endemoniado y quien se crece en su camino puede muy bien ser candidato al hospital.

—Bueno, procura hacer lo que puedas. Otra cosa: ¿cómo Helen Reedley visitó hoy a Arthur Clovis? ¿No trabajaba en el banco?

—¡Oh! El hombre parece que está enfermo y tenía permiso. Posiblemente se siente angustiado ante la situación en que se encuentra la señora Reedley.

Mason se incorporó del asiento y la emprendió a cortos paseos por la pieza.

—¡Caramba, Paul! El asunto se complica y continuamente surgen ramificaciones. ¿Por qué supones que Arthur Clovis se siente angustiado al pensar en la difícil postura en que se ha colocado su amante?

—Recuerda que ella misma nos habló de lo sensible que es ese hombre. Seguro que está dispuesto a responsabilizarse de todo.

—¿Conversó mucho tu agente con él? —preguntó Mason.

—No habló; es más, ni siquiera le vio. Tal como ocurrieron las cosas, no hubo necesidad de ello. Pensaba fingirse agente de una compañía de seguros y presentarse en el departamento con la excusa de echarle un vistazo a la póliza de Arthur Clovis. Cuando llegó al departamento… Pero déjame que antes te cuente cómo es la casa. Se trata de uno de esos edificios de departamentos sin conserje. En el vestíbulo, hay una serie de timbres. Presionas el correspondiente al piso donde piensas subir, y una señal eléctrica te avisa que la puerta está abierta y que ya puedes hacerlo. También hay en el vestíbulo un micrófono para que el inquilino pueda saber quién llama antes de abrir la puerta. Pues bien, mi agente andaba rondando el edificio antes de llamar, tratando de averiguar el tiempo que Clovis vivía en él. Finalmente, penetró en el vestíbulo y cuando se cercioraba de que el nombre de Clovis figuraba en la lista de inquilinos, una mujer penetró precipitadamente de la calle, presionando resueltamente el timbre del departamento de Clovis. Lo hizo de un modo significativo. Una llamada corta, una larga y

seguidamente dos cortas más. Inmediatamente, funcionó el resorte eléctrico, y la entrada quedó franqueada.

—¿Hace mucho que ocurrió eso?

—Aproximadamente, una hora. El agente me informó de lo ocurrido un minuto antes de venir yo aquí.

Perry Mason guardó un corto silencio, sin interrumpir sus paseos por la habitación. Finalmente, dijo:

—Algo me desconcierta en este asunto, Paul; algo que no encaja…

—¿Qué? —indagó Drake.

—Muy sencillo: El cajero tiene que hacer diariamente el arqueo, dando exacta cuenta, de las salidas y entradas, pero nada le impide escamotear todos los billetes de a cien que desee, substituyéndolos con otros más pequeños y haciendo ver, según la lista, que ha pagado con los que retiró por su cuenta.

—¿Quieres insinuar que los billetes de a cien dólares que Hines tenía en su poder, pueden muy bien no proceder del marido de Helen Reedley?

—No lo sé —respondió Mason—. Pero cuando el cajero dice haber entregado billetes de a cien a un hombre que resultaba ser el marido de su amante, y esos billetes aparecen después en la cartera de un individuo que ha sido asesinado en el departamento de ésta, los hechos se prestan a conjeturas bastante lógicas.

—¡Caramba! —exclamó Drake—. Mirando las cosas bajo ese aspecto, le asaltan dudas al más pintado. Vamos a visitar a ese hombre.

—Antes, desearía esperar a Della. Fue a buscarme algún dinero.

—No le habrás dicho que se lo den en billetes grandes, ¿eh?

—Pues, sí —respondió Mason, sonriendo—. Espero que el Banco anote debidamente la numeración. Aquí la tenemos.

En efecto, Della Street entraba, en aquel momento, en aquel momento, en el despacho.

—¿Qué tal, Paul? Aquí tiene el dinero, jefe.

—Gracias. Ahora escriba esa carta. Yo salgo con Paul y volveré probablemente dentro de una hora.

—Se rumorea que Harry Gulling anda buscándole las cosquillas.

—Déjele que busque lo que le plazca. Es posible que, al final, se lleve una gran sorpresa —contestó Mason.

Capítulo 16

Perry Mason pulsó el timbre que aparecía junto al nombre de Arthur Clovis: una llamada corta, una larga y finalmente dos breves más. Inmediatamente, la señal eléctrica anunció que el cerrojo quedaba descorrido. Drake abrió la puerta.

—¿Cuál es el número? —preguntó Mason.

—El dos, once.

—¿Hay ascensor?

—No lo sé, pero aquí está la escalera.

—Está bien, subiremos a pie.

Ascendieron hasta el segundo piso y, cuando se situaron frente al departamento que buscaban, el abogado llamó suavemente con los nudillos. La hoja se abrió inmediatamente, a tiempo que una voz de hombre decía:

—¿Qué pasa, Helen? ¿Por qué has vuelto?

De súbito, al ver a los dos visitantes, el hombre se interrumpió, contemplándoles con expresión atónita.

Perry Mason le tendió la mano, sonriendo con afabilidad.

—El señor Clovis, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Mi nombre es Perry Mason, y éste es el señor Drake. ¿Podemos entrar?

El abogado se introdujo en el departamento sin esperar respuesta, seguido por la mirada atónita del dueño del piso. Tomó asiento, sonrió y dijo:

—Últimamente, me he entrevistado con la señora Reedley. Supongo que ella ya se lo habrá dicho.

—¿Le ha enviado ella?

El rostro de Mason reflejó profunda sorpresa.

—¿Pero no sabía usted que íbamos a venir?

—No.

—Bueno, cierre la puerta y siéntese. Lo mejor será que hablemos del asunto tranquilamente, sin necesidad de que tengan que enterarse de lo que tratamos los demás inquilinos. Deseo que me informe detalladamente de lo que ocurrió cuando Orville Reedley cobró un cheque de cinco mil dólares. Según parece, fue usted quien anotó la serie y el número de esos billetes.

En el rostro de Arthur Clovis se dibujó una expresión de profundo alivio.

—¡Oh, se trata de eso sólo! El teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios de la Policía Metropolitana, se ha hecho cargo del asunto. Me interrogaron y firmé la declaración.

—¿Fue usted quien pagó el cheque del señor Reedley?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja en el Banco?

—Tres o cuatro años.

—¿Conoce bien a Orville Reedley?

—Sólo como cliente.

—¿Le atiende con frecuencia?

—Sí. Tengo a mi cargo la ventanilla R y Z, y por lo tanto, me corresponde atenderle.

—¿Suele el señor Reedley retirar grandes cantidades de dinero?

—No estoy autorizado a revelar los asuntos de los clientes del Banco, pero si le interesa ese punto, seguro estoy que el jefe de cuentas corrientes, podrá informarle…

—Ya daré ese paso más tarde —le interrumpió Mason—. Ahora, lo que me interesa es indagar ciertos detalles relativos a sus relaciones personales.

—No comprendo.

—Hablaré claro: usted, señor Clovis, parece que se siente enamorado de la esposa de Orville Reedley.

—¡Señor Mason!

—No se altere. Hablemos con serenidad, procurando ceñirnos estrictamente a los hechos.

—Pero es que su observación es…

—… la auténtica verdad —completó Mason, aprovechándose de la vacilación de Clovis.

—Me pregunta algo que maldito si debe importarle. Es usted un

impertinente, señor.

—Ahórrese sus apreciaciones personales, y veamos lo que se esconde detrás de todo esto. Nadie más interesado que usted en que se airee lo menos posible el asunto; perdón, que usted y que la señora Reedley. Poseo pruebas suficientes para saber a qué atenerme y si somos francos nos ahorraremos un tiempo precioso.

—Según entiendo, usted es abogado —observó Clovis con gesto huraño.

—Así es.

—¿Por qué mete las narices en nuestros asuntos privados?

—Trato de ayudar a mis clientes.

—¿Quiénes son esas personas?

—Dos mujeres: Adela Winters y Eva Martell. ¿Las conoce?

—No.

—Motivo de más para que no vacile en contestarme.

—Se trata de algo que no quisiera discutir con nadie.

—Piense que, de verme obligado a ello, puedo convocarle como testigo y que, una vez sentado en el estrado, tendrá que informarme de lo que solicito ante la sala atestada de público.

—No creo que haya ley que me obligue a ello.

Mason encendió un cigarrillo y después de la pausa, dijo con negligencia:

—Reconozco que muchas personas disienten conmigo en cuestiones legales, incluso algunos abogados.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Cuáles eran sus planes? Deseo enterarme del motivo que impulsó a Helen Reedley a buscarse una doble y la oculta razón de que usted sea tan excesivamente discreto en sus relaciones con dicha señora.

—Helen Reedley es una mujer casada y entre nosotros no hay nada…

—Abandonó a su marido.

—En efecto; un individuo violento, con un carácter excesivamente celoso y dominante.

—¿Eran esas las razones que tenía usted para temerle?

—¿Temerlo yo? —preguntó Clovis indignado—. ¡Por todos los diablos! Desde hace lo menos dos meses no aspiro a otra cosa que a encararme con él y el único obstáculo que me ha impedido dar este

paso ha sido precisamente Helen. Es ella la que le teme. Reedley le ha hecho la vida imposible, convirtiéndola en una enferma de los nervios.

—¿Sabía usted que vivía otra mujer en el departamento de Helen Reedley, haciéndose pasar por ésta?

—No.

—Pero, al menos, sabría que Helen ya no vivía en su departamento.

—Ella me dijo que se lo había cedido a una amiga.

—¿Le dio su nueva dirección del hotel?

—Sí.

—¿La visitaba usted allí?

—Sí.

—¿Salía con ella?

—Sí.

—¿Solían concurrir a los restaurantes de costumbre?

Arthur Clovis dio la impresión de ir a contestar afirmativamente, pero, de súbito, debió cambiar de opinión, porque compuso un gesto de extrañeza, y dijo:

—No; últimamente íbamos a otros.

—¿Y no tenía usted la menor idea de lo que estaba ocurriendo?

—En absoluto.

—Eso sería hasta que Hines fue a verle, ¿verdad? —indagó Mason, con una sonrisa.

Arthur Clovis tuvo un estremecimiento como si le hubiesen pinchado con un alfiler.

—¿Hines? —repitió, tratando, al parecer, de ganar tiempo.

—El mismo. Le fue a ver, ¿no es así? —insistió Mason.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—No le importe. ¿Cuándo estuvo a verle el señor Hines? ¡Contésteme!

—La mañana del tres.

—¿Qué quería?

—Pues… no creo que pueda usted creerme, señor Mason, pero sólo digo la pura verdad: ignoro lo que pretendía ese hombre.

—¿Es que no se lo dijo?

—No.

—Tal vez le propusiese verse con usted, más tarde, en otro sitio.

—Tampoco.

—¿No intentó hacerle víctima de un chantaje?

—No creo —respondió Clovis—. Mi impresión es ésta, si bien reconozco que, en determinadas circunstancias, es posible que uno no advierta como se deslizan ciertas insinuaciones dentro de una charla, que tal vez tengan un significado preciso, cuando se sabe…

—¿Podría informarme exactamente de lo que sucedió?

—Pues verá; yo estaba trabajando en el Banco, y Hines se acercó a mi ventanilla. En aquel momento, no atendía a nadie. Cuando me dio su nombre, le indiqué que se había equivocado de ventanilla y que sólo me ocupaba de atender a los clientes cuyos apellidos se incluyesen de la R a la Z. El hombre sonrió y me dijo que dudaba mucho de haberse equivocado.

—¿Qué pasó, entonces?

—Empezó a hablarme de un modo enigmático. No pude comprender muy bien lo que se proponía.

—Recuerda bien lo que dijo.

—Pues algo así como que, tal vez, se viese en la necesidad de que le concediesen un préstamo, girando una letra cuyo aceptante podría ser un cuentacorrentista de los que yo atendía en mi ventanilla. Entonces, le informé que el asunto de las letras corría de cuenta de un departamento completamente distinto al mío. Y él me preguntó: «¿Supongo que usted conocerá a Orville L. Reedley y a su esposa, Helen?». No le respondí en forma directa y persistí en que tendría que informarse en el Departamento de Préstamos.

—¿Qué sucedió, entonces?

—Se dio la vuelta como si ya se marchase, pero, de súbito, volvió a la ventanilla, y sonriendo amablemente, me dijo que ya me conocía de antes o algo por el estilo. Naturalmente, yo le respondí que no le recordaba de nada y, entonces, él, después de informarme de que una amiga suya vivía en los departamentos *Siglet Manor*, me preguntó si no conocía algo de aquel lugar. Me limité a volverle la espalda sin despegar los labios y, entonces, Hines se marchó.

—¿Sabe si se dirigió al Departamento de Préstamos?

—No, no. Marchó directamente a la calle. Le estuve observando.

—¿No le dijo claramente que el aceptante de la letra podía ser Helen Reedley?

—No. Aunque me imaginé que era eso lo que pensaba, o bien,

que el aceptante fuese Orville Reedley.

—¿Sorprendió en su actitud algo amenazador?

—Más que de amenaza, su actitud se revelaba llena de un untuoso aplomo.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—He decidido visitar a Orville Reedley para tratar de hacerle comprender que no puede hacer desgraciada a su mujer, oponiéndole arbitrariamente al divorcio. Espero hacérselo comprender y si no accede por las buenas… No consentiré que nadie me atropelle.

—¿Y está seguro de que Hines no cobró ningún cheque?

—¿Cuándo?

—Pues cuando estuvo en el Banco.

—Eso es absurdo. Ese hombre no cobró ningún cheque, por lo menos, en mi ventanilla. Claro que de haberlo hecho, el dinero se lo habrían pagado en otra. De todas formas, a juzgar por la manera que me habló, no creo que tuviese dinero en el Banco. En realidad, ni me he ocupado de averiguarlo, pero mi impresión es ésa.

—¿Está seguro de no haberle entregado quinientos dólares, informando después a la policía que esa cantidad le había sido entregada a Orville Reedley a cambio de un cheque suyo?

—¿Cómo es posible que se le haya podido ocurrir semejante idea, señor Mason?

—Lo ignoro —respondió Mason, añadiendo con cierta brusquedad—: ¡Y bien sabe Dios que me gustaría saberlo! ¿Está enterada Helen de que usted se proponía hablar con su marido?

—Sí. Le informé de mi proyecto.

—¿Qué le dijo ella?

—Me rogó que no diese aquel paso. Según ella, mi entrevista lo echaría todo a perder, porque su marido jamás consentiría en concederle el divorcio, colocándonos en mala posición.

—Dígame, señor Clovis, circunstancialmente, ¿ha tenido usted alguna vez en su poder una llave del departamento de Helen Reedley?

—Su insinuación es francamente desagradable, señor Mason. Usted no tiene derecho…

—¡Cálmese y responda a mi pregunta! ¿Ha tenido alguna vez en su poder una llave del departamento de Helen Reedley?

—¡Jamás!

—Pues el señor Hines la tenía —observó Mason.

—Trabajaba para ella. Tenía que entrar y salir constantemente, y ella se la dio.

—¿Y usted, eventualmente, no la tuvo? ¿No le pidió en alguna ocasión que subiese a buscar algo que hubiera olvidado?

—¡Nunca! De haber necesitado algo del piso, ella misma hubiese ido a buscarlo, sin ocurrírsele enviarme allí con una llave.

—Sólo trato de aclarar ciertos extremos. Las cosas siguen muy embrolladas, y me esfuerzo por separar los hechos reales de los ficticios. Vine con la esperanza de que usted me prestase su ayuda.

—Yo sólo puedo decirle que Orville Reedley es un hombre de carácter dominante y terriblemente celoso, un ser insoportable. Se ha negado sistemáticamente a concederle el divorcio a su mujer y ha Jurado oponerse a toda demanda que ella pueda presentar. Helen quedó a su merced al declararle que se sentía enamorada de otro hombre.

—¿Hubo testigos de esa conversación?

—No; hablaron a solas. Pero Helen no puede mentir. Si su esposo informara de la conversación ante tribunal, Helen no negaría los hechos. Se puede poner la mano en el fuego, en la seguridad de que de la boca de Helen jamás saldrá una mentira.

Perry Mason guardó unos segundos de silencio y, al final, se dirigió al dueño de la casa.

—Quedamos en que usted estaba en el Banco el día del asesinato, la misma fecha en que Hines se presentó en él y conversó con usted.

Clovis asintió con un ademán de cabeza, y el abogado prosiguió:

—¿Vio usted ese día a Helen Reedley?

—Sí, la encontré en el restaurante donde suelo almorzar.

—¿A qué hora?

—Sobre las doce y media.

—¿Sabía ella que le encontraría allí?

—Pues, la verdad yo…

—¿Se encuentran siempre en este local?

—Sí.

—¿Se sentaron en la misma mesa?

—Naturalmente.

—¿Le informó usted de su conversación con Hines?

—Sí.

—¿Y qué pasó, entonces?

—¿Dejó escapar la señora Reedley algo que le hiciera suponer que le había preocupado la información que usted le diera sobre la charla con Hines?

—No. Sólo me dijo que lo conocía un poco.

—¿A qué hora se separaron?

—Aproximadamente, alrededor de la una y media.

—Según me ha dicho usted, entró en el local a las doce y media. ¿Tarda siempre más de una hora en almorzar?

—Bueno, es que aquel día no me sentía muy bien y había solicitado permiso para no ir al Banco por la tarde. Me dolía la cabeza.

—Ahora dígame la verdad —insistió Mason—. Y le advierto que puedo comprobar la veracidad o falsedad de su respuesta haciendo ciertas indagaciones en el Banco donde trabaja: ¿Cuántas veces ha faltado usted al trabajo por culpa de esos dolores de cabeza, en el curso de esos últimos meses?

Arthur Clovis vaciló en contestar y finalmente, guardó silencio.

—La tarde del tres… y hoy.

—¿No ha faltado en ninguna otra fecha hasta el día en que Hines fue asesinado?

—¿Por qué esa insistencia en calificar esa fecha como la del crimen? ¡El día tres fue una fecha como otra cualquiera!

—Perfectamente, está bien; la calificaremos así. ¿Dónde fue Helen Reedley el día tres cuando abandonó el restaurante?

—Lo ignoro.

—¿No trató de seguirla?

—Mire, señor Mason, he tenido con usted mucha paciencia y he contestado a numerosas preguntas sin la menor obligación de hacerlo. Ahora, les pido a usted y a su amigo que se marchen. Confieso que estoy demasiado nervioso para seguir esta conversación.

—Entonces, tendré que admitir que usted efectivamente la siguió.

—¿Me hace el favor de abandonar, ahora mismo, este departamento?

Mason se alzó del asiento y le hizo una seña a Paul Drake.

—Creo que ya hemos sacado bastante en limpio —comentó.

Los dos visitantes traspusieron el umbral de la puerta. Antes de salir, Mason volvió la cabeza y preguntó inesperadamente, dirigiéndose a Arthur Clovis:

—¿No la siguió usted hasta el *Siglet Manor*?

Arthur Clovis no despegó los labios y se limitó a cerrarles la puerta con gesto huraño.

—Bueno, esto parece que ha terminado —comentó Mason a solas con Drake, en el pasillo.

—¿Qué conclusiones has sacado, Perry?

—¡Maldito si lo sé! —exclamó Mason—. No hay duda de que este Clovis trata de proteger a la señora Reedley. Está enterado de algo qué le preocupa extraordinariamente. Ignoro lo que pueda ser. No es un carácter apocado, pero tampoco es muy combativo. Lo lógico es que una mujer temperamental como Helen Reedley, se enamore en principio de un personaje dinámico y lleno de energías. Claro que este tipo de mujeres se sienten, a veces, inclinadas a fijar sus ojos en el tipo opuesto: un hombre sensible, de una mentalidad franca y honrada y de espíritu imaginativo. Arthur Clovis encaja perfectamente en este cuadro.

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora? —indagó Drake.

—Volver al despacho y esperar el curso de los acontecimientos. Algunas cuerdas se han tensado ya hasta el límite. Ahora me gustaría que ocurriese algo que pudiera asustar a Gulling. Requerirá mi presencia ante el Tribunal, y me gustaría que, en esta vista preliminar, experimentase una sorpresa antes de que logre someterme a un interrogatorio.

Capítulo 17

Durante los breves y tensos minutos que precedieron a la llegada del juez, el rumor del público se percibía como el zumbido de una colmena. El hecho de que Harry Gulling se personase en el curso de la audiencia preliminar, asumiendo el papel de fiscal, había levantado una gran expectación entre los habituales, conscientes de que se trataba, efectivamente, de una «lucha entre potencias», según había predicho la Prensa.

Perry Mason alzó la vista a la entrada en la sala de Adela Winters y de Eva Martell, seguidas de un policía. El abogado se levantó del asiento, saludó a sus clientes y les hizo sentarse a su lado.

—Lamento mucho lo del taxi —le dijo Eva Martell—. Pensé que podría pasarme por el departamento que Cora y yo ocupamos, y que, de no haber por allí cerca un policía… En fin, fue algo estúpido. No sé por qué lo hice.

—No se preocupe, ahora; todo eso ya pasó.

—Han tratado de arrancarme una declaración, mareándome a preguntas sobre el lugar donde estuve la noche del crimen y sobre si usted tenía algo que ver con eso…

—Ya lo sé —murmuró Mason—. Ahora, perdóneme un momento. Tengo que hablar con mi amigo Paul.

Se levantó del asiento y le hizo una seña a Drake, que, en aquel momento entraba en la sala. Al reunirse con él, Mason le dijo en voz baja:

—Acércate bien a mí; quiero entregarte algo y no me gustaría que nadie nos sorprendiera.

—¿Qué es?

Mason no respondió directamente, y continuó:

—Tenía mis dudas de que ocurriese lo que finalmente ha

ocurrido y jamás creí ver cumplidos mis deseos. Pero la realidad es que Harry Gulling se va a encargar personalmente de la acusación.

—¿Y no te parece eso algo raro?

—Pues, claro. Creo que es la primera vez que lo hace. Como todo el mundo sabe, Gulling es el espíritu instigador y astuto que dirige la política de la defensa fiscal, sin que jamás haya hecho acto de presencia ante un Jurado. Posee un cerebro frío y metódico, carente de la menor comprensión de la naturaleza humana. Ahora escúchame bien, Paul; deseo que *alguien* se encuentre casualmente mi cartera para que, después pueda hacerse un inventario oficial de su contenido. Contiene algún dinero, varias cartas, mi licencia de conducir y algunos otros documentos. Me gustaría que Gulling la encontrase en los lavabos.

—Creo que va a ser bastante difícil —opinó Drake.

—No opino yo lo mismo. Uno de tus muchachos puede dejarla allí en el momento preciso. Bastará que otro de tus hombres, apostado en el pasillo, le haga una seña, indicándole cuando se acerque por allí Gulling. Que la disponga en un sitio donde se pueda ver a primera vista y donde no se haga demasiado evidente su presencia.

—Está bien —asintió Drake—. Haré lo que pueda.

Mason se aproximó aún más al detective y, disimuladamente, deslizó la cartera hasta la mano de Paul.

En aquel instante se oyeron los golpes de un mazo sobre la mesa, a tiempo que la voz de un ujier ordenaba a los asistentes ponerse de pie.

El juez Homer C. Lindale, penetró en la sala, tomó asiento en el estrado, e hizo seña al público para que volviera a sentarse. Instantes después, se iniciaba la vista del «Pueblo contra Adela Winters y Eva Martell».

—Preparado para la acusación —dijo Gulling.

—Preparado para la defensa —anunció Mason.

—Proceda —le indicó el juez a Gulling.

—¿Está Su Señoría informada del crimen que vamos a tratar?

—He leído la denuncia. Según tengo entendido, se trata de un homicidio en primer grado.

—Así es, Su Señoría. Las acusadas han sido procesadas conjuntamente, y ambas serán defendidas por el señor Mason.

—Perfectamente. Proceda usted.

—Su Señoría, mi primer testigo será Samuel Dixon.

Después de prestar juramento, Dixon ocupó el sillón de los testigos y declaró ser el patrullero que prestaba servicio, cuando el día tres del mes en curso, se recibió una llamada que solicitaba la presencia de la policía en el edificio de departamentos de *Siglet Manor* para que se investigase lo ocurrido en el departamento 326. Al llegar a él, había encontrado a ambas acusadas. La más joven, Eva Martell, se hallaba en completo estado de excitación; en cambio, la de más edad, le pareció tranquila y reservada. Las mujeres le mostraron el cadáver de un hombre que, según decían, se llamaba Robert Hines.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—Sentado en un sillón del dormitorio, un poco echado hacia adelante, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho. Casi en medio de la frente, se advertía una herida. En torno de ésta, se observaban claramente las huellas de la pólvora, revelando haberse producido la herida por una bala. Se había producido cierta hemorragia. La víctima estaba en mangas de camisa. Sin duda se había despojado de la chaqueta, que aparecía colgada sobre el respaldo del sillón.

—¿Le informaron las acusadas de la identidad de la víctima y de las circunstancias en que la descubrieron?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue su declaración?

—¿Fueron firmadas esas declaraciones? —interrumpió Mason.

—Las manifestaciones a que ahora me refiero no fueron firmadas por las acusadas —contestó Gulling.

—Según tengo entendido —dijo Mason dirigiéndose al juez—, mis defendidas firmaron ciertas declaraciones. Si ello es así, ellas serán la mejor prueba.

—Las declaraciones a que aludo, en estos momentos, las prestaron oralmente ante el testigo —insistió Gulling.

—Rechazada la objeción —determinó el juez.

—¿Podría decirme la acusación si las supuestas manifestaciones de mis clientes las califica de declaraciones o de confesiones?

—No veo la diferencia. Son declaraciones.

—Muy bien. Entonces las refuto basándome en que no se

cumplió con los requisitos que la ley exige al tomar una declaración.

—Desde ese punto de vista, no son declaraciones propiamente dichas. Dejémoslas en confesiones.

—Rechazada la objeción —dijo el juez Lindale.

—Ambas acusadas hicieron manifestaciones —continuó el testigo—. Dijeron que habían sido contratadas por el señor Hines para vivir en aquel departamento. La acusada Eva Martell, agregó que se le había indicado que debería usar el nombre de Helen Reedley.

—Si Su Señoría me lo permite —intervino de nuevo Mason—, me gustaría que escuchase atentamente mi objeción. Hasta el actual momento, no existen pruebas del *corpus delicti*. Sólo disponemos del cadáver de un hombre. Lo lógico sería exigir que se probara debidamente la identidad de la víctima, y que se exhibiese el oportuno certificado médico acreditativo de que el fallecimiento tuvo lugar por un acto de violencia. Hasta el momento, cualquiera podría sostener que la víctima falleció de un ataque cardíaco.

—¿Con una bala en la frente? —preguntó Gulling en tono zumbón.

—¡Oh! —exclamó Mason—. ¿De modo que tenía una bala en la frente? Eso cambia notoriamente la situación.

—Sí; tenía alojada una bala en la frente.

—Me gustaría interrogar al testigo sobre esa bala, con el fin de dejar sentado el *corpus delicti* antes de que se proceda a hacerle otras preguntas.

—El testigo no vio la bala —le advirtió Gulling.

—Entonces, ¿cómo se sabe que tenía una bala alojada en el cerebro?

—¡El cirujano que hizo la autopsia lo declaró! —gritó Gulling, que se sonrojó violentamente al advertir la sonrisa maliciosa del juez Lindale. Luego continuó, más calmado—: Está bien. Probaré el *corpus delicti*. ¿Hace el favor el testigo de retirarse? Desearía que la señora Helen Reedley subiera al estrado a prestar juramento.

Helen Reedley subió a la tarima de los testigos con manifiesto desagrado. Después de los formularios de rigor, Gulling se encaró con ella:

—¿Conoció usted en vida al señor Robert Dover Hines?

—Sí.

—¿Le vio usted el tres del mes en curso?

—No le vi, pero hablé con él.

—¿Y no le había visto antes de esa fecha?

—Sí; muchas veces.

—¿Era amigo suyo? ¿Lo conocía usted?

—Sí.

—¿Tiene usted alquilado el departamento 326 del edificio *Siglet Manor*?

—Sí.

—¿Había dado instrucciones al señor Hines para que ocupara él su departamento?

—Temporalmente, sí.

—¿Estuvo el cuatro del presente mes en la *Morgue* a instancias de la policía?

—Sí.

—¿Vio allí el cadáver de un hombre?

—Sí.

—¿Quién era?

—El señor Hines.

—¿Robert Dover Hines?

—Sí.

—¿El mismo individuo a quien usted dio permiso para que ocupara su departamento?

—Sí.

—Puede interrogar la defensa —dijo Gulling.

—Cuando autorizó al señor Hines para que ocupara su departamento, ¿le dio usted una llave a él? —indagó Mason.

—Sí.

—¿Podría decirnos cuál era su intención al entregarle esa llave y autorizarle para que ocupara su departamento?

—¡Un momento, Su Señoría! —intervino Gulling—. Deseo objetar esa pregunta por improcedente, dentro del interrogatorio, al no afectar al fondo del asunto. Se ha convocado a la testigo con la exclusiva finalidad de establecer la identidad de la víctima y nada más.

—¿Por qué, entonces, preguntó la acusación si la testigo había autorizado a la víctima para ocupar su departamento? —indagó

Mason.

—Para poner de manifiesto por qué estaba allí la víctima.

—Precisamente, eso es lo que estoy tratando de demostrar: por qué estaba allí.

—No era mi intención darle ese preciso sentido —contestó Gulling.

—Pero yo sí, Su Señoría —dijo Mason.

—Si Su Señoría lo permite —intervino Gulling con rabia—, desearía que no se mezclaran al proceso asuntos extraños a él. Si el señor Mason tiene algún argumento para la defensa, puede exponerlo a su antojo en el momento oportuno. Por lo que a mí concierne, sólo aspiro a probar la identidad del asesinado, la forma en que encontró la muerte y demostrar que existe más de una probabilidad de que las acusadas provocaran el trágico desenlace, de un modo deliberado y a sangre fría, con el único propósito de perpetrar un robo.

—Entonces es indispensable —intervino Mason—, que el Tribunal se haga cargo de las razones por las cuales las acusadas se encontraban en el departamento e igualmente, del motivo por el que Hines estaba allí.

—¡Hágalo así, si le place, en el curso de la defensa, pero no durante la acusación! —exclamó Gulling exasperado.

—Es posible —continuó Mason— que yo pueda aclarar la situación, haciendo notar al Tribunal que la testigo ha sido interrogada acerca de la autorización que otorgó a Hines para que éste habitase su departamento. Si tal autorización se hizo por escrito, ésta sería la mejor prueba y debería ser presentada. Si fue oral, entonces, con arreglo a antecedentes perfectamente legales, si la acusación alude a *parte* de una conversación, la defensa está en su derecho al exigir la versión *completa* de ella.

Gulling que daba muestras de sentirse sinceramente furioso, intervino, diciendo:

—Considere, Su Señoría que, de permitir que se investiguen todos esos pormenores, tal vez nos pasemos aquí el invierno entero.

—No me parecen pormenores —determinó el juez Lindale—. A mi juicio, tales extremos entrarían a formar parte de la acusación si no fuera porque a la testigo se le interroga sobre algo que, evidentemente, sólo fue una conversación. Si esto es así, la defensa

tiene derecho a informarse sobre el resto de ella. Sugiero a la defensa que formule de otro modo su pregunta.

—Muy bien —dijo Mason, volviéndose sonriente hacia la testigo —. ¿Ha declarado usted que autorizó a Robert Hines para que éste ocupase su departamento?

—Sí, señor.

—¿Se llegó a este acuerdo en el curso de una conversación?

—Sí, señor.

—¿Qué más hablaron en aquella ocasión?

—¡Protesto, Su Señoría! —interrumpió Gulling—. Eso es una trampa.

—Rechazada la objeción.

—¡Responda a mi pregunta, señora Reedley! —insistió Mason.

Helen Reedley guardó un corto silencio y, cuando habló, dio la impresión de que escogía cuidadosamente sus palabras, tratando desesperadamente de revelar lo menos posible.

—No recuerdo la conversación en su totalidad —dijo—. Discutimos varias veces la cuestión y, cuando autoricé al señor Hines para que ocupara mi departamento…

—Si Su Señoría me lo permite —interrumpió Gulling—, debo hacer observar que sólo nos interesa la parte de conversación puesta de manifiesto. Las ampliaciones de ella, sólo vendrán a cuento en otra ocasión y circunstancias.

—No es ésa la opinión de este Tribunal —respondió el juez Lindale.

—En aquella conversación —informó Helen Reedley—, le dije al señor Hines que podía ocupar mi departamento. Le entregué la llave de él y convinimos en que me transmitiría todas las llamadas telefónicas; en otras palabras, que si algún amigo me llamaba al departamento, deberían transmitirle el recado al señor Hines, quien, a su vez, se encargaría de comunicármelo a mí.

—¿No recuerda nada más? —insistió Mason.

—De esa conversación, no.

—¿No se habló en ella de las dos mujeres que irían a vivir al departamento?

—Había convenido con el señor Hines que éste buscaría a una joven para instalarla en él.

—¿A fin de que asumiese su personalidad, reemplazándola?

—No era eso, exactamente.

—¿Acaso no usó ella su nombre?

—Bueno… sí.

—Le mostraré un anuncio publicado en una revista teatral de gran circulación, con la finalidad de saber si usted se puso de acuerdo con el señor Hines para que éste lo publicara.

—No, eso lo hizo el señor Hines sin consultarme —aclaró Helen Reedley.

—Durante aquella conversación, ¿informó usted al señor Hines del tipo físico de la mujer que debería ocupar su departamento? ¿Se especificó que tendría que ser una joven morena, con precisas y definidas características físicas?

—¡Y bien…!

—¿Sí o no? —insistió Mason.

—Sí.

—¿Cuáles fueron esas especificaciones?

—Le di mis medidas: estatura, peso, perímetro de cintura, etc.

—¿Con qué finalidad?

—Me opongo a esa pregunta por improcedente e inadecuada en este interrogatorio —intervino Gulling.

El juez Lindale parecía sentirse profundamente interesado, y contemplaba fijamente a la testigo, inclinado sobre su mesa.

—¿Debo entender —preguntó— que usted autorizó al señor Hines para que éste ocupara su departamento, que le entregó una llave de él, y que, además, se convino en que él localizaría a una mujer de sus mismas características, para instalarla en su departamento, usando su nombre?

—¡Permítame! —intervino Gulling—. Todo eso no se concertó en el curso de la primera conversación, siendo el fruto de otras entrevistas.

—El Tribunal desea que la testigo conteste a la pregunta que acabo de hacer —dijo el juez Lindale en tono conminatorio.

—Sí, a grandes rasgos, ésos fueron los términos de nuestro acuerdo —declaró Helen Reedley.

—¿Desea el señor Mason preguntar a la testigo la razón por la cual se llegó a ese acuerdo?

—Sí, Su Señoría.

—Y yo, si el Tribunal me lo permite, me opongo nuevamente a

ello —intervino Gulling—, ya que tal acuerdo se concertó en conversaciones anteriores que nada tenían que ver con esta otra, en que se concedió autorización para ocupar el departamento. Si el Tribunal me lo permite, debo decir que la rendija por donde el abogado de la defensa se ha aventurado, para sacar a colación este asunto, es excesivamente estrecha y se apoya únicamente en formulismos. Considero que no se le deben dar más facilidades.

—De todas formas —opinó el juez Lindale—, al Tribunal le gustaría saber el motivo de esta substitución de personalidad.

—No hubo tal substitución de personalidad, Su Señoría —protestó Gulling.

—¿Qué fue, entonces? —indagó el juez Lindale.

—Se trataba simplemente del subarriendo de una propiedad.

—¡Hum! —gruñó Lindale—. ¿A una mujer que coincidía exactamente con las características físicas de la testigo y que debía usar su nombre?

—Sí, Su Señoría.

—¡Pues si eso no es substitución de personalidad, yo debo de estar ciego! —exclamó el juez Lindale—. No obstante, el Tribunal limitará el interrogatorio a los puntos que ya se trataron en el examen directo. Continúe con sus preguntas, señor Mason.

—¿Usted ha declarado que no vio a Robert Dover Hines el día tres, fecha del crimen? —dijo el abogado.

—Así es, señor.

—¿Dónde se encontraba usted, a las doce y media del día tres?

—Pues… estaba almorzando.

—¿Sola?

—Protesto de la pregunta por improcedente e inadecuada —interrumpió Gulling.

El juez Lindale lanzó un profundo suspiro.

—Bueno, legalmente, creo que su objeción es fundada…, a menos que resulte que la testigo estaba almorzando con la víctima. Y como, según entiendo, la defensa no ha querido insinuar tal cosa con su pregunta. ¿No es así, señor Mason?

—En efecto; solamente pretendía indagar los movimientos de la testigo desde la hora del almuerzo hasta el instante del crimen. Y juzgo que se trata de un plazo bien concreto para que no se considere improcedente interrogar, sobre tal extremo, a una testigo,

que asegura no haber visto a la víctima el día de autos.

—¿A qué hora se cometió el delito?

—Entiendo que la acusación ha indicado las dos de la tarde.

—Entre dos menos cinco y dos y cuarto. Su Señoría.

—Esto es, en efecto, el período de tiempo durante el cual se afirma que el crimen fue cometido. Creo, que no hay inconveniente en que se interrogue a la testigo sobre sus actividades desde las doce y media, puesto que se ha declarado no haber visto a la víctima durante todo el día tres.

—¿Terminó de almorzar a la una y media? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Adónde fue?

Helen Reedley lanzó una mirada de desesperación a Gulling.

—Improcedente e inadecuada en este interrogatorio —dijo mecánicamente el acusador.

—Rechazada la objeción.

—Fui… a cierto restaurante.

—Pero usted acaba de declarar que terminaba de almorzar —le dijo Mason—. ¿Acudió a ese restaurante con la finalidad de ver a alguien?

—Sí.

—¿Era esa persona Robert Dover Hines?

—Sí.

—¿Le vio?

—No.

—¿Habló con él por teléfono?

—Ya lo había hecho anteriormente.

—¿No telefoneó, pues, con él, después de la una y media?

—No.

—¿Y no trató de localizarle?

—Sí.

—¿Llamó al número que le había dado la víctima?

—Sí.

—Ese número, ¿corresponde a un teléfono emplazado en otro departamento del *Siglet Manor*?

—Creo que sí.

—¿Conoce a Carlota Tipton?

—Nunca he hablado con ella, y sólo la he visto una o dos veces.

En cierta ocasión subí con ella en el ascensor.

—¿Se refiere al ascensor del *Siglet Manor*?

—Sí.

—Y cuando se dirigió, el día de autos, a ese restaurante en busca de Robert Dover Hines, ¿tenía usted alguna razón para pensar que lo encontraría allí almorzando?

—Sí.

—Sin embargo, usted no hizo la menor tentativa para ponerse en contacto con él antes de la una y media, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Y no juzga que la hora era un tanto tardía para que el señor Hines se hallase allí almorzando?

—Pues, la verdad, yo guardaba la esperanza de encontrarlo.

—¿Quiere decir, que se decidió a quemar el último cartucho?

—Si quiere llamarlo así, eso es.

—Pero si usted se hubiese decidido a ir más temprano, habría encontrado al señor Hines con toda seguridad, ¿no cree?

—Pues… sí.

—Podemos entonces suponer —continuó Mason—, que la razón que le impulsó a entrevistarse con el señor Hines, fue algo que le ocurrió mientras usted almorzaba, ¿cierto?

—¡Su Señoría, protesto! —exclamó Gulling—. Eso es sólo una suposición.

—Exacto. Una suposición de la defensa —dijo Mason, sonriendo.

—Y una suposición que resulta perfectamente inteligible para el Tribunal —agregó ácidamente el juez Lindale—. ¡Señor Gulling! ¿No podría continuar el interrogatorio sin las continuas interrupciones de parte de la acusación? Al fin y al cabo, esta sesión se celebra sin Jurado, y creo que podríamos saltarnos alguna de las objeciones de carácter técnico.

—Retiraré la pregunta —consintió Mason—. Sólo deseo preguntarle una o dos cosas más a la testigo. Señora Reedley, durante la conversación a que ya se ha hecho referencia, ¿entregó al señor Hines una cierta suma de dinero?

—Sí.

—¿En billetes de a cien dólares?

—De a cien y de cincuenta.

—¿Cuántos en total?

—Quinientos dólares.

—¿Había recibido usted parte de ese dinero de su marido?

Gulling intervino de nuevo, con contenido furor:

—Su Señoría, me desagrada aparecer ante el Tribunal como si abusase de los recuerdos técnicos que me concede la Ley. Pero el señor Mason maniobra deliberadamente, para obligarme a objetar una y otra vez, con manifiesta malicia.

—Creo que la acusación tiene razón —dijo el juez Lindale—. La defensa debe reconocer la necesidad de que ambas partes cooperen debidamente. El Tribunal vería con sumo gusto que se evitasen las continuas objeciones de orden técnico, y para ello, el abogado encargado de la defensa debe mantenerse dentro de ciertos límites, sin tomarse la ventaja que puede concederle determinada situación.

—Le estoy muy agradecido, Su Señoría —respondió Perry Mason —. Y como la situación podría echar sombras sobre mi integridad profesional, me gustaría aclarar el propósito de mi pregunta.

—Concedido.

—Según entiendo, uno de los argumentos de la acusación, se basa en que, en el instante de ser asesinado, Robert Dover Hines tenía en su poder una cartera con cerca de tres mil dólares en billetes. La numeración de estos billetes ha permitido seguir una pista que conduce hasta el marido de la testigo. Por tal razón, me parece de vital importancia averiguar si tales billetes llegaron a poder de la víctima como consecuencia de su acuerdo con la señora Reedley o si procedían de otra fuente.

La mirada del juez Lindale manifestaba un vivo interés. Se volvió hacia Gulling y preguntó:

—¿Es esto exacto, señor abogado de la defensa fiscal?

—Me permito indicarle respetuosamente a Su Señoría, que esto sólo representa una tentativa para obligar a la acusación a torcer el curso del caso.

—El señor Mason se ha limitado a aclarar el motivo de su pregunta —insistió el juez Lindale—. Le decía si la información del señor Mason es exacta.

—Lo es, aunque ello no justifique, a mi juicio, la excesiva ampliación de este interrogatorio.

—Si persiste en imprimir a este proceso un carácter exclusivamente técnico —le advirtió el juez—, hay que convenir en

que el interrogatorio parece sobrepasar los límites del examen directo, si bien subraya notoriamente las extrañas reservas de la testigo. La objeción queda rechazada. Responda la testigo a la pregunta.

—No —contestó Helen Reedley—. Ni un centavo del dinero que entregué a Hines provenía de mi marido. Desde hace seis meses, no he recibido de él la menor cantidad.

—Gracias. Es todo cuanto quería saber —terminó Mason.

—Tampoco yo tengo más que preguntar —gruñó Gulling.

—¿Cuál es su próximo testigo? —preguntó el juez.

—Creo necesario, Su Señoría, someter a la consideración del Tribunal cierta faceta del caso y, para ello, deseo convocar a cierto testigo, a fin de hacerle una o dos preguntas.

—Muy bien.

—¡Señor Thomas Folson! —llamó Gulling—. ¿Me hace el favor de avanzar y prestar juramento?

Tom Folson era un hombre alto y desgarbado. Prestó juramento, subió al estrado, cruzó sus largas piernas y se arrellanó en el asiento, como persona avezada ya a aquellos trotes.

—¿Es usted detective privado de la *Interstate Investigators*?

—Sí, señor.

—¿Trabajaba como tal el día tres del mes en curso, en el mismo caso que ya llevaba entre manos, desde algunos días anteriores?

—Sí, señor.

—Deseo que se fije en la acusada Adela Winters y que me diga si la vio el día tres, a las dos y veinte de la tarde, aproximadamente.

—Sí. La vi.

—¿En qué lugar?

—En el Hotel Lorenzo.

—¿Precisamente a esa hora?

—Precisamente. Se encontraba allí, en compañía de la otra acusada, Eva Martell. Llegaron alrededor de las dos y cuarto de la tarde. Unos cinco minutos después, mientras Eva Martell telefoneaba, la señora Winters a quien tenía encargo de vigilar, empezó a pasear descuidadamente por el vestíbulo del hotel. Luego, penetró por una puerta que da paso a la sala de equipajes y; una vez en ella, abrió otra que comunica con una galería, encaminándose, finalmente, hacia el pasillo que bordea la parte posterior del

comedor del hotel.

—¿Qué hizo, una vez en el pasillo?

—Se detuvo ante tres cubos de basura, levantó la tapa de uno de ellos y, luego, lo volvió a tapar, dando la impresión de que había dejado caer algo en su interior.

—¡Puede interrogar la defensa! —dijo Gulling, con violencia.

—¿Se le había ordenado que vigilase a la acusada Adela Winters? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿La vigilaba ya antes de verla en el hotel?

—Sí, señor.

—¿Durante el día dos y el tres de este mes?

—Sí, señor.

—¿Se dirigió la acusada directamente desde el departamento del *Siglet Manor* al Hotel Lorenzo?

—Sí, señor; directamente.

—¿Salió del *Siglet Manor* poco después de las dos de la tarde?

—A las dos y once minutos, si desea saber la hora exacta.

—Ahora, contésteme: ¿*Vio usted claramente* qué dejaba caer algo en el cubo de la basura?

—No, señor. He tenido el máximo cuidado en declarar exclusivamente lo que vi. Estaba vigilándola y no quería que ella advirtiera mi presencia. Por eso, me quedé atrás, fuera del alcance de su mirada. Mientras me volvía la espalda, levantó la tapa del cubo. En aquel momento, su cuerpo me ocultaba lo que pudiesen hacer sus manos. Entonces, como ya le he dicho, tuve la impresión de que dejaba caer algo dentro. Apenas se dio la vuelta, me escondí en un rincón, y regresé al vestíbulo.

—¿Volvió también ella al vestíbulo?

—Sí.

—¿Hasta qué hora, poco más o menos, estuvo usted allí vigilando?

—Bueno, la acusada sólo permaneció allí unos cuantos minutos más. Ella y su acompañante telefonearon varias veces y, luego, se marcharon a la calle para hacer algunas compras.

—Me parece, Su Señoría, que nos alejamos del objetivo —observó Gulling.

—También lo creo así —admitió Lindale—. La derivación tal vez

sea muy interesante para el abogado defensor, pero yo no la considero adecuada en el interrogatorio.

—Lamento, Su Señoría —dijo Mason—. No haré más preguntas al testigo.

—Puede interrogarle sobre cualquier punto relacionado con el examen directo —le indicó el juez.

—No, Su Señoría. Creo haber averiguado cuanto deseaba, y no quisiera abusar de la amabilidad del Tribunal con presumibles dilaciones.

—¿Desea el fiscal interrogar al testigo?

—Sí, Su Señoría —respondió Gulling—. Señor Folson, se le ha preguntado si vio a la acusada arrojar algo en el cubo y deseo que me responda a esto: De haber dejado caer algo en el cubo, ¿habría podido percatarse usted de lo qué se trataba?

—No, señor. Precisamente, he tratado de dejar bien claro este punto. Desde donde yo estaba me era imposible ver lo que hacía su mano derecha. Su cuerpo me la ocultaba por completo. En realidad, ni siquiera podía ver su mano izquierda. Pero la vi agacharse sobre el cubo y como el brazo izquierdo se alzaba al mismo tiempo que la tapa. Luego contemplé cómo la tapa volvía de nuevo a su sitio.

—Es todo lo que quería saber —dijo Gulling.

—¡Un momento! —intervino Mason—. En vista de la última pregunta de la acusación, desearía formularle algunas más al testigo. Señor Folson, ¿vio en algún momento las manos de la acusada?

—He dicho, repetidamente, que no.

—Ya lo sé. Sólo quería que este punto quedase sentado con claridad. Usted sólo vio cómo, su brazo izquierdo, se alzaba al mismo tiempo que la tapa del cubo, ¿no es así?

—Exacto.

—De lo cual dedujo que la mano izquierda sostenía la tapa.

—Naturalmente.

—Ahora, dígame: ¿Sorprendió algún movimiento en su brazo derecho?

—He tratado de explicar que su cuerpo me ocultaba por completo todo lo que su mano derecha pudiera hacer.

—No le hablo de la mano, sino del brazo. ¿La vio mover el brazo?

—No, señor.
—¿Y el hombro?
—Un momento, señor Mason. Trataré de recordar exactamente… Creo que sorprendí un ligero movimiento del codo y del hombro, como llevaría a cabo cualquier persona que tratase, en su posición, de arrojar algún objeto dentro de un recipiente.
—¿Transmitió usted sus informes a la *Interstate Investigators*?
—Sí, señor.
—¿Se le había ordenado telefonear sus informes cada media hora?
—En efecto, siempre que estuviésemos en situación de hacerlo fácilmente.
—¿Cuántos hombres se ocupaban de este trabajo?
—Dos, yo vigilaba a Adela Winters y mi compañero a Eva Martell.
—¿Informó a la *Interstate Investigators* de lo que vio hacer a la acusada Winters rápidamente?
—Sí, señor.
—¿Y no declaró en su informe haberla sorprendido levantando la tapa de un cubo de basura para *mirar* en su interior?
—Creo que sí. Así informé.
—De haberse contentado con *mirar*, ¿habría tenido necesidad de mover el codo o el hombro derecho?
—No creo.
—Entonces al hacer su informe, usted no debía tener la seguridad de que ella hubiese dejado caer algo dentro del cubo, ¿no es cierto?
—Seguridad absoluta, no. Me limité a interpretar su acto del modo más lógico que pude.
—Se lo comunicó así a su jefe.
—Sí.
—Pero su primera impresión, fue de que ella se había limitado a echar una ojeada al interior del cubo, ¿no?
—Sí, tal vez.
—Al transmitir su informe, el recuerdo estaría fijo claramente en su memoria. ¿Cuánto tiempo pasó entre el instante en que usted la sorprendió junto al cubo de la basura y el momento de telefonearle a su jefe?

—Le telefoneé unos dos o tres minutos después. Cuando me reintegré al vestíbulo, mi compañero se encargó de vigilar a las dos mujeres mientras yo telefoneaba.

—¿Permanecieron las dos acusadas, entre tanto, en el vestíbulo?

—Así fue.

—En su informe, ¿le dijo a su jefe que la señora Winters había mirado dentro del cubo?

—Sí, señor.

—Y antes o después del episodio, ¿mantuvo usted en observación al cubo de marras?

—No, señor.

—Entonces, lo único que usted sabe positivamente es que la acusada miró dentro de él sin que colocase nada adentro. ¿No cree?

—Ciñéndose estrictamente a los hechos, así es. Pero si quiere que le sea franco, lo más seguro es que ella levantase la tapa para arrojar algo en su interior.

—¿Por qué no se le ocurrió esta interpretación en el momento en que telefoneó su informe?

—No lo sabría decir —respondió Folson—. Probablemente, porque, en aquel momento, me limité estrictamente a contar lo que había visto.

—He ahí precisamente el punto que trato de esclarecer —dijo Mason—. Los recuerdos pueden falsearse al interpretarlos.

—Niego que mi recuerdo haya variado. Se trata, simplemente, de que he reflexionado más sobre el asunto. Ahora, estoy completamente seguro de que la acusada arrojó algo en el interior del cubo.

—¿Tan seguro como el día tres, cuando informó que la acusada se había limitado a mirar en su interior?

—Dice usted las cosas de un modo muy duro, señor Mason.

—Y usted contesta a mis preguntas de modo poco convincente, señor Folson.

—Ella arrojó algo en el cubo.

—¿Está usted seguro de eso… ahora?

—Sí.

—Pero el día tres no tenía la misma certeza.

—Bueno, así será puesto que insiste.

—Eso es todo —anunció Mason.

—Renuncio a interrogar más al testigo —dijo, a su vez, Gulling.

—¡El siguiente testigo!

—Desearía convocar nuevamente a Sam Dixon —expuso Gulling.

—Muy bien —aprobó el juez, que seguidamente se dirigió a Dixon diciéndole—: Usted ya ha prestado juramento. Conteste simplemente a las preguntas.

—Señor Dixon —empezó Gulling—: ¿Tuvo usted, en la tarde del día tres de este mes, la oportunidad de ir al Hotel Lorenzo, a fin de inspeccionar allí un cubo de basura?

—Así es.

—¿Cómo lo hizo?

—Alcé la tapa, teniendo buen cuidado de no dejar impresas mis huellas digitales. El cubo aparecía lleno de desperdicios. Volqué su contenido sobre una lona y, en medio de toda la basura, encontré un revólver Colt, calibre 32, número 14581.

—¿Qué hizo con el revólver?

—Teniendo buen cuidado de no dejar impresas en él mis huellas y de no borrar las que pudieran encontrarse en el metal, si bien el hecho de que estuviese en contacto con substancias húmedas…

—No se esfuerce en explicar por qué no había huellas en el arma, y conteste simplemente a mi pregunta: ¿Qué hizo con el revólver?

—Lo entregué a Alfred Korbel.

—¿Es el señor Korbel el técnico en balística e impresiones dactilares del Departamento de Policía?

—Sí.

—¿Cuándo le hizo entrega del arma?

—El revólver y la tapa del cubo le fueron entregados aproximadamente a las siete y cinco, de la tarde del día tres.

—Puede usted interrogarle —dijo Gulling, dirigiéndose a Mason.

—No deseo hacerlo.

—El Tribunal se toma un descanso de diez minutos —anunció el juez Lindale.

Mason cruzó su mirada con la de Drake, y Paul asintió, con ademán significativo.

Capítulo 18

El Tribunal volvió a reunirse diez minutos más tarde, y Gulling convocó al siguiente testigo: Alfred Korbel. Tomó éste asiento en el estrado y, después de los trámites de rigor, Gulling se dirigió a él, mostrándole el arma.

—He aquí —le dijo— un revólver Colt, calibre 32, número 14581. ¿Lo ha visto antes?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lo vi, por primera vez, el día tres del mes en curso, cuando me hizo entrega de él Sam Dixon, hacia las siete cuarenta y cinco de la tarde. Trabajé con él en mi laboratorio y, nuevamente, volví a examinar el arma aquella noche, después de que la acusada Adela Winters reconoció el revólver como de su propiedad.

—¿Hizo pruebas con él?

—Sí, señor.

—¿Buscó huellas dactilares?

—Sí, señor.

—¿Encontró alguna?

—No.

—¿Puede explicar por qué no las había?

—Cuando me entregaron el revólver éste aparecía cubierto de suciedad. Los desperdicios aparecían adheridos al arma e, incluso, encontré cuerpos extraños dentro de un casquillo vacío. El tambor también contenía desperdicios. Considerando que el revólver permaneció varias horas en la basura, y que ésta debió ser removida varias veces, no es extraño que no pudieran encontrarse huellas dactilares.

—¿En qué condiciones encontró usted el arma? ¿Me refiero a si estaba o no cargada?

—El revólver tenía cinco balas y el casquillo de una recientemente disparada.

—¿Efectuó algunas pruebas con la bala que le entregó el forense, en el curso de aquella noche?

—Sí, señor.

—¿Qué conclusiones sacó de su trabajo?

—Que la bala había sido disparada con ese revólver.

—¿Examinó también la tapa del cubo de basura?

—Sí, señor.

—¿Podría decirnos qué encontró en ella?

—¿Me haría el favor de pasarme esa carpeta? —solicitó Korbel.

Gulling hizo lo que indicaba el testigo, y éste abrió la carpeta, sacando de ella unas cuantas fotografías.

—Esta fotografía —dijo mostrándola— fue tomada con ayuda de un espejo y en ella se ve la parte interior del asa de la tapa del cubo. En ella se observan varias huellas dactilares, algunas borrosas, pero otras perfectamente claras e identificables.

—Limite su atención a la huella inscrita en este círculo —dijo Gulling, mirando las fotografías—. ¿Podría usted identificárnosla?

—Desde luego. Pertenece al dedo corazón de la mano izquierda de la acusada Adela Winters.

—Puede usted interrogar —terminó Gulling, dirigiéndose a Mason.

—¿Hay varias huellas más en el asa? —indagó el abogado defensor.

—Así es. Aparecen con bastante claridad.

—¿No podría usted identificarlas también?

—¿Quiere usted decir si se podrían comparar con las otras?

—Sí.

—Sin duda, podría hacerlo así.

—¿Es usted funcionario de la policía; mejor dicho, de la policía local?

—Como experto, sí.

—¿Y no recibe órdenes de esta policía que usted, como es lógico, debe acatar?

—No entiendo muy bien lo que quiere decirme. Si pretende insinuar que la policía me indica de antemano lo que debo decir, anda muy equivocado.

—¿Pero, acaso, no le indican lo que debe hacer?

—Eso, sí.

—Entonces no cabe duda de que cuando la policía interviene en algún caso contra alguien, usted es parcial en relación a esta persona.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tomemos, por ejemplo, el presente caso —prosiguió Mason—. Usted ha estado tratando y trata de buscar pruebas acusadoras contra Adela Winters. No investiga el crimen en sí, sino solamente trata de inculpar de él a la señora Winters.

—No veo la diferencia. Se trata del mismo asunto.

—No, no es lo mismo. Tome, por ejemplo, estas huellas. Desde el instante en que las identificó como pertenecientes a Adela Winters, no consideró necesario ir más allá en sus investigaciones.

—Naturalmente.

—En otras palabras, a usted sólo le interesaban las huellas que aparecían en el asa del cubo en la medida que pudiesen significar una prueba contra ella, ¿no es así?

—Efectivamente, aunque no comprenda muy bien lo que se propone con su argumento, señor Mason. Si la acusada había estado manipulando en la tapadera del cubo, ello constituía una prueba acusadora, que, como es lógico, era mi obligación poner de manifiesto.

—Justo. ¿Pero por qué no trató también de averiguar a quién pertenecían las restantes huellas que aparecían en el asa?

El testigo sonrió.

—¡Oh!, ¿se trata de eso? Como comprenderá eran muchas las personas que tenían acceso a ese cubo. Se puede decir que estaba en un lugar público. Numerosos personajes pudieron haberse acercado a él para levantar su tapa, durante el curso de aquella tarde. Admito que mi única preocupación fue tratar de identificar una huella que confirmase que Adela Winters había levantado la tapadera, en algún instante del día previo al examen.

—¡Justamente! —exclamó Mason—. En otras palabras: usted se afanó en buscar algo que confirmase la acusación contra mi defendida y, cuando lo encontró, abandonó todas sus investigaciones. ¿No es verdad?

—En este caso particular, sí.

—¿Por qué no trató de identificar las restantes huellas?

—Porque no me preocuparon. Se me había señalado que averiguase, exclusivamente, si aquel cubo había sido manipulado por la acusada.

—Pero usted ha supuesto que la tapa fue levantada varias veces en el curso de la tarde. ¿Contaba con alguna base firme para esta suposición?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Es evidente que tuvieron que haberla levantado para verter en el cubo más basura.

—Indíqueme lo que le hace considerar evidente que hayan vertido más basura en el cubo.

—Creo que ese punto lo acaba de aclarar Sam Dixon —exclamó Korbel—. Cuando encontró el revólver, éste aparecía cubierto por una buena cantidad de desperdicios, lo que, evidentemente, demuestra que éstos se habían arrojado al cubo con posterioridad al revólver.

—¿Cómo prueba lo que afirma, sin lugar a dudas?

—¡Permítanme un momento! —intervino Gulling—. La defensa se limita exclusivamente a especular con el testigo sobre la interpretación de una prueba, cuando es precisamente el Tribunal quien debe interpretar los hechos que se expongan.

—El fiscal de la defensa tiene razón, en este punto —admitió Mason—. Lo único que pretendo es mostrar, ante el Tribunal, la parcialidad del testigo. Tenemos, ante nosotros, una persona que ha examinado una prueba con el deliberado propósito de establecer un argumento contra mi defendida, sin preocuparse en investigar lo que realmente sucedió.

—¿Pero no es evidente que es eso lo que, verdaderamente, debió ocurrir? —preguntó el juez Lindale, con cierta impaciencia.

—No, Su Señoría.

En el rostro del juez se dibujó un visible asombro.

—Me agradaría escuchar las razones en que basa su negativa —le dijo incrédulamente.

—Lo haré. El revólver fue encontrado enterrado en la basura, y esto ha hecho suponer que, en el curso del día, se volcaron más desperdicios en el cubo. Ruego al Tribunal considere el factor

tiempo. Debido a la escasez de personal, el comedor del Hotel Lorenzo cierra a la una y media. Creo que si se interrogase al personal de la cocina, conseguiríamos averiguar que, en el curso del día la basura sólo se arroja poco antes de las dos de la tarde, sin que se vuelvan a echarse desperdicios hasta las siete cincuenta. Ruego al Tribunal que siga atentamente mi argumentación, en la seguridad de que podrán darse cuenta de una situación muy especial. Si mi defendida arrojó el revólver dentro del cubo a las dos y veinte de la tarde, y si se depositaron más desperdicios sobre el revólver antes de que la policía desparramara el contenido sobre una tela, entonces la acusación tendría en sus manos una prueba circunstancial de cierto valor. Pero si no se depositó más basura en aquel cubo entre la hora en que se vio a la acusada junto a él y el momento en que la policía se incautó del recipiente, entonces es evidente que, hiciera lo que hiciese, ella no colocó allí el revólver hallado. Debió de haber sido depositado en el cubo minutos antes de que mi defendida asomara por el pasillo.

—¿Cómo? —preguntó con extrañeza el juez Lindale.

—La declaración del propio testigo de la acusación, Thomas Folson, señala que mi defendida más bien miró que arrojó algo dentro del cubo.

—Eso no es sino una forzada interpretación, deducida por usted de su declaración —intervino Gulling.

—¡Naturalmente! —continuó Mason—. Mi defendida pudo haber arrojado algo dentro del cubo, pero no introducir el arma dentro de la basura, ya que, de haberlo hecho así, se habría ensuciado la mano derecha y hubiera tenido que lavársela. En efecto, de haber empujado al arma hasta el interior del montón de basura, mi defendida habría tenido que arremangarse, cosa que no hizo, como el testigo Folson pudo advertir.

—No podía ver sus manos —indicó Gulling.

—Pero sí su codo y su hombro. Si mi defendida hubiera introducido algo en la basura, el testigo Folson lo habría advertido.

—Efectivamente —admitió el juez Lindale—; la declaración del testigo así permite suponerlo. Pero, señor Mason, ¿por qué no le preguntó usted especialmente si los movimientos por él observados en la acusada hacían suponer un acto semejante?

—¡En modo alguno! —exclamó Mason—. Se trataba de un

testigo de la acusación y de haberle insinuado tal idea habría cambiado fácilmente el carácter de su recuerdo. Lo indudable, es que su informe poco después de las dos y veinte del día tres, se revela más elocuente que cuanto ha declarado más tarde. En aquel momento, al testigo le pareció que la acusada miraba dentro del cubo, y sólo más tarde reconstruyó por su cuenta la escena, asegurando que arrojó algo en el interior. Si ahora se le insinuara que realmente ella debió introducir profundamente algo, volvería a hurgar en su memoria hasta descubrir, y creer finalmente, haberla visto hacer, en efecto, aquel movimiento.

—He ahí un punto bastante interesante —dijo el juez Lindale—. ¿Tiene la acusación algo que sugerir o explicar?

—La acusación nada tiene que explicar —contestó violentamente Gulling—. La acusada Adela Winters es culpable de homicidio deliberado y a sangre fría. Hasta ahora sólo hemos presentado parte de las pruebas que hay contra ella. El próximo testigo demostrará que el móvil del crimen fue el robo, que la acusada Adela Winters tenía en su poder una cartera con algo más de tres mil dólares, que sustrajo del cadáver de Robert Hines.

—O que recogió de algún sitio —intervino Mason.

—Ya supongo que ése será su argumento —replicó Gulling—. Nos dirá que la acusada iba caminando por la calle, cuando de pronto, vio algo en el suelo, que recogió. Quiso examinar el contenido, pero estaba oscuro y…

—Creo que no es éste el momento oportuno de bromear —le interrumpió el juez Lindale—. La prueba de esa cartera se sostendrá o se derrumbará por su propio peso. Pero hace poco, el señor Mason insinuó algo bastante interesante relativo al cuerpo del delito. Según tengo entendido, señor Consejero, no está en sus manos probar que el revólver se encontraba sobre el montón de basura, ¿no es así?

—¿Y cómo podría probarlo? —exclamó Gulling exasperado—. Cuando la policía vertió la basura mezcló, como es lógico, todo el contenido del cubo.

—Pero el testigo Dixon —continuó el Juez—, levantaría la tapa para sacar el arma. Si el revólver hubiese estado sobre el montón de basura, se habría limitado a cogerlo, sin ordenar que vaciasen el contenido.

—¡Justamente! —intervino Mason—. Ésa es la razón de que interrogase al testigo en la forma en que lo hice.

—¿Averiguaron ustedes a qué hora suelen sacar la basura del hotel para verterla en los cubos? —indagó el juez.

—Sí, Su Señoría. Según los informes recibidos, aquel día no se vertieron más basuras a partir de las dos, hasta las siete y cincuenta de la tarde.

—¿Ha llevado a cabo la acusación una averiguación similar? —preguntó Lindale.

—¡No! —contestó Gulling, con creciente irritación—. La acusación dispone de pruebas suficientes para condenar a ambas acusadas sin necesidad de tantos trámites.

—Comprendo —asintió el juez Lindale—. Pero, eventualmente, cabe la posibilidad de que el caso pueda tener otra solución. Al Tribunal le interesa indicar al señor Consejero que se trata de un homicidio en primer grado y que si existe algún punto dudoso en las pruebas, la acusación deberá estar también dispuesta, como la defensa, para aclarar debidamente estos extremos. Este Tribunal considera evidente, según ha demostrado la defensa, que la acusada Adela Winters no pudo introducir profundamente el revólver entre la basura, arma que, según tengo entendido, se ha identificado como la del crimen.

—Así es, Su Señoría.

—Entonces sugiero que posterguemos la vista del proceso hasta mañana por la mañana —continuó Lindale—, y que la acusación, por el concurso de la policía, investigue minuciosamente si se vertió más basura en el cubo en cuestión, entre las dos y veinte y la hora en que se extrajo de él el arma. Se suspende la sesión.

Harry Gulling echó hacia atrás su silla y se puso de pie, alejándose de la mesa. Su sombrío semblante reflejaba un gesto decidido, mientras avanzaba en dirección a la mesa de la defensa.

—Señor Mason —le dijo con aspereza, a tiempo que éste se alzaba, enfrentándosele—, guardaba la esperanza de que esta misma tarde se hubieran presentado ante el Tribunal todas las pruebas, sentenciándose, seguidamente, a las acusadas.

Mason se limitó a inclinar ligeramente la cabeza asintiendo, sin despegar los labios.

—Desgraciadamente —prosiguió Gulling—, debido a su táctica,

la situación ha cambiado. Usted ha logrado confundir las declaraciones en la opinión del Tribunal, lo que, en cierto modo, me obliga a modificar mis planes.

Mason guardó silencio, y Gulling aclaró:

—Pero, como ya le he dicho, *en cierto modo*.

Mason pudo advertir de reojo la presencia de dos fotógrafos de la Prensa, con sus máquinas enfocadas hacia ellos.

—Creo mi deber advertirle —proseguía Gulling—, que, en el fondo, mi estrategia no ha variado. Tenga ahora esto, señor Mason. Se trata de una notificación para que se presente esta tarde a las siete ante el Gran Jurado.

En el instante en que el fiscal tendía hacia Mason el papel, los reflectores de los fotógrafos se iluminaron, registrando en sus placas la escena.

—¡Gracias! —se limitó a decir Mason, guardándose el documento.

—Y le advierto —continuó Gulling, en tanto que los fotógrafos se alejaban rápidamente para revelar las fotografías a tiempo—, que, por una parte, será acusado de perjurio o de cómplice, por otra. Tengo pruebas demostrativas de que usted encontró a Eva Martell junto al tranvía en la noche del crimen, haciéndola desaparecer. Creo que cierta dama que regenta una pensión es quien ha tratado de protegerle, incurriendo también en perjurio. Nuestras investigaciones han revelado que esta señora fue hace algún tiempo su cliente, en un proceso del cual usted consiguió defenderla con éxito indudable. Creo justo informarle de todo esto, para que se encuentre prevenido.

—¡Está bien! —respondió Mason, con gesto aprensivo—. Y puesto que usted me ha prevenido, le pagaré con la misma moneda. Usted ha llevado este asunto a un terreno personal, haciendo acto de presencia ante el Tribunal, en contra de su costumbre. Ya me imagino que esta tarde también se presentará ante el Gran Jurado, para interrogarme personalmente. Usted tiene un puesto político y yo no. Puede presionarme cuando desee, en la seguridad de que sabré soportar la situación. Dudo mucho de que si yo hiciera lo mismo, usted pudiese aguantar.

—La realidad es que esta vez soy yo el que tiene la sartén por el mango, señor Mason —se jactó Gulling—. Y le advierto que voy a

emplearme con mano dura.

Capítulo 19

—Lo que me preocupa en este caso, es Mae Bagley —declaró Mason, dirigiéndose a Paul Drake, mientras se paseaba de un extremo a otro de su despacho.

—¿Por qué?

—Ha tratado de protegerme. Apenas el chófer del taxi informó del lugar donde había recogido a Eva Martell, la policía se apresuró a echarle el guante.

—¿Declaró, acaso, que jamás había visto a Eva Martell?

—Exactamente.

—¿Bajo juramento?

—No, no. Fue un poco después cuando la llevaron ante el Gran Jurado, para que prestase juramento, la interrogarán de nuevo esta noche.

—Pues sería conveniente que no cambiase su primitiva versión —apreció Drake—. Naturalmente, ella puede negarse a responder, basándose en que su testimonio puede perjudicar a un tercero.

—El asunto no es tan sencillo como te parece —observó Mason —. Gulling es un hombre detallista y con una gran vanidad, imbuido de la importancia que le da su puesto. Es lo bastante astuto para valerse de todos los recursos técnicos y, además, parece dispuesto a emplearse a fondo, aplicando el peso de la ley a rajatabla.

—Lo que no hay duda es que te tiene metido en un buen lío, Perry. La policía sabe que fuiste tú quien llevó a Eva Martell a esa casa. ¿No podrías demostrar que, al darte Gulling de plazo para entregarla hasta el mediodía, tú le dijiste a la muchacha que se presentara antes de esa hora, confirmando Eva esa versión contra la insinuación de Gulling de que no se disponía a entregarse en el momento en que fue detenida? Me parece que, de este modo,

podrías ganar la partida, Perry.

—No se trata de eso —dijo Mason—. Lo que me preocupa es que Mae Bagley, tratando de protegerme, ha declarado que no había dado hospedaje a Eva en su pensión. En el momento en que cambie su declaración, la acusarán de no llevar debidamente el registro de viajeros, y de perjurio. También la pueden acusar de complicidad por ocultar a una persona acusada de asesinato. Si yo tratase de protegerla, contando puntualmente lo que ocurrió, Mae Bagley caerá en la trampa, viéndose abrumada por toda clase de acusaciones.

—¡Pues sí que es un panorama! —exclamó Drake.

—Cuando me presente ante el Gran Jurado, tendré que defenderme a brazo partido y, si viene la derrota, soportaría con buen ánimo.

—¿No puedes acogerte a tu privilegio profesional?

—Sólo en lo que mi cliente pueda haberme dicho. Y tenemos ese maldito ultimátum del mediodía…

—¿Y no podrías demostrar que se trata de un tecnicismo absurdo?

Mason sonrió.

—Desde hace años no he hecho otra cosa que valerme de los mismos trucos, en mis asuntos con la defensa fiscal. ¿Qué papel haría ahora si protestase por que me combaten con las mismas armas?

—¡Ya! —convino Drake—. ¿Por qué me pediste que dispusiera tu cartera en un lugar donde Gulling pudiera encontrarla?

Mason volvió a sonreír.

—Trato de que Gulling interprete debidamente la ley.

—¿Qué ley?

—Cierta cláusula legal referente al plazo razonable. Es posible que mi truco sea innecesario pero, conociéndole como le conozco, creo que tratará de cogerme por cualquier falta trivial si logro zafarme del anzuelo que me eche con otro motivo. Por lo demás, nos tiene a todos bien pescados con las malditas pruebas que ha logrado reunir. Naturalmente, la situación se simplificaría si no hubiese salido en danza la cartera que guardaba en su bolsillo la víctima. Porque el testimonio del arma se encuentra ahora bastante dudoso.

—Pero ¿es que Adela Winters no arrojó el revólver dentro del cubo?

—He empezado a creer que no.

—¿Y cómo te lo explicas entonces?

—Esa mujer ha debido mentir. No tenía el revólver y jamás lo dejó sobre un mueble ni lo llevó consigo. Pero ella debía conocer a la persona que tenía el arma, y saber que ésta lo abandonaría en aquel cubo de basura. Según lo que ahora imagino, Adela Winters se limitó a mirar en su interior para comprobar si, efectivamente, estaba allí.

—Esa explicación me parece bastante complicada y oscura —opinó Drake.

Mason se volvió bruscamente hacia Della Street, diciéndole:

—Póngame con el Hotel Lorenzo. Quisiera hablar con alguien que estuviese al corriente del movimiento de ese establecimiento.

—¿Qué te propones? —indagó Drake, mientras Della manipulaba en el teléfono—. ¿Supones, acaso, que la señora Winters pueda tener un cómplice en el hotel?

—Hay un detalle que me preocupa —dijo Mason—; algo sencillo, evidente y significativo, que le ha pasado inadvertido a todo el mundo.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué Adela Winters y Eva Martell eligieron el Hotel Lorenzo? —preguntó Mason a su vez.

—Muy fácil: querían esperar en un lugar público, no podían volver a sus domicilios y…

—Hay muchos hoteles. ¿Por qué eligieron precisamente el Lorenzo?

—¡Diablos! Alguno tenían que elegir.

—¿Y qué les hizo fijarse precisamente en aquél? Creo…

—Contestan, jefe —intervino Della Street.

Perry Mason cogió el auricular y habló:

—Aquí Perry Mason, el abogado. Deseo averiguar algo de un antiguo huésped del hotel.

—Tendremos sumo gusto en ayudarle en lo que nos sea posible, señor Mason.

—Desearía que revisara sus libros y que me dijera si alguna mujer, llamada Adela Winters, se ha alojado ahí en alguna ocasión.

—Creo que podré informarle debidamente, señor Mason. Vi su nombre en los diarios y sé que la policía encontró aquí un arma. En un tiempo esa mujer trabajó como camarera en el café Lorenzo, adjunto al hotel. Aunque el café se relacione con nuestro establecimiento, está sometido a otra dirección.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajó allí? —preguntó Mason.

—Hará poco más de un año.

—¿Duró mucho en el empleo?

—Tres meses.

—¿Se encuentra informado alguien más de este extremo?

—Sí señor; la defensa fiscal está enterada también de ello.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por que me interrogaron y yo lo dije.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—Gracias —dijo Mason—. ¿Le han convocado a usted como testigo?

—No. Pero al dueño del café, sí. ¿Le gustaría hablar con él?

—No, no hace falta —respondió—. Y gracias por su informe. ¡Hasta otro rato!

Cuando Mason colgó el auricular en la horquilla, Drake lo miró con expresión de desaliento.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Mason—. Ahora ya te figurarás por qué las dos mujeres se dirigieron al Hotel Lorenzo, con preferencia a otro cualquiera y por qué la señora Winters sabía dónde se encontraban los cubos de la basura. No en balde había trabajado en el establecimiento durante tres meses, hace un año.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con el revólver?

—Según la versión de Folson, la señora Winters levantó la tapa y miró dentro del recipiente. Más tarde el revólver fue encontrado bajo una gruesa capa de basura. Supongamos que la mujer miente y que, como te sugería hace unos minutos, ella no abandonara el arma sobre el mueble, en el departamento. Supongamos también que un tercero tenía el arma y que, en un momento, telefonease a Adela Winters, diciéndole que había asesinado a Hines, escondiendo el revólver en un cubo de basura. ¿Quién podría matar a Hines y contar con la colaboración de Adela Winters?

—Eva Martell —respondió rápidamente Drake.

Mason reflexionó por breves instantes, antes de responder:

—Es posible que tengas razón, Paul. Pero yo me siento más bien inclinado a creer que esa persona era… ¿A qué hora se arrojaron los desperdicios del mediodía, Paul?

—A las dos y diez salió un hombre de la cocina con un gran recipiente lleno de basuras que arrojó dentro del cubo. La policía le interrogó tratando de averiguar si estaba seguro respecto a la hora, y el hombre insistió en que eran exactamente las dos y diez minutos. Estaba seguro del dato, porque tenía una cita a las tres y se la pasó mirando el reloj en su prisa por terminar, escapar de la cocina y cambiarse de traje para no llegar con retraso. Pero hay un detalle curioso: aunque no pudiese asegurarlo, él creía que el cubo aparecía lleno en sus dos terceras partes cuando terminó de arrojar los desperdicios que llevaba de la cocina. ¿Te das cuenta de lo que eso puede significar, Perry? El revólver debió encontrarse antes de las dos y diez, quedando cubierto con los desperdicios que arrojó ese hombre. Cuando cinco o diez minutos más tarde levantó la tapa, el arma ya no estaba visible.

—¡Diablo! —exclamó Mason—. Si logramos demostrar que el arma se encontraba dentro del cubo a las dos y diez, tendremos una magnífica coartada, porque Adela Winters no llegó al hotel hasta las dos y quince. ¿A qué hora dicen que se produjo la muerte?

—El forense opina que el fallecimiento ocurrió entre la una y las tres de la tarde, sin poder precisar con más exactitud.

—Eva Martell estuvo en el departamento hasta las dos menos cinco —informó Mason—. Abandonaron el edificio a las dos y once minutos, lo que deja un período de tiempo de dieciséis minutos entre la salida del departamento y la del edificio.

Drake dio indicios de sentirse agitado.

—Consideremos ahora el problema desde otro punto de vista. ¿Quién pudo entrar en el departamento con entera naturalidad, sin levantar ningún recelo? En primer lugar, Helen Reedley que sin duda tendrá una llave. En segundo, Carlota Tipton. Pudo llamar a la puerta y Hines la dejaría pasar.

—Yo me siento inclinado a agregar a la lista el nombre de Arthur Clovis —dijo Mason—. Me imagino que debe tener una llave del departamento, y que eso fue lo que motivó que se enfureciese con nosotros cada vez que tocábamos ese punto. ¿No habría alguna

manera de averiguarlo, Paul?

—No creo, a menos que discurriésemos algún modo de engatusarlo, pero podría ser peligroso. Por lo demás, si alguna vez tuvo esa llave, lo más probable es que la haya hecho desaparecer.

—¿Y qué me dices de Helen Reedley? —continuó Mason—. Ignoramos donde se encontraba a la hora en que se cometió el asesinato. Según ella fue a un restaurante en busca de Hines y, al no encontrarlo, trató de comunicar con él por teléfono. Supongamos que hablase con Carlota, y que ésta le dijese que Hines estaba en el otro departamento… No, Carlota Tipton no parece mujer capaz de hacer eso… Pero, si se reflexiona un poco, salta a la vista que son muchas las personas que no consiguen explicar satisfactoriamente el empleo de su tiempo entre la una cuarenta y cinco y las dos y cuarto.

Drake asintió con un ademán, y Mason continuó, como hablando consigo mismo:

—Esto último complica endemoniadamente el problema. La policía va a acorralar a Mae Bagley por haber ocultado a Eva Martell, a sabiendas de que, posiblemente estaba implicada en el asesinato. Y la acusarán por falso testimonio, por complicidad y por no llevar en orden el registro… Escúchame bien, Paul: Haz que uno de tus muchachos se ponga un «mono», que coja una bolsa y que se dedique a recorrer los departamentos del edificio donde reside Arthur Clovis; que llame en cada uno de ellos, explicando que se dedica a la fabricación de llaves y que compra las llaves viejas como material para su trabajo, ofreciendo cinco centavos por cada una.

—Pero eso es absurdo, Perry. Bien sabes que las llaves nuevas no se hacen de las viejas.

—¡Y qué importa eso! —contestó Mason—. Clovis es un espíritu soñador nada práctico. Ponte en su lugar. Alguien que aparece como un obrero llama a su puerta, diciéndole que compra llaves viejas. Lleva una bolsa que aparece llena de ellas hasta la mitad. Ofrece cinco centavos por cada una que venda. Suponte que Clovis tenga una llave que le esté quemando las manos. ¿Qué mejor ocasión para desprenderse de ella? No se molestará en interrogar al visitante, ni en poner en duda sus palabras. Echará la llave dentro de la bolsa, tomará sus monedas y se felicitará de haber hecho un buen negocio.

—¿Y qué llevará mi muchacho en la bolsa? —preguntó Drake—. No puedo reunir tantas llaves en tan poco tiempo.

—Hazte con trozos de hierro viejo, con cualquier cosa que suene como tal —le indicó Mason.

—Está bien, Perry. Trataré de conseguirlo. Puede que el truco dé resultado.

—Tienes que hacerlo inmediatamente —le dijo Mason consultando su reloj—. El tiempo vuela.

—Creo que dentro de una hora…

—Demasiado. Es necesario que no te demores tanto. Procura que esté allí tu muchacho dentro de media hora.

—Si hubiera señalado ese plazo, me habrías exigido hacerlo en quince minutos —gruñó Drake malhumorado—. Me marcharé antes de que se te ocurra algo más.

Drake se puso de pie y cruzó a grandes zancadas el despacho, cerrando la puerta.

Cuando hubo marchado, Mason consultó su reloj, volviéndose en seguida hacia Della Street.

—No es necesario que espere, Della.

—De todas formas, me quedaré —contestó la secretaria—. Puede que se le ocurra alguna idea.

—¡Ojalá!… Tengo la impresión de que hay algo en este asunto que se me escapa.

Se puso de pie, y empezó de nuevo a pasear por la estancia.

—Creo que suena el teléfono de mi oficina —dijo Della.

—Vaya a ver quién es. Si es algún cliente, dígale que no estoy.

Della Street marchó, regresando al cabo de unos instantes.

—Es Cora Felton —anunció—. Dice que quiere hablar con usted de algo importante. He conectado su teléfono.

—¡Diga, Cora! ¿Qué sucede? —indagó Mason, cogiendo el auricular.

—¡Oh, señor Mason! Lamento lo que ha ocurrido.

—¿A qué se refiere?

—Temo no haber procedido bien, rogándole que defendiera a tía Adela. Le aseguré que cualquiera podría confiar en ella, pero es que jamás me imaginé que fuese capaz de ir tan lejos.

—¡Déjese de disculpas y rodeos! —le interrumpió Mason—. ¿Qué pasa?

—¡Oh, señor Mason! No sé cómo decírselo. Acabo de visitar a tía Adela. Tenía autorización para verla. Me ha dicho que no declaró enteramente la verdad.

—¿Respecto a qué punto?

—En lo referente a la cartera.

—¿Quiere decir que efectivamente la sustrajo del cadáver? —gruñó Mason.

—Pues… no sé qué pensar, señor Mason.

—¿Qué le dijo, exactamente?

—Que la cogió más tarde. Según ella, la mayoría de los hechos ocurrieron como ya le informó, pero la cartera la encontró en el departamento al subir de nuevo a él, desde el vestíbulo. Estábamos hablando de usted, de lo magníficamente que se porta con nosotras y, de repente, se echó a llorar, diciendo que era una mujer despreciable.

—¿Dónde se encuentra usted, ahora?

—En una farmacia, a unas dos manzanas de la Jefatura.

—Coja un taxi y venga aquí —le ordenó Mason—. Si se da prisa, podremos conversar un rato. Quiero hablar con usted antes de presentarme ante el Gran Jurado.

Después de colgar el auricular, se pasó la mano por la frente y suspiró, mirando a Della.

—¡Vaya lío! ¿Ha escuchado usted?

—Sí. Tomé notas taquigráficas.

—Muy bien.

De pronto se percibieron insistentes golpes en la puerta de salida del despacho particular de Mason. Éste hizo una seña a su secretaria, y Della abrió la puerta. Era Mae Bagley.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó la recién llegada con sofoco—. Jamás me hubiese atrevido a dar este paso, pero resulta que me han citado para que me presentase nuevamente ante el Gran Jurado. El señor Gulling ha estado hablando conmigo y…

—¡Siéntese! —le invitó Mason—. ¿Qué le dijo Gulling?

—Que disponía de todas las pruebas necesarias para demostrar que usted había ocultado a Eva Martell en mi casa. Quería terminar cuanto antes con el asunto, y me aseguró que si les decía la verdad, no me pasaría nada ni me molestaría en lo más mínimo, dándose por sentado que usted me había coaccionado. Añadió que todo

podría arreglarse perfectamente y que ellos retirarían la acusación por perjurio y todo lo demás.

—¿Qué respondió usted?

—Le miré a los ojos y le dije: «¡Pero señor Gulling, cómo se atreve a hacerme semejante proposición! Usted debe comprender que una mujer, en mi situación, no puede mentir. Si hubiese conocido antes a Eva Martell por haberla llevado a mi casa el señor Mason, ya se lo habría dicho».

—Muchas gracias, Mae. Pero ahora mi consejo es que acepte usted esa oferta y declare la verdad.

—¡Pero eso es absurdo!

—No lo es.

—¿Quiere usted que vaya allí y le cuente *todo* lo que pasó? —preguntó la visitante, con los ojos muy abiertos.

—Sí. Vaya y refiera cuanto ocurrió —repitió Mason—. En primer lugar no debió mentirles para protegerme. Se ha metido en un buen lío, y no me gusta ampararme detrás de sus faldas.

—Yo jamás hubiese confesado la verdad. Ahora, sólo pensé que usted debería estar informado de lo sucedido.

—¿Va usted ahora hacia allá? —preguntó Mason.

—Sí.

—Pues infórmeles de todo, diciendo que yo le aconsejé que lo hiciera así —insistió Mason.

—¡Jamás me imaginé que me ordenaría eso! Solamente deseo que sepa lo que siento… En fin, usted ya sabe que haría cualquier cosa por ayudarle, incluso ir a la cárcel.

—Es usted una excelente mujer —contestó Mason sonriendo—. Ahora vaya sin pérdida de tiempo, dígales la verdad y las cosas se arreglarán por sí solas.

—Gracias, señor Mason… Supongo que le veré a usted allí.

—Probablemente.

Mae se dirigió a la puerta, saludó con un movimiento de cabeza a Della Street, lanzó una sonrisa a Mason y salió de la estancia, perdiéndose su taconeo por el corredor.

El abogado cruzó su mirada con la de Della y se encogió de hombros.

—Como abogado, era el único consejo que podía darle: que dijese la verdad.

Della asintió con un ademán, y se levantó seguidamente.

—Voy a empolvarme un poco. Usted no se marchará todavía, ¿verdad?

—No. Cora Felton quedó en pasar por aquí.

Cuando Della salió cerrando la puerta, Mason, después de consultar su reloj, volvió a iniciar sus cortos paseos por el despacho.

Entretanto, la secretaria corría por el pasillo hasta dar alcance a Mae Bagley, que ya se encontraba junto al ascensor.

—¡Mae! —la llamó, y cuando estuvo junto a ella, continuó—: Usted habrá comprendido, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que el consejo que le dio el señor Mason era el único que podía darle. De haberle dicho que guardara silencio o que cometiese alguna falsedad se sentiría culpable de haberla impulsado a cometer un manifiesto perjurio.

—No necesita preocuparse por mí —aseguró Mae, sonriendo—. Dígale al señor Mason que haga lo que tenga que hacer y que no se preocupe de lo que pueda yo decir. Todo lo que declare ante el fiscal será completamente inocuo.

Las dos mujeres se contemplaron en silencio durante unos segundos y, de súbito, Mae cogió del brazo a Della.

—¡Pobre muchacha! Está usted temblando. ¿Es tan grave el asunto?

—¡Dios mío, no lo sé! —exclamó Della—. Pero me siento terriblemente preocupada.

—Todo saldrá bien. Vaya al despacho y déle ánimos; infórmele de lo que acabo de decirle.

Della Street denegó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Pero confío en usted, y esto sólo me basta. ¡Muchas gracias, Mae!

Se encendió la señal del ascensor en el instante en que éste se detenía en la planta. Se abrió la puerta y Mae entró en él, despidiéndose de Della con ademán alentador.

Regresaba ya la secretaria hacia la oficina, cuando el segundo ascensor se detuvo. Se abrió la cancela y Cora Felton avanzó por el pasillo.

—¡Oh, qué tal! —saludó Della Street—. Mi jefe la está esperando. Dése prisa.

Cuando las dos mujeres penetraron en el despacho, Mason suspendió sus paseos dirigiéndose vivamente hacia la recién llegada.

—¡Hola, Cora! —saludó—. Siéntese y dígame lo que pasa.

—Pues en realidad no lo sé muy bien señor Mason, pero he perdido la confianza en tía Adela. No puedo comprender por qué hace tales cosas.

—¿Qué explica ahora?

—Afirma que recogió la cartera, pensando que el señor Hines la había dejado allí. Entonces penetró en la otra pieza y vio el cadáver. Su primer pensamiento fue que tal vez nadie advertiría la desaparición de la cartera y se la guardó. Ignoraba cuánto dinero había en ella. Cuando finalmente tuvo ocasión de examinarla, mientras Eva le telefoneaba a usted y a la policía, vio los tres mil dólares y se decidió a no entregarlos. Tía Adela siempre ha sido una mujer de mala suerte y…

—No trate de justificarla —la interrumpió Mason—, y continúe su relato.

—Pues cuando la policía la detuvo, preguntándole cuando y dónde se había encontrado aquella cartera, ella estaba muy asustada y mintió, diciendo que la había hallado antes de que asesinaran al señor Hines. Ella dice que en aquel momento, desde luego, ignoraba que Hines había sido asesinado con su revólver, lo que indica que el crimen debió haberse cometido mientras ella se encontraba abajo, en contra de su primera impresión de haberse cometido después de abandonar el departamento.

—¿Existe alguna razón especial que le haya impulsado a referirle todo eso? —preguntó Mason.

—Sí. Al parecer la policía colocó en su misma celda a una muchacha acusada de haber dado muerte a su marido. Su compañera de prisión se mostró dulce y comprensiva y ambas empezaron a cambiar confidencias. La mujer le contó a tía Adela todo lo relativo a su caso y, en justa correspondencia, ella se confió. Después, cuando sacaron a tía Adela de la celda para cumplir con ciertos requisitos, una de las presas, aprovechándose de un descuido de la guardiana, le dijo en un aparte que cerrara el pico, porque le habían colocado una soplona de compañera. En el primer momento no entendió bien lo que quería indicarle, pero cuando se percató de

ello se aterrorizó.

—Razón tenía —observó Mason—. ¡Qué hermoso lío se ha armado!

—Ya es hora de que se vaya, *jefe* —intervino Della, consultando el reloj.

Mason se puso en pie, requiriendo su cartera y el sombrero.

—¿Originará todo esto alguna consecuencia, señor Mason? —preguntó Cora con nerviosismo.

—¡Que si tendrá alguna consecuencia! —el tono de Mason destilaba el más puro sarcasmo—. Con esto último, su caso ya está fallado. Si reconoce haber falseado su última declaración jurada…

El teléfono empezó a sonar y Mason dejó sin terminar la frase. Della Street se hizo cargo del auricular.

—¡Diga!… Sí, espere un momento, Paul. Iba a salir en este preciso instante.

Mason cogió rápidamente el receptor.

—¿Algo nuevo, Paul?

La voz de Drake vibraba, a través del hilo, llena de excitación.

—¿Que si hay algo nuevo? ¡Hemos dado en el blanco, Perry! El tipo cayó bonitamente en la celada. Mi muchacho se presentó con una bolsa llena de hierros viejos y…

—Ahórrate los detalles e infórmame del resultado.

—El tal Clovis se puso a buscar llaves por los cajones y le vendió quince, una de las cuales lleva grabado el anagrama de los departamentos *Siglet Manor*.

—¿No las ha probado en la cerradura del departamento de Reedley?

—Todavía no. Pero ten paciencia. Ahora nos dirigimos precisamente allá.

—Está bien. Me acabas de quitar un gran peso de encima. Parece que por fin comienza a aclararse el panorama. Ya puedes imaginarte lo que ocurrió. Él debió comunicarle a Helen Reedley su charla con Hines y, entonces, ella se dio cuenta inmediata de su propósito de hacerles un chantaje, ¿comprendes? Ésta puede ser la solución. Si averiguas algo más, telefonéame a la Audiencia. Lo arreglaré debidamente. Della me acompañará para que, si yo no puedo ir personalmente al teléfono, me lleve el recado. No dejes el asunto y hasta luego.

Mason colgó el auricular y le hizo una seña a Della. La secretaria le pasó el sombrero y la cartera.

—Estuve hablando en el pasillo con Mae, jefe. Es muy simpática, ¿no le parece?

Perry Mason contempló detenidamente a su secretaria, que le miraba con su expresión más ingenua.

—Quiero decir que es una buena chica —aclaró Della.

—Usted también es una buena chica —le sonrió Mason.

Capítulo 20

Se tropezó con Mae Bagley cuando entraba en la antesala de la Audiencia. Al verla, le hizo una seña para que le siguiese hasta un extremo de la estancia y Mae Bagley se reunió con él.

—¿Quiénes están adentro? —preguntó Mason.

—Casi todo el mundo.

—¿Puede recordar los nombres?

—Creo que sí —sonrió Mae—. Precisamente, por eso aguardaba aquí. Pensé que le gustaría saberlo antes de entrar. Hay un individuo llamado Clovis, quien parece que debe declarar respecto a la numeración de unos billetes. Trabaja en un Banco.

—Lo conozco.

—También está un tal Sam Dixon. A ése también debe conocerle. Tom Folson que tiene que declarar sobre unas llamadas telefónicas, y Helen y Orville Reedley. Estos dos últimos desempeñan a la perfección sus respectivos papeles, y se han sentado cada uno en un extremo de la sala, asaeteándose con los ojos.

—Está bien. Ahora, tenga confianza en mí, y actúe exactamente como ya le indiqué.

—Lo que usted quiera, señor Mason.

—¿La detuvo Della en el pasillo, para decirle que no hiciera caso de lo que yo le había…?

—¿Se refiere a Della Street?

—Sí, mi secretaria.

—¡Dios mío! Nada hablamos, señor Mason. Es verdad que la oí salir de su oficina, pero no…

—¡Óigame, Mae! —le interrumpió Mason—. Usted sabe que ahora me miente. No puede hacer eso.

—Pues juro y juraré siempre que Della Street jamás me dijo

nada —insistió Mae.

—Está bien; dejemos el asunto. Pero si Della le dijo algo, no haga caso de sus palabras. Tiene que ir a ver a Gulling para decirle que ha cambiado de parecer, y que está dispuesta a informarle de la verdad, si él se compromete a retirar los cargos por perjurio y complicidad. Exíjale usted que su promesa la haga por escrito y firmada. Ahora vaya rápidamente a verle y siga mis instrucciones.

—¿Y qué le voy a decir cuando él me dé su promesa?

—Le informa de la verdad completa, hasta el último detalle. No oculte nada. Desde luego, no hace falta que le informe de la conversación sostenida con Della en el corredor. Procure que Gulling tenga la impresión de que usted es completamente sincera.

—¡Oh, en cuanto a eso, no podrá fallar! Me siento nerviosa perdida y Gulling creerá que me he derrumbado definitivamente. Pero, ¿está seguro de que es esto, precisamente, lo que desea que haga, señor Mason?

—Completamente. Cuéntele como ocurrió todo, salvo un detalle: que jamás le indiqué que no inscribiese a Eva Martell en el registro de huéspedes. Yo sólo le dije que deseaba que le proporcionase un cuarto donde…

—Muy bien. Diré que fue idea mía no inscribirla en el registro.

—Exacto —aprobó Mason—. Y, ahora, buena suerte.

Minutos más tarde, una vez que Mae Bagley entró en la sala. Mason siguió sus pasos.

Mae Bagley aparecía conversando en voz baja con Gulling. A los pocos segundos, éste condujo a la muchacha fuera de la sala.

Durante diez minutos, los testigos aguardaron en silencio. Finalmente, Gulling volvió a entrar en la sala del Gran Jurado con aire triunfante, dirigiéndose al abogado.

—Señor Mason —le dijo—, se le convoca a usted como testigo. El Gran Jurado está investigando ciertos extremos relacionados con el asesinato de Robert Dover Hines, acontecimientos ocurridos con posterioridad y ligados al hecho. Considero conveniente informarle que hay motivos para acusarle de cómplice en ciertos delitos. No tiene necesidad de responder a ninguna pregunta que pueda serle perjudicial; aunque, por otra parte, su resistencia al responder pueda calificarse de un acto de rebeldía.

Mason ocupó el sillón de los testigos y sonrió fríamente a

Gulling.

—Continúe usted, señor Gulling. Apriéteme bien los tornillos.

—Mi pregunta es bien concreta. Después de estar informado del asesinato de Robert Hines, ¿escondió o no a la acusada Eva Martell, sustrayéndola de la acción de la policía? ¿No es cierto que la encontró en la parada de tranvías cercana a su departamento, que la hizo subir a su automóvil y que la condujo a la pensión regentada por Mae Bagley, una antigua cliente suya?

Mason cruzó las piernas tranquilamente y repuso:

—Ciertamente. Sólo que su suposición es inexacta, porque yo no trataba de ocultarla a la policía.

—¿De quién entonces?

—De los periodistas —replicó rápidamente Mason—. Usted ya sabe lo que ocurre. Los chicos de la Prensa tienen la fea costumbre de acorralar a la gente, para tratar de arrancarle toda clase de declaraciones.

—¿No niega pues, haber ido a la pensión de Mae Bagley en compañía de esa joven, diciéndole a su antigua cliente que deseaba que ocultara a la muchacha donde nadie pudiera descubrirla?

—No lo niego. Es la pura verdad —declaró Mason.

—¿Le dijo usted «donde nadie pueda encontrarla»?

—Así es.

—¿Y no comprende que en ese «nadie» se incluía a la policía, señor Mason?

—La policía ya había terminado con ella —sonrió Mason—. Le habían tomado declaración y la habían puesto en libertad.

—Pero poco después la policía requirió nuevamente su presencia.

—¿Y qué? No pretenderá usted, señor Gulling, que yo adivine los pensamientos de la policía —contestó Mason—. Según entiendo, lo que al Gran Jurado le interesa son mis intenciones en aquel momento. Ya le he informado de cuáles eran éstas. Si usted pretende interpretar de otro modo mis actos, tendrá que sostenerlo con pruebas.

—A la mañana siguiente, usted sabía que la policía la buscaba. Yo mismo se lo dije.

—Por supuesto —admitió Mason—. También me dijo usted que me concedía de plazo hasta las doce para que ella se presentara en

la Jefatura. Yo le di instrucciones en este sentido, y mi responsabilidad había terminado, señor Gulling.

—No, no terminaba ahí. Usted no se preocupó de que se presentase en la Jefatura a la hora convenida.

—¿No cree, señor Gulling, que se deja llevar excesivamente de los formulismos? Un auto patrulla la encontró en la calle, cuando…

—Cuando iba en un taxi que, según ella, había tomado para dirigirse a la Jefatura. ¡Pero no pudo probar sus palabras!

—Creo, señor Gulling, que confunde usted las cosas. Ése es asunto que debe discutir con Eva Martell. Yo terminé mi misión en el momento en que le ordené que se entregara a la policía antes del mediodía. Incluso, en el caso de que ella hubiese desobedecido mis órdenes y hubiera tratado de escapar en un avión, yo no tendría la menor responsabilidad en el asunto.

Gulling debió reconocer la fuerza del argumento de Mason.

—Dejemos ese tema por unos instantes. Queda en pie el hecho de que usted ha sido cómplice, después de cometido el asesinato.

—¡Oh, eso…! —exclamó Mason, con gesto despectivo.

—¡Sí eso! —gritó Gulling exasperado.

—Naturalmente, si usted se empeña en sacar a colación el tema del crimen, la tarea nos va a llevar algún tiempo. Las acusadas están sometidas a juicio preliminar ante el juez Lindale. Sí, realmente, tiene interés en descubrir ciertos aspectos de este hecho delictivo, bien podría interrogar a su testigo, Arthur Clovis, quien, según creo, está ahí fuera.

—¿Clovis? —indagó el presidente del Gran Jurado—. ¿No le interrogó ya a ese testigo?

—Sí —confirmó Gulling—; en relación a la numeración de los billetes, a fin de identificarlos.

—Ahora podría usted preguntarle —insinuó Mason— por qué guardaba en su poder una llave de los departamentos *Siglet Manor* y por qué se sentía tan ansioso de deshacerse de ella.

Un ujier penetró en la sala, dirigiéndose rápidamente a Gulling.

—Me han entregado este mensaje, con orden de dárselo al señor Mason inmediatamente.

El rostro de Gulling enrojeció, a tiempo que gritaba:

—¡No puede interrumpirse una sesión para entregarle un mensaje al testigo! Usted debería saberlo.

—Es que me dijeron que se trataba de algo…

—¡No me importa! El Gran Jurado está interrogando al señor Mason.

El ujier mostraba en su mano una hoja de papel, y Mason extendió la suya, apoderándose tranquilamente de él.

—Puesto que la interrupción ya está hecha, me haré cargo del mensaje.

Obró tan rápidamente que Gulling no tuvo tiempo de oponerse. El abogado desdobló la hoja, reconociendo en ella la escritura de Della Street. El papel decía así:

> *Drake acaba de telefonear. Lo de la llave fue un error. Corresponde a un departamento del* Siglet Manor*, pero no al de Helen Reedley, sino al de Carlota Tipton. Al parecer, Arthur Clovis vivía antes en él. Después de que Helen y él se enamoraron, ella discurrió que sería mejor que él se trasladase a otro sitio y, entonces, Clovis se mudó y Carlota le sustituyó en el departamento.*
>
> *Della.*

Después de leerlo rápidamente, el abogado arrugó el papel, guardándoselo en el bolsillo.

—Si ahora se siente dispuesto a contestar a algunas preguntas —inquirió Gulling en tono zumbón—, y no tiene reparos en dedicar parte de su valioso tiempo para cumplir con ciertos requisitos de la ley, nos gustaría saber qué iba usted a decir de Arthur Clovis.

—Simplemente, que tenía en su poder una llave de los departamentos *Siglet Manor* —respondió Mason—. Por lo visto, hace tiempo que vivió allí.

—¿Y no le parece natural que conservara la llave, si no la devolvió al mudarse?

—Sólo deseaba que ustedes supieran que tenía una llave de la casa de departamentos donde se encontró el cadáver.

—¿Insinúa que el señor Clovis haya tenido algo que ver con el crimen?

—¡De ningún modo! Únicamente quería informarles del hecho.

—No veo la importancia que tenga —observó Gulling—. ¿O es que se trata precisamente de la llave del departamento dónde se

encontró el cadáver?

—No, no —dijo Mason—. Nada de eso. La llave pertenece a un departamento ocupado actualmente por Carlota Tipton. Así, al menos, lo creo. Ustedes podrían comprobarlo.

—Sabemos todo lo que nos interesa respecto a ella —dijo Gulling.

—Era la amante de la víctima —comentó Mason en tono indiferente—. Y se sentía bastante celosa. Le siguió el día que lo mataron.

—¿Qué dice? —inquirió el presidente.

Mason consideró a Gulling con una mirada de asombro.

—Creí que usted ya habría informado de este extremo.

—¿Dice usted que Carlota Tipton siguió a Robert Hines hasta el departamento de Helen Reedley?

—Sí.

—Ella declaró que se había pasado durmiendo toda la tarde.

—A mí no me dijo eso, sino lo que han oído, y en presencia de tres testigos.

—¿Quiénes?

—Dos de ellos eran empleados míos.

—¿Y el tercero?

—Paul Drake.

—¿Su detective?

—Sí.

—Una historia muy bien arreglada —comentó Gulling con sorna.

—¿Que usted no cree?

—Exacto.

—El Jurado que va a juzgar a mis clientes la creerá —dijo Mason sonriendo.

—Eso no disminuye su responsabilidad en el asunto —apreció Gulling—. Puede hacer lo que le plazca ante el Jurado, para tratar de engatusarlo, pero aquí no le valdrán sus trucos.

—No trato de engatusar a nadie —dijo Mason, que se esforzaba por ganar tiempo—. ¿Por qué no se interroga a Carlota Tipton?

—Creo que la idea es aceptable, señor Gulling —intervino el presidente.

Gulling accedió de mala gana.

—Retírese a la antesala, señor Mason, y…

—¿Por qué no puede permanecer aquí? —sugirió el presidente—. Nos gustaría oír lo que dice la mujer cuando se la caree con el señor Mason.

—¡Es ilegal! —protestó Gulling—. Según la ley, sólo pueden estar presentes los consultores designados por ella.

—El señor Mason es un testigo y puede estar presente —apreció el presidente con tono irritado.

—Un testigo a quien no se está interrogando.

—Entonces viene a ser un consultor.

—Le advierto, señor presidente, que el procedimiento es ilegal.

—En tal caso, declarararemos suspendida la sesión y, a continuación, nos reuniremos sin formulismos. Haga entrar a la testigo.

—Si la sesión se ha suspendido, no puede usted obligarla a prestar juramento.

—No nos preocupemos de esas cosas ahora. ¡Que venga la testigo!

—Sea —cedió Gulling con un gruñido.

Carlota Tipton penetró en la sala, sonrió graciosamente al Jurado, se sentó y cruzó cuidadosamente sus piernas, mostrando la cantidad de media suficiente para interesar al auditorio.

—El señor Mason asegura —empezó Gulling— que usted le declaró haber seguido a Robert Hines hasta el departamento de la señora Reedley, donde más tarde se le encontró asesinado. ¿Qué dice de esto?

La mujer se volvió hacia Mason, con un gesto de asombro en su rostro.

—¿El señor Mason ha dicho eso?

—Así es.

—Pero, señor Mason, ¿cómo ha podido usted afirmar semejante cosa? Cuando fue a visitarme, le dije claramente que aquella tarde me la había pasado durmiendo; que sabía que Robert conocía a una tal Helen, con la que debía tener no sé qué negocios, pero sin que yo tuviese la menor idea de quién pudiera ser esa mujer. Y habría tenido una gran sorpresa si se me hubiese dicho que se trataba de alguien que vivía en el mismo edificio que yo.

—¿Declaró entonces eso ante el señor Mason? —inquirió Gulling.

—Sí, señor, eso fue únicamente lo que le dije.

—¿Acompañaban al señor Mason otras personas?

—Sí. Entró con un montón de gente, todos empleados suyos. El señor Mason me dijo que representaba a unos clientes, a quienes tenía que defender de una acusación por asesinato, y que me agradecería si podía ayudarle en algo. Le advertí que no creía que pudiera hacer nada para ayudarle. Luego, me insinuó que si yo declaraba haber estado celosa de Robert, eso le facilitaría las cosas. Le respondí que no podía hacer lo que me indicaba, porque me constaba que sus relaciones con esa Helen eran puramente comerciales. Pero él insistió, rogándome que procurase cambiar ligeramente mi declaración.

—¿Le pidió el señor Mason que alterase su declaración? —inquirió Gulling.

—Efectivamente —dijo Carlota Tipton, con descaro.

—¿Desea preguntar algo a la testigo, señor Mason? —dijo el presidente.

—¡Un momento, un momento! —intervino Gulling—. Eso no es correcto.

—Nada me importa que lo sea o no —dijo con firmeza el presidente—. El señor Perry Mason es un buen abogado y una excelente persona. Le creo capaz de cometer ciertas extralimitaciones para tratar de defender los intereses de una cliente, pero si él asegura que esta mujer le dijo ciertas cosas, no creo que haya mentido. Y si tiene tres testigos que le apoyan en su afirmación, estoy decidido a que lleguemos al fondo del asunto. Me parece que la representación fiscal debería mostrar mayor interés por investigar la posibilidad de que sea precisamente esa testigo, Carlota Tipton, la que incurra en perjurio.

—A pesar de todo, el señor Mason no puede interrogar a la testigo. Es ilegal.

El presidente insistió con indignación:

—Pero yo sí puedo interrogarla. Dígame, señor Mason, lo que desearía preguntarle.

—Pregúntele a qué hora se echó a dormir.

Carlota Tipton contestó rabiosa:

—No miro el reloj cada vez que me echo a dormir. Lo hice inmediatamente después del almuerzo.

—Pregúntele si se desvistió para acostarse, mientras Robert Hines estaba todavía en el departamento —continuó Mason.

—¡No trate de echarme barro encima! —exclamó Carlota—. Me encontraba completamente vestida cuando Robert Hines abandonó el departamento.

Mason cambió una mirada de inteligencia con el presidente, y le señaló significativamente su reloj.

—¿A qué hora se marchó el señor Hines? —preguntó el presidente.

—Aproximadamente, a las dos menos cinco.

—¿Y cuándo volvió a verlo?

—No volví a verlo más.

—Pregúntele cuánto tiempo durmió —indicó Mason.

—Toda la tarde —contestó Carlota Tipton en tono violento.

—¡Este interrogatorio es completamente ilegal! —protestó Gulling con desesperación.

Haciendo caso omiso de sus palabras, Mason continuó:

—Se puede probar fácilmente que la última afirmación de la testigo es totalmente falsa. Helen Reedley tenía el número del teléfono del departamento de la señorita Tipton, lo mismo que Adela Winters y que Eva Martell. Allí era donde las tres mujeres tenían que llamar preguntando por el señor Hines. Pues bien, ese teléfono estuvo sonando sin cesar toda la tarde sin que Carlota Tipton contestase a las llamadas.

—No dudo de que Eva Martell y Adela Winters juren ser cierto lo que dice su abogado, con tal de salvar el pellejo —apuntó Gulling.

—Interróguesele sobre este extremo a Helen Reedley —insinuó Mason.

Se produjo un corto silencio, que Carlota Tipton rompió para decir, con evidente nerviosismo:

—Es verdad que me desperté en una o dos ocasiones para contestar, pero inmediatamente seguí durmiendo. No abandoné el departamento desde las dos menos cinco en adelante.

—Creo que nos desviamos de los propósitos que se perseguían con esta sesión —apuntó Gulling con frialdad—. A mi juicio, deberíamos tratar de…

Pero el presidente le interrumpió:

—No puedo permitir que intente mancharse la reputación de un abogado. Ignoro lo que piensan los demás miembros del Jurado, y si el señor Mason ha cometido algún delito, estoy dispuesto a condenarle, pero antes de proceder a ello, quiero estar absolutamente seguro de que no se le ha hecho caer astutamente en una trampa.

Varios miembros del Jurado aprobaron vivamente las palabras del presidente.

—El señor Perry Mason representa a dos personas culpables de asesinato y de robo —protestó Gulling.

—¿Por qué no aguarda hasta que la acusación por asesinato sea juzgada por el Tribunal, señor Gulling? —sugirió Mason.

—Muy sencillo: porque no lo considero necesario. Y si el Gran Jurado se interesa en ello, podría demostrar…

—¡Aguarde un momento! —le interrumpió el abogado.

Se había alzado bruscamente y sus ojos se entornaban con un gesto de concentración, mientras miraban por encima de las cabezas de los miembros del Jurado.

—Deseo hacerle una proposición al Gran Jurado —declaró súbitamente Perry Mason.

—¿De qué se trata? —inquirió el presidente.

—Eva Martell y Adela Winters van a ser juzgadas por el asesinato de Hines, pero yo propongo al Gran Jurado que, mientras celebra su reunión, contando con todos los testigos que se encuentran presentes, se proceda a desenmascarar al verdadero criminal.

—¿Quién cree usted que es? —preguntó Gulling en tono zumbón.

—Se ha dado por sentado en todo momento que Robert Hines fue asesinado entre las dos menos cinco y las dos y diez minutos, basándose en que, a las dos y once, Adela Winters abandonó el departamento, llevándose consigo el arma con que se mató a Hines.

—¿Y qué hay de malo en ese razonamiento? —preguntó el presidente.

—¡Todo! —declaró enfáticamente Mason—. Nada es exacto en él. El revólver fue encontrado hundido en la basura. Adela Winters no pudo ciertamente hundirlo entre los desperdicios, porque no se arrojaron basuras después de que ella depositara el arma en el cubo.

Piensen en lo que esto significa.

—No significa nada.

—Se engaña; significa mucho —replicó duramente Mason—; significa que alguien, que no es Adela Winters, hundió el revólver en la basura al pensar en la posibilidad de que se hubieran arrojado algunos desperdicios más desde el instante en que se vio a Adela Winters junto al cubo; significa que alguien sacó de allí el revólver para hacer uso de él y volverlo a restituir al recipiente, hundiéndolo luego entre los desperdicios. Además, aparece claro que esa persona estaba enterada de que Adela Winters había sido vista en aquel lugar. Por lo que yo sé, sólo dos personas se encontraban informadas de este extremo; una, el detective Tom Folson; la otra, el que contrató los servicios de la *Interstate Investigators* para que vigilasen a Adela Winters; Orville Reedley.

—El señor Orville Reedley tiene una coartada perfecta para la hora en que el crimen fue cometido… si es que pretende insinuar algo contra él —dijo Gulling.

—Sólo para la hora en que usted cree que el crimen se cometió —corrigió Mason—. La hora efectiva del asesinato debe retrasarse, por lo menos, en treinta minutos. Orville Reedley supo por la agencia de detectives que Adela Winters había abandonado el departamento, marchando directamente al Hotel Lorenzo, en donde se acercó a un cubo de basura, cuya tapa levantó. Reedley tuvo curiosidad por saber si la señora Winters había colocado algo dentro del recipiente. Salió de la agencia, se dirigió al hotel, al que entró por el callejón que corre detrás del edificio, con lo cual evitaba ser visto, y descubrió que aquella mujer había dejado caer un revólver dentro del cubo. El hombre debió de preguntarse, la razón de que la señora Winters hubiese abandonado el departamento, tomándose el cuidado de ocultar precipitadamente un revólver. Se hizo cargo de él y se encaminó al departamento, para tratar de averiguar lo ocurrido. No hay duda de que poseía una llave, que había mandado hacerse, ante la eventualidad de una situación semejante. Bueno, ya pueden imaginarse lo que el señor Reedley discurrió. Encontró a Hines sentado en el dormitorio en mangas de camisa, con todo el aire de estar en su casa. Recuerden que Reedley creía que los detectives de la Agencia estaban convencidos de vigilar efectivamente a su esposa, a quien, como él, identificaban con Eva

Martell. Llevaba un revólver en su bolsillo y, en aquel instante, debió de imaginarse que si apretaba el gatillo del arma, eliminando a su rival, no tendría más que regresar al hotel y hundir el revólver en la basura, para tener la seguridad de que otro pagaría la culpa de su delito.

—Pero ¿hay alguna prueba en que pueda apoyar su disparatada teoría? —preguntó Gulling.

—Sí; las huellas dactilares que aparecen en la parte interior del asa de la tapa del cubo —respondió Mason en tono cortante—. Usted encargó al técnico que revelara la fotografía de esas huellas, pero se encontraba tan satisfecho de su argumentación, que no se le ocurrió compararlas con las de su testigo. El técnico en dactiloscopia se encuentra fuera y Orville Reedley también. No creo que se tarden más de cinco minutos en comprobar si existe o no contra él tal prueba.

Y avanzando con sereno talante, Perry Mason se encaminó hacia la puerta. Se inclinó ante el presidente del Gran Jurado, y dijo:

—Señores, creo que ya no me necesitan.

—Espere a que se haga esa confrontación de huellas —le dijo el presidente sonriendo.

Capítulo 21

Cuando Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular, Paul Drake y Della Street se alzaron de sus asientos.

—¡Gracias a Dios, Perry! —exclamó Paul Drake—. Son las diez de la noche. ¿Te hicieron sudar?

—Hasta arrancarme la verdad —sonrió Mason.

—¿Qué quieres decir?

—Andaba completamente desorientado, Paul —explicó el abogado—. Hasta que llegó a mis manos el mensaje que aludía a la llave, no vi claro lo que había ocurrido.

—Anda, cuéntanos.

—Todos estábamos ofuscados al considerar erróneamente el factor tiempo. Porque el asesinato fue cometido con un arma que salió del departamento a las dos y once minutos, creíamos lógicamente que el crimen se habría cometido antes de esa hora, la verdad es que Adela Winters no nos ayudó mucho en descifrar el enigma. Es una incorregible embustera. Creía que el crimen se había cometido mientras ella aguardaba abajo en el vestíbulo del edificio, y por eso nos contó la historia del casquillo vacío y del olor a pólvora. En realidad, no observó nada de ello, pero quiso tener un buen argumento para explicar el hecho de haber arrojado el arma. Incluso debió de llegar a convencerse de que el revólver había sido disparado momentos antes.

—¿Y no fue así?

—No. La realidad es que el revólver hizo un nuevo recorrido hasta el edificio de departamento, para volver de nuevo al cubo de basura del hotel.

—¿Quién se lo llevó?

—Orville Reedley. Se encaminó al hotel para averiguar lo que Adela Winters pudo haber estado mirando dentro del cubo. Supuso

que habría arrojado algo en su interior, y quiso saber lo que era. Entonces se encontró con el revólver. Él era la única persona, aparte de Adela, que sabía que allí se escondía un arma. Orville es lo bastante astuto como para haber pensado que podía cogerla, matar al hombre que se cruzaba en su camino, y aprovecharse de todas cuantas circunstancias favorables aparecían, para imputarle el crimen a otro. Pero sufrió un terrible descuido al dejar la impresión de sus dedos índice y anular en la parte interna del asa de la tapa. Una vez tomadas sus huellas, y comparadas con las encontradas y reveladas por el técnico, el asunto quedó claro.

—¿Y qué me dice de la cartera de que se apoderó Adela Winters? —preguntó Della Street.

—También me intrigaba a mí ese punto, lo mismo que a Gulling —convino Mason—. La historia de esa cartera es realmente divertida.

—¿Cuál es?

—Después de cometido su delito, Orville Reedley pensó que podría apuntar una nueva prueba acusatoria si presentaba las cosas de tal forma que la policía se imaginase que la víctima había sido robada. No ignoraba que alguien descubriría el cadáver y pensó que, según todas las probabilidades, esta persona sería Adela Winters. Cuando tuvo en sus manos la cartera de Robert Hines, en ella no había sino cuatrocientos dólares. Juzgó que tal cantidad no tentaría a nadie al extremo de cometer un robo. La persona en quien pensaba durante todo este tiempo, era naturalmente, Adela Winters. Estaba seguro de que ella volvería. No hay que olvidar que él ignoraba el motivo que había impulsado a las dos mujeres a abandonar el departamento. Estaba convencido de que su mujer vivía allí, acompañada por Adela Winters. Y era ésta, precisamente, a quien él quería cargar con el muerto. Colocó, pues, un buen cebo. Sacó de su bolsillo treinta y un billetes de a cien, y los introdujo en la cartera de Hines, que dejó caer en el dormitorio, cerrando la puerta. Más tarde, Adela Winters hizo exactamente lo que él había adivinado.

—¿Entonces, Orville Reedley ha confesado ya?

—Así es —confirmó Mason—. Cuando se confrontaron sus huellas digitales con las reveladas por el técnico, se dio cuenta de que toda resistencia era ya inútil, y cantó de plano. Lo curioso es

que Gulling guardaba todavía en su manga una carta, para jugarla en contra mía, en el momento oportuno. Por lo demás, yo ya me lo esperaba. Trató de demostrar que al haber cogido Adela Winters, mi cliente, la cartera, era culpable del robo, según estipula la ley, ya que se había apoderado indebidamente de un objeto perdido. Aquello me dio la oportunidad de jugar la carta de mi triunfo.

—¿Por haber cogido también Gulling tu cartera, con el dinero y el mensaje en clave?

—No por eso precisamente —contestó Mason—. Le preparé esa treta a Gulling, que me proponía explotar espectacularmente ante el Tribunal, en caso de que abordara él el tema de la otra cartera, sirviéndome de ella como argumento. La ley señala que los bienes encontrados deben devolverse dentro de un plazo razonable, y yo quería poner de manifiesto lo que según mi criterio significaba dicho plazo. También sabía que gastaría todas sus energías tratando de descifrar la clave que con arreglo a mis órdenes, Della misma escribió: la única clave del mundo que jamás se descifrará… porque nada significa —dijo Mason sonriendo—. Pero, después de la confesión de Reedley, me encontré en una situación inmejorable para darle a Gulling una lección sobre leyes.

—¿Qué quieres decir?

—Reedley confesó que había metido dinero suyo en la billetera, que luego arrojó al suelo. Como el dinero que ésta contenía estaba todo en billetes de diez y veinte dólares y él tenía interés en que sólo apareciesen en billetes de a cien, se echó al bolsillo el dinero de Hines y lo reemplazó por el suyo, antes de arrojar la cartera. Por lo tanto, cuando Adela Winters la recogió del suelo, con arreglo a la ley, ella no hacía nada indebido.

—¿Qué hacía entonces? —inquirió Della Street.

—Tomaba posesión de un bien abandonado —contestó Mason—. La ley distingue bien entre bienes perdidos y abandonados. Cuando Reedley arrojó la cartera al suelo, hizo renuncia deliberada de su propiedad. Cuando algún bien se pierde, su dueño sigue siendo el propietario de lo que sólo se ha desprendido accidentalmente. Pero cuando se abandona deliberadamente, la propiedad queda del dominio público, y la primera persona que la encuentre adquiere plenos derechos sobre ella, según la ley. Gulling es un hombre astuto y hábil, pero piensa con demasiada lentitud. Se armó el gran

lío al tratar de envolverme, como cómplice, en el asunto de la cartera, antes de que yo hubiera expuesto mi punto de vista. Cuando lo hice, tuvo que reconocer la fuerza de mis argumentos, y quedó en una triste situación.

—¿Y qué se ha hecho, finalmente, de ese dinero? —preguntó Drake.

—Le dije a Adela Winters que cogería mil quinientos dólares a título de honorarios, y que el resto se lo guardase como recuerdo. Cuando salimos de la Audiencia, la mujer se reía de buena gana. Todos me rodeaban, golpeándome la espalda y estrechándome las manos, mientras la presión sanguínea de Gulling subía de un modo alarmante. ¡Dios mío, Paul, pensar que durante todo el tiempo hemos tenido la solución del caso ante nuestras propias narices, sin verla, por el empeño de ese maldito fiscal en convencemos de que el delito se había cometido a la hora que él estimó justa!… He aquí lo que nos despistó a todos. De no haber empezado a inquietarme oportunamente por el factor tiempo, ¡en lindo lío nos habríamos metido! Lo único que quiero dejar sentado de una vez para siempre es que, la próxima vez que me tropiece con otra morena que se alquile, no seré yo precisamente quien se oponga a ello.